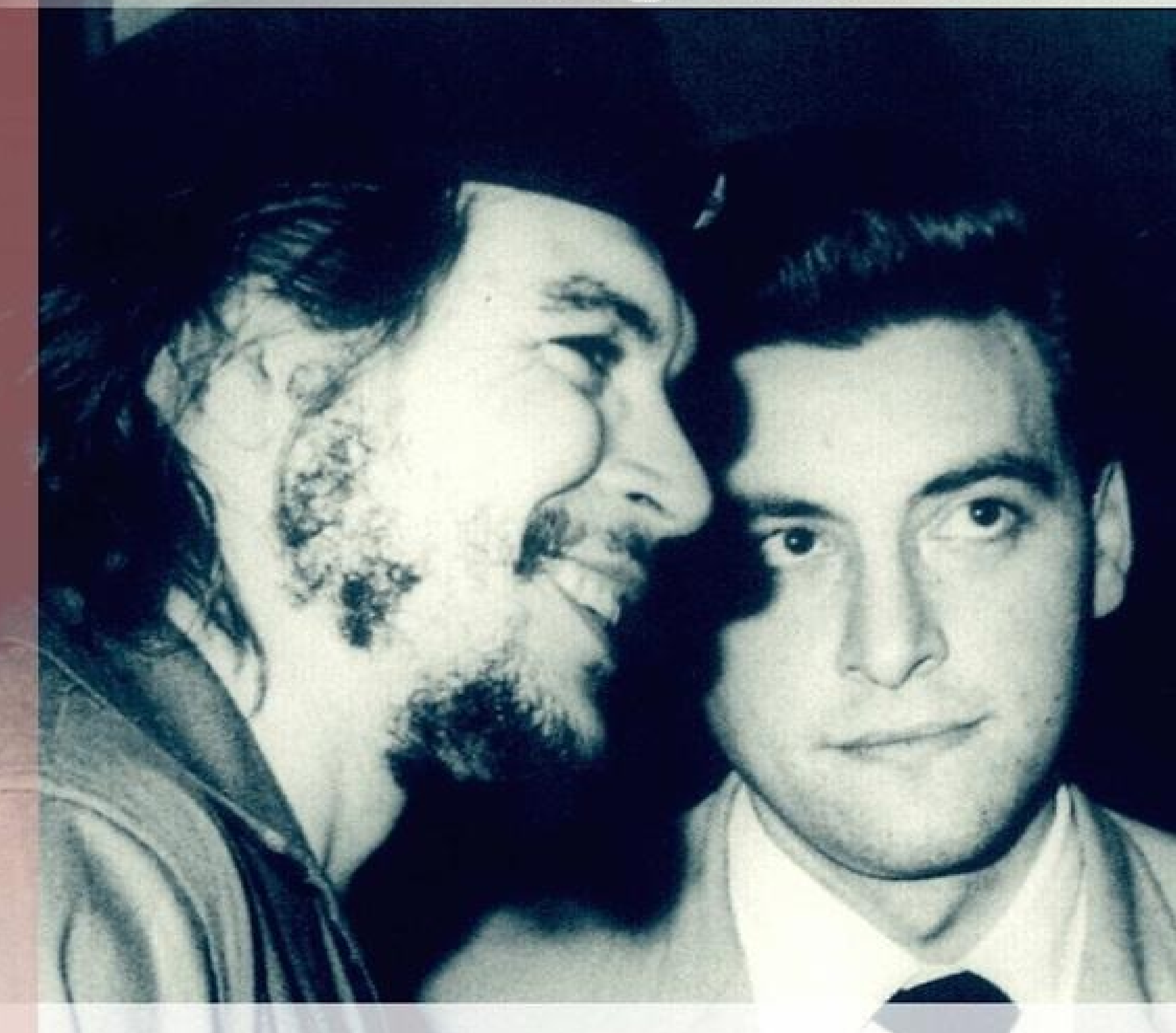
Jorge Ricardo Masetti



LOS QUE LUCHAN Y LOS QUE LLORAN

Lectulandia

«Los que luchan y los que lloran» es el texto más bello escrito por un periodista argentino sobre la revolución de carne y hueso, hecha realidad en Cuba, en toda América. Ese muchacho de 28 años, enviado por radio *El Mundo*, estuvo más de dos meses en una Cuba revuelta por una revolución que tronaba desde la alturas pero en la tierra, en la cadena montañosa del Oriente. Logró con no pocas dificultades entrevistar a los dos jefes más populares y reconocidos del movimiento 26 de Julio alzado en armas, Ernesto Che Guevara y Fidel Castro. La realidad de un pueblo levantado bajo la dirección de otros muchachos de su edad lo enamoró de tal manera que plasmó en su libro el sentir y vivir en revolución de un pueblo así como el convencimiento en la victoria que todos tenían. Y a partir de esa nueva experiencia inigualable se encarnó en él la necesidad de dar más que «… una simple crónica…» y entregó su vida al servicio de la revolución cubana, de la argentina aún por hacer, y de la de Latinoamericana. No había fronteras para Masetti.

Jorge Ricardo Masetti

Los que luchan y los que lloran

El Fidel Castro que yo vi

ePub r1.0
Labra 17.09.2020

Jorge Ricardo Masetti, 1958

Editor digital: Labra
ePub base r2.1

Índice de contenido

Dedico este libro —que no es otra cosa que una simple crónica periodística— a los que luchan. Muchos de los que he llegado a conocer encontrarán sus nombres en estas páginas. En cambio he omitido los de otros, cuya seguridad y la eficiencia de su trabajo revolucionario puedan verse comprometidas por la mención. Sobre la veracidad de lo que narro acerca de los revolucionarios cubanos, pongo por testigos a los revolucionarios cubanos. Sobre la veracidad de lo que narro acerca del gobierno de Fulgencio Batista, pongo por testigo a Fulgencio Batista.

Adrogué, septiembre de 1958.

Prólogo

Que su nombre siga casi tan ignorado en su país como el pedazo de selva que esconde sus huesos era previsible para Jorge Masetti. Periodista, sabía cómo se construyen renombres y se tejen olvidos. Guerrillero, pudo presumir que si era derrotado el enemigo sería el dueño momentáneo de su historia. Masetti, desde luego, era un rebelde integral. La guerrilla de Salta, su presencia en Argelia y en Playa Girón, *Prensa Latina*, este libro, son eslabones de una misma cadena de admirable coherencia. Entre 1958 y 1964 vivió para la revolución latinoamericana cuya semilla está en Cuba y la revolución vivió tempestuosamente en él.

Hubo sin duda un proceso cuya génesis atestiguan estas páginas. Masetti era reportero de radio «El Mundo» cuando en 1958 decidió ir a ver qué sucedía en Cuba. Sus contactos eran débiles, sus medios escasos, su objetivo —Fidel en la Sierra— desmesurado. La medida del peligro está dada, sin énfasis, en su propio relato: de los dos periodistas extranjeros que Masetti encontró en la Sierra, uno fue asesinado, al descender, por la policía de Batista; al otro lo torturaron y «cantó».

Mortales esperas, escondites, marchas imposibles a pie y en mula, la confianza jugada a cara o cruz en cada instante, lo acercaron a los grandes protagonistas de su historia. En el camino iban quedando el pueblo cubano, sus campesinos ametrallados, sus aldeas arrasadas con Napalm. Masetti, que confesaba no haber tirado nunca un tiro, se encontraba de golpe bajo el fuego de las ametralladoras 50 con que un avión rociaba en la meseta lo único que daba señales de vida: él y su guía. Una campesina le entregaba un revólver 22 no para defenderse, sino para suicidarse si se topaba con los guardias. Cambiaba él mismo su ropa oscura de porteño con aires de compadrito por la guayabera del campesino, por el uniforme del ejército rebelde. Pero en ese ilusionismo de periodista ingenioso había como un oscuro rito, una transformación auténtica. Había ido lleno de dudas, prevenciones, sutilezas y se lo tragaba la insuperable experiencia colectiva de un pueblo en revolución.

Los reportajes a Fidel y al Che, transmitidos por Masetti desde la radio rebelde, fueron importantes en la propia isla: era la primera vez que el pueblo cubano escuchaba a sus líderes. En aquel momento la revolución —agraria, popular, antiimperialista— no se definía aún públicamente por el socialismo. Eso llegaría después. «Mucho de lo que estábamos haciendo ni lo habíamos soñado», declaraba Guevara. Los combatientes se volvían revolucionarios en la lucha misma, sacudían sus ataduras mentales, sus prejuicios, sus lazos con el pasado.

Pero al mismo tiempo procuraban no alarmar más de lo indispensable al enemigo verdadero que se ocultaba tras la dictadura de Batista: conocían ya el Napalm y el fósforo vivo de fabricación norteamericana que regaban los aviones. Los amigos de la revolución libraban una dura batalla dentro de los propios Estados Unidos para contener esos embarques de armas que antes y después han masacrado pueblos enteros. Que Fidel Castro hablara de elecciones, que otros dirigentes eludieran una definición sobre el comunismo, que la revolución no alejara a sus momentáneos aliados de la burguesía, eran necesidades implacables en la guerra. Las decisiones, en todo caso, surgirían del pueblo en armas.

Cuando Masetti regresa a La Habana, está marcado. Las radios del Caribe retransmiten todavía su reportaje, el país entero ha escuchado su voz, la policía conoce su cara. Los únicos que parecen ignorar su hazaña son sus jefes en Buenos Aires. Un angustioso cambio de telegramas le confirma que no han recibido nada. Entonces hace algo que requiere un coraje excepcional: vuelve a la Sierra y graba por segunda vez su reportaje.

Las tretas que usa para sortear el cerco represivo lo pintan a Masetti. Turista alemán, viajante italiano o presunto esposo de una campesina gorda, no pierde en mitad del peligro su agudo sentido de lo cómico. Mucho menos esa mirada fotográfica del periodista nato, capaz de dar en cuatro líneas lo esencial de cualquier situación. Los pequeños retratos de la pequeña gente brillan con luz propia junto a los héroes mayores del Olimpo. Santiago a oscuras, la carretera desierta, «el sonido de fondo» que acompaña su reportaje a Guevara, son estampas memorables en un relato sin pausas.

Este reportaje es, en mi opinión, la mayor hazaña individual del periodismo argentino. Al salir de Cuba con un pasaporte rudimentariamente falsificado, Masetti tuvo la sensación de que desertaba, de que volvía al mundo de los que lloran y dejaba atrás el mundo de los que luchan. Esa tajante división iba a decidir su vida, precipitar su muerte.

La revolución triunfante eligió a Masetti para una tarea más difícil que su reportaje en Sierra Maestra. A comienzos de 1959, crea la primera agencia latinoamericana que consigue inquietar a los monopolios informativos yanquis. La deformación por la prensa internacional de las noticias cubanas había empezado mucho antes de la caída de Batista, cuya larga permanencia en el poder profetizaba la revista Time en su primer número de 1959, cuando ya el régimen se había desplomado. La campaña contra el gobierno revolucionario alcanzó una intensidad jamás vista en la historia. *United Press* y *Associated Press*, las agencias que monopolizan el mercado mundial de noticias, pusieron en marcha esa catarata de basura informativa que dura hasta hoy, preparando el terreno para la cadena de agresiones que iba a culminar en Playa Girón. Para contrarrestar en lo posible ese ataque incesante y despiadado, nació *Prensa Latina*.

La empresa pudo parecer utópica. Los monopolios informativos reaccionaron ante la competencia como todos los monopolios. La guerra desatada contra *Prensa Latina* invocó el pretexto de que era una agencia oficial. PL era, por supuesto, tan oficial como *United Press*, *Reuter* o *France Presse*: no hay en el mundo una agencia que no responda a los intereses de un estado nacional, o de un grupo monopolista estrechamente vinculado a ese estado. La diferencia consiste en que los países dominantes del mundo occidental prohíben ese lujo a los países dependientes. Las tentativas realizadas en Argentina y Brasil durante los gobiernos de Perón y Quadros fracasaron ante la embestida de las agencias norteamericanas que contaron como aliados a los grandes diarios comerciales de ambos países, para quienes el periodismo estatal es un crimen cuando se trata del estado nacional, y no lo es cuando detrás se oculta el poder extranjero.

En el caso de *Prensa Latina* había otra diferencia, más «criminal» aún. Todos los periodistas que trabajaron en ella eran latinoamericanos. Plinio Mendoza y Gabriel García Márquez en Colombia, Mario Gil en México, Díaz Rancel en Venezuela, Teddy Córdova en Bolivia, Aroldo Wall en Brasil, García Lupo en Ecuador y Chile, Onetti en Uruguay, Tríveri en Estados Unidos, Ángel Boan en cualquier parte, demostraron que una agencia no era algo tan misterioso como pretendían los viejos amos del periodismo. Dondequiera hubo que pelear por la noticia en igualdad de condiciones, llegaron antes y la escribieron mejor. Como testigo de esa competencia pude comprobar que el periodista norteamericano es profesionalmente mediocre, apegado a la rutina, desprovisto de curiosidad y de amor por lo que hace. Al tener que competir con nosotros, con un conocimiento del medio local que no

excedía los despachos ministeriales o el *lobby* de los grandes hoteles, se encontraban en una impresionante desventaja. Esa prueba no les gustaba para nada, y aunque mejoraron momentáneamente su servicio, acentuaron la campaña de desprestigio y la presión sobre los dóciles gobiernos. Tuve una idea de lo que esa presión significaba en mayo de 1959, cuando en ruta a La Habana debí hacer escala en Río de Janeiro por 48 horas que se convirtieron en 48 días. Se trataba de tomar una oficina, arrendar un canal de teletipo y designar un jefe de corresponsales brasileño, tres cosas sencillas para las que no existían obstáculos legales.

Las dificultades que surgieron eran tan absurdas que no tenían explicación dentro del marco idílico de la libertad de prensa, la libre competencia y otras fantasías. Ese año la *United Press* confesaba para su filial en Río una pérdida de un millón de dólares lo que sin duda revelaba sus buenos sentimientos. Inmovilizar un expediente en el ministerio de Viaçao, era mucho más barato. La burocracia brasileña es la más imaginativa que he conocido: siempre faltaba algo, una coma, un «carimbo», hasta un análisis de orina y una muestra de sangre. La maquinaria gubernamental chorreaba corrupción y demora en proporciones kafkianas.

Téngase en cuenta que las relaciones entre Cuba y los países americanos, incluidos los Estados Unidos, eran todavía «normales». La agresión contra PL era por supuesto una partícula de la agresión global que se gestaba. Los tropiezos que menciono se reprodujeron en las veinte filiales latinoamericanas de PL. Que hayan podido superarse, bien o mal, es un tributo al genio de Masetti. Un año después de creada *PL* tenía además sucursales en Washington, New York, Londres, París, Ginebra, Praga. Convenios firmados con *TASS*, *CTK*, *Tanjug*, *Hsian Hua*, y agencias egipcias, indonesias y japonesas le daban un ámbito mundial. *L’Express* de París y el *New Statesman* de Londres habían cedido sus derechos latinoamericanos por ínfimas sumas; *The Nation* y *The New Republic*, de Estados Unidos, los daban gratis. Más de cien clientes en América Latina y muchos centenares en los países socialistas, un volumen noticioso comparable al de las agencias norteamericanas, colaboradores regulares de la talla de Sartre, Waldo Frank, Wright Mills: todo esto era realidad a mediados de 1960.

La cobertura de ciertos episodios latinoamericanos como los terremotos de Chile, el primer golpe militar contra Frondizi o la revolución de Castro León en Venezuela, fue excepcional. Pero también se dieron algunos buenos «palos», como decían los cubanos, en territorio enemigo: Ángel Boan (que después murió en Argelia) fue el único en conseguir un reportaje a Chessman

doce horas antes de su ejecución. El mismo Boan le sonsacó una divertida entrevista a Trujillo (no teníamos corresponsal en Santo Domingo, por supuesto) mediante el simple expediente de llamarlo por teléfono en nombre de una agencia rival, mientras un colega argentino conseguía en Madrid la primera declaración de Perón favorable a Fidel Castro. Una noche, en el aeropuerto de La Habana, hice el reportaje más corto de mi vida. Era Ernest Hemingway, que decía: «Vamos a ganar. Nosotros los cubanos vamos a ganar». Y agregaba: «I'm not a *yankee*, you know». Algunas veces excedíamos los límites habituales del periodismo. Fue PL quien señaló con meses de anticipación el lugar exacto en Guatemala —la hacienda de Retalhuleu— donde la CIA preparaba la invasión a Cuba, y la islita de Swan donde los norteamericanos habían centralizado la propaganda radial por cuenta de los exiliados. Vivíamos, puede decirse, al pie de la teletipo, pero no recuerdo un trabajo que se hiciera con tanta felicidad. Masetti era incansable, un temperamento meridional, lleno de recóndito humor. Un tabaco y una guayabera que alternaba con el traje oscuro y la corbata negra, le bastaban para sentirse «aplatanado» sin abandonar una sola inflexión de su lenguaje porteño. Era pintoresco verlo irrumpir en la redacción donde predominaban los cubanos y gritar sus órdenes tratando a todo el mundo de vos. Se casó, por segunda vez, con su secretaria cubana. De madrugada, cuando cerraban los últimos canales, había tiempo para reunirse en su oficina donde circulaba un mate y un tocadiscos pasaba un tango. Alguna vez la presencia de un centinela guajiro en la puerta cerrada indicaba la presencia del Che. La amistad que los unía llevaba el sello indisoluble de la Sierra.

La suerte de *Prensa Latina* estaba ligada a la revolución cubana. La SIP, regenteada entonces por el coronel Dubois, dictó el úkase definitivo prohibiendo a sus miembros usar los servicios de PL. Una noche, en una callejuela de Costa Rica, la casualidad deparó a Masetti el placer de decirle en tres palabras lo que pensaba de él. Dubois se hizo el sordo pero ya las puertas de los diarios estaban cerradas.

Es conocida la presión implacable que llevó a los gobiernos latinoamericanos a romper con Cuba. En cada caso la ruptura fue precedida por el cierre de PL. Masetti lo había previsto con mucha anticipación. Cuando llegó el momento la agencia contaba con equipos de escucha capaces de suplir en parte el vacío, y la construcción de una potente emisora llegaba a su fin. Cuba no podía quedar aislada en el campo de la información, y no quedó aislada. PL sigue hasta hoy dando al pueblo cubano las noticias del mundo, e

informando a los que quieran o puedan escucharla, lo que pasa en Cuba. Esa es la obra de Masetti.

En marzo de 1961, Masetti renunció a *Prensa Latina*. Su alejamiento tiene que ver con el auge momentáneo del sectarismo, pero sobre todo con su deseo de ocupar un puesto de más riesgo en la tarea revolucionaria a la que ya estaba entregado por completo. Esa oportunidad se dio en seguida, en Playa Girón. Masetti retomó el comando de la agencia y vio sucumbir bajo el fuego de las milicias las últimas tentativas norteamericanas por reimplantar su dominio en la isla.

Después marchó a Argelia, donde se combatía aún. Era el intermedio necesario antes de acometer su última empresa, la guerrilla de Salta. La idea de traer la lucha armada a la Argentina no era nueva en Masetti. Nació en la misma Sierra, la meditó largamente en La Habana.

Puede discutirse, se discute, si el momento elegido era el apropiado, si la teoría del foco es o no correcta, si la lucha armada puede entablarse sin el respaldo de una sólida organización política. La honestidad de Masetti, la coherencia consigo mismo, la fidelidad al precedente cubano, están fuera de la discusión. Pertenece a esa lista ya larga de hombres que en América Latina vivieron sus ideas hasta el sacrificio: De la Puente Ojeda, Lobatón, Camilo Torres, Ernesto Guevara. Sabía que la victoria final de la revolución está amasada con los fracasos anteriores. El triunfo fulminante de los cubanos en enero de 1959 no basta para borrar las derrotas que lo precedieron, ni aun la más memorable de esas derrotas: el asalto al Moncada. Dentro de esa perspectiva no hay quizá victorias ni fracasos individuales, aunque haya experiencias que recoger y asimilar.

En los campos de Argelia, Masetti volvió a tomar contacto con la guerrilla. A fines de 1962 estaba de regreso en Cuba, alcanzó a conocer a su hija recién nacida, después se alejó para siempre. Cuando reaparece en la provincia de Salta, el pequeño grupo de rebeldes que lo acompaña lo conoce solamente por su nombre de guerra: Segundo. La elección está explicada en una carta de Federico Méndez y Juan Jouvé, sobrevivientes de la guerrilla encarcelados hasta hoy:

> «Al ingresar en el EGP (Ejército Guerrillero del Pueblo) cada miembro adoptaba un nombre de guerra, y Masetti eligió el de Segundo por el siguiente motivo: el Che, que en ese momento realizaba tareas imprescindibles para la Revolución Cubana, pertenecía en forma honoraria al EGP, conociéndosele a ese fin por el nombre clave de Martín Fierro. Masetti eligió el de otro

> gaucho famoso, Segundo Sombra. Luego Masetti fue conocido simplemente por Segundo, aunque fue realmente nuestro primer y único comandante».

Otro sobreviviente recuerda:

> «Nunca hablaba de su vida personal. Sabíamos que tenía mujer e hijos porque una vez los mencionó. En cierta oportunidad, él mismo habló de Masetti en tercera persona. Pero yo ignoraba que fuese él, y las fotos que después me mostraron tenían poco que ver. Cuando lo conocí tenía una gran barba negra, casi azul. Costaba tutearlo, era imponente».

A comienzos de 1962 Masetti escribía a su mujer: «Ya van cuatro meses y medio que aguardamos, con ansias controladas pero que nos devoran, el momento de rendir *nuestra materia*».

Siempre presentes, las primeras palabras de la carta de Martí a Mercado que constituyen también las iniciales de la Segunda Declaración de La Habana: «Ya puedo escribir. Ya estoy todos los días en disposición de dar la vida por la patria», y agregaba: «La Revolución ya no es un hecho a observar, un hecho histórico a criticar, sino que la Revolución somos nosotros mismos… es nuestra conciencia, la que nos juzga y nos critica y nos exige».

Se sentía fuerte y optimista, a pesar de las dificultades de la vida en el monte. Adiestraba a su gente, se movía sin cesar eludiendo cualquier choque. No había perdido su buen humor, su ácido espíritu de broma.

Cargaba la mochila más pesada, a pesar de una dolorosa desviación de columna vertebral que lo hacía sufrir bastante. A fines de 1963 dice en una nueva carta a su mujer: «Ahora llevamos recorridos más de un centenar de kilómetros en el mapa, aunque en realidad son muchísimos más. Nuestro contacto con el pueblo es desde todo punto de vista positivo. De los coyas aprendimos muchas cosas, y los ayudamos en todo lo posible. Pero lo más importante es que quieren pelear. Es esta una región en que la miseria y las enfermedades alcanzan el máximo posible, lo superan. Impera una economía feudal. Quien venga aquí y no se indigne, quien venga aquí y no se alce, quien pueda ayudar de cualquier manera y no lo haga, es un canalla».

A comienzos de 1964 los diarios publican las primeras noticias de la guerrilla, cuyos días estaban contados. En marzo los servicios de informaciones consiguen infiltrar dos hombres que promueven un incidente donde resulta herido el guerrillero Diego. La gendarmería captura un

campamento con cuatro hombres, donde estaban todas las provisiones. El hambre acosa ahora a la guerrilla: la zona está desprovista de caza, incluso de pájaros. El guerrillero Antonio muere despeñado. El 18 de abril es sorprendido un nuevo grupo. Días después en un confuso choque con la gendarmería resultan muertos Hermes (Hermes Peña, cubano) y Jorge. Diego, César y Marcos mueren de hambre. Los dispersos van cayendo en grupos de dos o tres.

Masetti no aparece nunca. Se ha disuelto en la selva, en la lluvia, en el tiempo. En algún lugar desconocido el cadáver del comandante Segundo empuña un fusil herrumbrado. Tenía al morir 35 años, había nacido en Avellaneda.

Rodolfo Walsh
Marzo de 1969

Prefacio

Existen dos Cubas: la creada para la exportación y la auténtica, la que pugna por ser integralmente una república.

La primera convierte el drama en pintoresquismo caribe, con sargentos ascendidos a generales y presidentes fantásticamente ricos que viven en el exilio fomentando revoluciones. La Cuba que escribe Habana con ve, para mejor identificación por los extranjeros que van a bailar la rumba, y que solo tiene voz de maracas y bongó. La Cuba de los carteles de compañías aéreas con bailarines color habano danzando semidesnudos alrededor de una palmera. La Cuba que solo se concibe libre, mezclada con Coca Cola y con clima tropical acondicionado para turistas que hablan inglés.

Y existe la otra Cuba: la que logró a fuerza de actos heroicos y escalando sobre cadáveres destrozados, saltar la muralla de bolsas de azúcar y mostrar al mundo entero que las estridencias del cha cha cha no lograban tapar sus gritos de indignación. Que la isla de Martí era ocupada por un pueblo que luchaba violenta y tenazmente por recuperar lo que había ganado al ganar su independencia. Que había logrado que su revolución no fuera una revolución más en el Caribe, sino que se convirtiese en el símbolo de lo que puede la voluntad de ser libre, sobre la maquinaria opresora de una dictadura.

No obstante, había que averiguar qué se escondía, si algo se escondía, detrás de ese formidable movimiento. Contra todas las previsiones, a pesar de las violentas represiones, superando el terror sembrado con prodigalidad de asesino millonario, la revolución cubana no podía ser sofocada y archivada. Los hombres, encabezados por Fidel Castro, se habían mantenido demasiado tiempo en el campo de batalla y la publicidad que había logrado su lucha era lo suficientemente profusa, como para despertar sospechas.

Confieso que salí de Buenos Aires lleno de dudas. Mi opinión sobre Batista estaba formada, por supuesto. Pero había que averiguar quiénes era los que trataban de voltearlo y a qué intereses respondían.

La única forma de saberlo, de despejar los interrogantes que siempre dejaban abiertos los cables de las agencias noticiosas, de conocer si realmente

la causa del Movimiento 26 de Julio merecía la adhesión de quienes querían la libertad de Latinoamérica, era ir hasta Fidel Castro y plantearle claramente las preguntas que nos hacíamos aquí.

Los argentinos queríamos saber quién era el hombre que encabezaba la revolución en Cuba, qué era el Movimiento 26 de Julio, qué aspiraciones tenía y quién lo financiaba. Queríamos saber si las balas que se disparaban contra Batista eran pagadas en dólares o en rublos o en libras esterlinas. O si se daba en Latinoamérica la desconcertante excepción de que una revolución en marcha hacia el triunfo fuese financiada por el propio pueblo.

J. R. M.

Capítulo 1

Bajé del avión y no pude evitar sentirme turbado por el calor pegajoso y refulgente y por la emoción nerviosa del debut en el peligro.

Desde que la camarera había anunciado «aeropuerto Rancho Boyeros, Habana», no había dejado de pensar cómo sería ese temido tamiz de viajeros sospechosos, cómo actuaría la policía —que me imaginaba con cara de policía—, y qué pasaría con mis pobres excusas de turista casi sin equipaje.

Cuando había ido a gestionar la visa de mi pasaporte en el Consulado Cubano de Buenos Aires y luego de convencer al cónsul de que el sueño de toda mi vida era bailar el cha cha cha bajo las palmeras, él mismo me advirtió que llevase todo en regla.

—Usted sabe… Siempre creen que los jóvenes se van a meter a revolucionarios.

Esas palabras me hicieron comprender que en Cuba era un delito ser joven. Y mientras revisaban mi escaso equipaje y mis documentos, me di cuenta que lo estaba pagando.

De los once pasajeros que descendimos en La Habana, solo a mí me revisaron las ropas.

Parado, en medio de cuatro mulatos que parecían tener viejos rencores hacia mí, me dejé revisar tratando de no demostrar preocupación. Apoyados en las paredes, no menos de diez individuos con guayabera blanca y unas gorritas muy singulares que los uniformaban lo mismo que sus caras, me trataban de mostrar con su mirada insolente que ellos ocultaban el secreto de que eran secretísimos policías secretos y que por lo tanto…

Cuando me devolvieron el pasaporte y los certificados que aseguraban que no importaría ninguna peste al país, me dejé llevar gozoso hasta la salida en donde un hombrón de gorra azul me metió en un auto ocupado ya por otras personas.

A toda velocidad, la máquina se desprendió de Rancho Boyeros y enfiló hacia La Habana por una hermosa avenida flanqueada por carteles que decían: «Obra del Presidente Batista».

El automóvil se clavó delante del vestíbulo del famoso hotel Nacional y allí descendieron todos con los equipajes, incluso mi valija. Yo la recogí y volví a meterme en el auto, pensando a cuánto estarían cotizando los dólares que llevaba en el bolsillo en el mercado libre de Buenos Aires.

El chofer no me ocultó su decepción por no llevar un pasajero distinguido y ya no fui más «señor» sino «oye, chico». Me dejó en el hotel que me había indicado un amigo en Buenos Aires, por supuesto mucho más barato que el Nacional. Allí también, parados a los costados del vestíbulo, estaban los secretísimos policías secretos, con su guayabera blanca, su gorrita y su mirada insolente.

No bien dejé mi valija sobre la cama, salí en busca del hombre que, según mi amigo de Buenos Aires, podría establecer contacto con la gente del 26. Lo encontré y me decepcionó.

—La cosa está muy brava, chico. Esto es candela. Se está preparando una huelga general y la represión es terrible. Vas a tener que conformarte con hacer las crónicas de lo que suceda aquí.

Por supuesto, sus palabras no me convencieron e insistió. Me dijo que la única forma de tomar contacto rápidamente, era yendo a Santiago de Cuba, capital de Oriente, la provincia revolucionaria por tradición.

Allí conocía a un señor que quizá me pudiese facilitar una entrevista con los dirigentes locales del movimiento. Grabé el nombre y dirección en la memoria y me fui.

Regresé al hotel a pie. Recorrí las desiertas calles de la noche habanera bordeadas por *cabarets* vacíos, abiertos solo porque la policía lo exigía, mientras por el centro de la calzada, modernos automóviles azules y blancos o verde oliva, parecían fortalezas repletas de hombres con cascos, vigilando a los pocos transeúntes.

Los altavoces de los bares y *cabarets* chillaban como locos la última canción: «A la Rigola yo no vuelvo má, matan a los hombres por la madrugá…», y aunque seguía una letra estúpida, a mí me sonaba lúgubre, como un responso con maracas, escuchándola mientras las ametralladoras espiaban con su ojo la vereda.

Al día siguiente, a la hora convenida, estaba el hombre con su máquina esperándome en la esquina del hotel.

Otra vez Rancho Boyeros. Otra vez los policías con caras de policías.

Mientras aguardábamos la llamada de los pasajeros del Viscount para Santiago, apenas cambiamos algunas palabras. Por lo menos cuatro

vendedores de billetes de lotería se metieron entre nosotros, tratando de escuchar lo que hablábamos, casi sin disimulo.

Cuando los motores hicieron trepidar a la máquina, eché una mirada hacia el vestíbulo del aeropuerto. Todavía estaba parado, detrás de los cristales, mi primer buen amigo cubano. Me había estrechado el brazo con fuerza y no sin emoción me había deseado buena suerte.

Yo todavía no comprendía el porqué de la secreta solemnidad que le dio a la despedida. Yo todavía no había logrado hacerme a la idea de que estaba en la Cuba de Batista. «Y aquí matan, chico»…

Durante todo el viaje no pronuncié una sola palabra, salvo «gracias», cuando la camarera me alcanzó jugo de mango. Llovía torrencialmente y el avión no lograba enfilar la pista. Luego de varios intentos que terminaban siempre en un brusco ascenso y en el santiguarse a repetición de casi todas las mujeres, tocamos por fin tierra. Eran las diez de la noche. El avión debía haber llegado a las nueve menos cuarto. Lo avanzado de la hora conspiraba contra mis posibilidades de buscar algún hotel discreto.

Si en La Habana los policías secretos estaban parados contra las paredes, en Santiago en cambio los que estábamos contra las paredes éramos los pasajeros. En medio del salón, cargado del aire caliente que la lluvia había metido dentro, medio centenar de hombres de uniforme o uniformados con sus caras y sus guayaberas blancas, vigilaban desconfiados a los empleados que revisaban las valijas, no sin alarma, que llamaba la atención de todos.

—Eres extranjero ¿verdad? —preguntó una voz indiferente a mi espalda.

Cuando me volví, vi a un hombre que sonreía, como si hubiese estado conversando conmigo desde mucho antes.

—Sí —no pude negar.

—Bueno —me dijo con el mismo tono indiferente— te conviene quitarte esa chaqueta y esa corbata negra. Llamas mucho la atención.

—Gracias… —traté de sonreír y adoptar el mismo tono amistoso con él.

—Te vi en el aeropuerto con tu amigo. Fue una imprudencia. Él está marcado.

En un segundo decidí jugar a cara o cruz.

—Bueno, es el único que conozco.

—¿Y aquí?

—Esta noche iré a un hotel. Mañana veré.

—Si te metes en un hotel te pescan.

En ese momento estaban revisando mi valija. Él colocó la suya junto a la mía y logramos que terminara con nosotros casi a la vez.

—Te llevaré esta noche a mi casa. Mi máquina debe estar parqueada aquí cerca.

Segundos después, en medio de la lluvia, íbamos a marcha regular hacia Santiago. Casi toda la ciudad estaba a oscuras.

—Sabotaje —me explicó, indiferente.

Paramos frente a una típica casa santiaguera, constituida en madera y con la tropical terraza sobre la vereda. Luego de comprobar que no había nadie a la vista, bajó rápidamente. Mi valija había quedado en la máquina. Me explicó que no convenía bajarla de noche. Todas esas precauciones me parecían un tanto noveleras. Y yo además, desconfiaba aún si había jugado bien. En el interior de la casa, alumbrada con lámparas a querosén, había varias mujeres que recibieron al viajero como si hubiese llegado del frente de batalla. A mí ni me prestaron atención, hasta que mi acompañante me presentó como a un amigo. Las mujeres, que eran sus hermanas, comprendieron al instante que era un amigo muy especial y ni bien abrí la boca para saludar, ya habían deducido que era argentino.

—¿Periodista, verdad?

El hombre se impacientó.

—Te dije que era un amigo. Déjate de hacer preguntas y no comentes con nadie que está aquí.

Las mujeres terminaron por convencerse de qué clase de amigo era yo y yo de que había jugado con extraordinaria suerte. Era evidente que los santiagueros estaban habituados a encontrar ese tipo de amigos extraños que aparecían de improviso y de improviso desaparecían y que los ocupantes de la casa se sentían un tanto orgullosos de tenerme.

Sin ninguna otra previsión que la de bajar la voz, comenzaron a relatarnos al hermano y a mí, los hechos ocurridos en los últimos días. La sucesión de sabotajes, de tiroteos y de muertos que el recién llegado conocía como amigos o vecinos, fue larguísima. El hombre solo hacía cinco días que faltaba de su casa. Había ido a llevar al hijo a La Habana, en previsión por «lo que vendrá», cuando estallase la huelga general. Unas semanas atrás, habían encontrado mutilados los cadáveres de dos muchachitos, de trece y catorce años, a quienes detuvo la guardia de Batista y los padres de Santiago ya no sabían cómo proteger a sus hijos, todos deseosos de tomar parte en la lucha abierta.

Me acomodaron en una de las habitaciones de la casa, que como todas, eran simples tabiques que no llegaban hasta el techo y no tenían otra puerta que una cortina. Después comprobé que casi todas las viejas residencias

santiagueras eran así. La lluvia seguía cayendo con fuerza y por eso no me sobresalté cuando dos horas después escuché tres fuertes detonaciones y el sonido de un trueno que se desgarraba sobre Santiago. Me levanté sudado y espié por la ventana. La noche negrísima, estaba estrellada. Los truenos eran de dinamita en aquella histórica capital de Oriente.

Capítulo 2

El fuerte desayuno cubano quedó en el plato. Solamente tomé jugo de naranjas. Me sentía limpio y fresco dentro de la guayabera blanquísima y almidonada que me habían prestado. Y además, con unos deseos enormes de asomar la nariz a esas calles que la noche anterior, oscuras y en medio de la lluvia, me habían parecido siniestras.

Eran la siete y media y ya todos los santiagueros estaban en pie. La ciudad, deliciosa mezcla de edificios centenarios y modernos, hacía juego con un cielo especialísimo y con el castellano opulento de las mujeres. Todo parecía ondulante sobre las pronunciadas lomas de las calles, como las olas de aire fresco que inflaban guayaberas y mostraban enaguas almidonadas por la vereda de la sombra.

Lo único extranjero, distinto y chocante, era el desfile de carros patrulleros y *jeeps* por el medio de las calles. Y los cascos de los soldados que velaban sus ametralladoras sobre los techos de los edificios altos.

El automóvil se metió por una calle muy angosta, con los frenos trabajando a cada centímetro, para no rodar a velocidad loma abajo, y se clavó frente a una casa pintada de amarillo.

—Aquí vive el hombre. Tú quédate, que voy a ver si está.

Después de unos cuantos goles, una cabeza blanca de mujer mulata asomó por un portillo. Mi compañero preguntó por el dueño del nombre que me habían dado en La Habana.

—En este momento no está. Quizás esté en la oficina.

—¿Y no puede llamarlo?

La anciana se mostraba indecisa. Era evidente que desconfiaba. También bajé yo del coche y me acerqué.

—Soy extranjero, señora —dije muy quedo—. Necesito hablar con él.

La dama titubeó unos segundos y desapareció del portillo. Al instante se abrió la gran puerta amarilla y nos metimos en un vestíbulo fresquísimo, con columnas de madera tallada sosteniendo el techo a gran altura y mecedoras como para olvidarse del mundo. Diez minutos después, apareció el dueño del

nombre buscado. Tampoco fue muy confiado. Me pidió el pasaporte y se lo entregué.

—¿Tiene carnet de periodista?

—¿Usted cree que con carnet de periodista latinoamericano hubiese podido llegar hasta aquí?

Estuve exacto.

—Bueno. Pero lo que usted quiere no es muy sencillo. Y además, comprenda que va a conocer a mucha gente por la que Batista pagaría miles de dólares. Y todo eso, nada más que por la buena fe que usted nos inspire.

Estuvo exacto.

Hablé durante unos minutos demostrando que al menos conocía el oficio periodístico. Dije por qué había querido llegar hasta la Sierra Maestra. Mencioné al hombre de La Habana y al que me lo había señalado en Buenos Aires y di una serie de datos personales del famoso Che Guevara, datos que solo habrían podido ser proporcionados por la propia familia.

—Está bien. Yo le creo. Pero tampoco yo soy del 26 de Julio.

—Trataré de tomar contacto con ellos y explicarles el caso. Pero le advierto que va a ser muy difícil.

Le dejé mi pasaporte y mi necesidad de conseguir una grabadora portátil y película fotográfica.

—No se apure. Que si llega a ir, no le va a faltar nada.

Pasé todo ese día aguardando la contestación, en el negocio del hombre del aeropuerto. Como llegaban clientes a cada momento, me presentaba como a un técnico mexicano. Nunca me pude enterar técnico en qué era. Y a la presentación, seguía siempre la advertencia, al recién llegado:

—Anda chico, puedes hablar, que este es buena gente.

El «puedes hablar» es la concesión que más alegra a un cubano. De inmediato se narraban los hechos de la noche anterior en las ciudades vecinas. El estallido de bombas en Holguín. La muerte de varios jóvenes en Manzanillo. El último combate en las cercanías del Cauto. Candela en Contramaestre.

Yo escuchaba y los nombres de los pueblos y ciudades venían a mí desde la historia. Desde las biografías de Martí. Desde las imágenes que me había forjado leyendo la historia cubana, acerca de la lucha en la manigua.

Todos los visitantes de ese día fueron recelosos medio segundo. Luego hablaban con pasión, a los apurones, con grandes ademanes. A la cubana. Y la mayoría tenía parientes en la sierra o en el cementerio. Y la mayoría estaba

haciendo sus preparativos para «la que se va a armar». Y la mayoría me decía con violencia:

—Es que no tenemos armas, chico. Que si las tuviésemos, no nos quedaríamos en las fincas, esperando que lleguen los guardias a matarnos. Armas, eso es lo que nos hace falta.

Llegó la noche y el llamado se produjo recién a las nueve. Ese día no iba a ser posible ningún contacto. «Mañana a las ocho».

El hombre del aeropuerto admitió, no de muy buena gana, que debía quedarme en su casa.

—Esto de viajar de noche con un extranjero…

Yo no supe qué decirle, pero me sentí mortificado. «Lo lamento viejo —pensé—, hay que aguantar».

Nuevamente el sol caliente, el desayuno en el plato sin tocar y jugo de naranjas.

El llamado no se produjo a las ocho sino a las diez. Y los empleados ya se preguntaban que hacía de nuevo allí ese silencioso técnico mexicano. La llamada de las diez anunciaba otra para mediodía que no se concretó. A la tarde volvieron a anunciar: mañana. El hombre del aeropuerto ya no sabía qué hacer conmigo ni yo tampoco. Mi tercera aparición matutina en el negocio hizo comprender sin duda a muchos empleados y obreros que yo no era un técnico, como esos amigos y parientes que solían aparecer imprevistamente en las casas santiagueras.

Cuando una voz ordenó por teléfono que la cita era en una determinada esquina 20 minutos después, el hombre del aeropuerto volvió a sonreírme como en el primer día. Otra vez volvía a sentirse contento de haberme protegido. Pero su alegría fue prematura. Nadie pasó a recoger el paquete.

Hubo otro llamado. Y otra cita incumplida. Hasta que a las seis de la tarde, y cuando evidentemente los agentes del 26 se convencieron de que yo no representaba ninguna trampa ni nadie me seguía, un coche se acercó a mí en la esquina que habían señalado y una muchacha me saludó cordial:

—Hola, Jorge, ¿vamos?

Subí a la máquina entre contento y solemne. La muchacha me devolvió el pasaporte.

El automóvil se detuvo ante una puerta de rejas. Bajamos y sin llamar cruzamos el jardín y entramos a un vestíbulo en donde varios muchachos hablaban de política, mientras un disco giraba para hacer oír a un cantor chileno que parecía muy contrariado y triste. Nadie se fijó en mí.

La muchacha me guio entre brazos que hacían ademanes hasta una terraza posterior en donde una joven rubia que parecía tener entre catorce y cuarenta años me recibió con una sonrisa profesional, como un dentista a su cliente.

Volví a escuchar preguntas sobre mis propósitos, quién era, para qué empresa trabajaba, cuándo había llegado y cómo había logrado tomar contacto con ellos. Y yo volví a contar toda la historia, saqué otra vez el pasaporte y mostré el pasaje de regreso. Después de quince minutos de conversación, se aprobó mi viaje.

—Bueno, ¿cuándo?

—Veremos.

Otra vez a esperar. La misma muchacha que me había llevado hasta allí, me condujo hasta mi nuevo escondite. En adelante y hasta el momento de iniciar el viaje a la Sierra, no podía asomarme a la calle. Cualquier registro, cualquier sospecha por parte de los guardias, significaría mi detención. Y ahora no era solamente yo el preocupado porque no me detuvieses, sino todos los que vi.

Tres días después, me anunciaron que se había dispuesto el viaje para el siguiente. Las cosas se habían complicado, porque para esa misma fecha Fidel Castro ordenó el corte de la carretera, y amenazó con tirotear a todos los vehículos que circulaban por ella.

Pero un muchacho del 26 se ofreció a llevarme hasta Contramaestre y previa advertencia del peligro que iba a correr, decidimos salir. Me habían provisto de botas, hamaca, nylon, mantas y una gruesa tricota, pero antes de partir tuve que dejar todo mi equipaje menos las botas, para hacer lugar en una cavidad secreta del automóvil a la grabadora portátil que me había hecho comprar y el material fotográfico.

La orden de Castro de no transitar por la carretera se cumplía espectacularmente. Durante kilómetros no nos encontramos con ningún vehículo, salvo los que querrían haber sido excepciones y se convirtieron en restos de incendio: una guagua y un gasolinero. Las incursiones de los rebeldes durante la noche anterior, habían reiterado sin duda el terror de los guardias ubicados en las postas camineras, porque apenas si salían de atrás de sus trincheras para preguntarnos dónde íbamos y revisar ligeramente la máquina, y volver corriendo a acostarse detrás de las pilas de bolsas de arena.

Casi no se fijaban en mí, que para evitar contestar a las preguntas que nos hacían, me entretenía en encender un gran tabaco, que apagaba hasta la próxima posta.

No hacía mucho que habíamos dejado atrás Palma Soriano, cuando mi acompañante comenzó a disminuir la velocidad del coche, hasta detenerse junto a un carro patrullero y un *jeep*. Este último había sido acribillado. Una mancha de sangre y una gorra militar tirada en el asfalto indicaban que lo que estaban acomodando los guardias en el asiento posterior del carro patrullero, era algún compañero herido o muerto.

Nos hicieron seña de que continuásemos. Estaban demasiado asustados como para preguntar a los únicos que transitaban por la carretera acechada, quiénes eran. Hasta a algunos guardias parecía alegrarles el que un coche al menos, les desviase el pensamiento, fijo en los hombres barbudos que surgían de improviso de cualquier parte.

Nuestra llegada a Contramaestre casi fue un acontecimiento para el dueño de la fonda. Pero no nos preguntó nada más que qué queríamos comer. Yo, continuando mi mudez, me levanté para ir al servicio, mientras mi compañero encargaba congrí y tostones de plátano verde. En el local solo había ocupada otra mesa, en donde un cura viejo, de sotana blanca, hablaba en voz baja con un parroquiano, salpicando su murmullo con abundantes y sonoros «coños» y «carajos». Era evidente que platicaba sobre política.

El calor me impedía comer y no podía mirar hacia fuera sin que el fulgor del camino me lastimase los ojos mientras jugaba con el arroz, tapando y destapando los tostones grasientos. El que me había servido de chofer se paró y fue a hablar por teléfono. Volvió con el mismo aire indiferente que se había ido y me dijo llevándose un vaso de agua a la boca.

—Dentro de un rato viene el hombre. Menos mal que estaba en casa.

El sudor me corría por la espalda e iba a confluir sobre el estómago.

Del cura solo se escuchaba el siseo y los coños y carajos. Y toda la fonda se había llenado de olor a manteca de cerdo frita.

Mientras aguardamos a que llegase el nuevo guía, mi compañero pidió café y me convidó con un tabaco. Era un mulato medio pelado, de treinta y pico de años y cara noble.

—Bueno, chico. Dentro de poco estarás subiendo. Tienes suerte. Vas a ver a Fidel Castro. Yo nunca lo he visto. He llevado a varios hasta el pie de la sierra, pero siempre tuve que volverme.

—¡Qué voy a hacer! Es mi misión.

Dos guardias cargados de armas entraron a la fonda. Pidieron un refresco y se fueron sin pagar. El cura bajó más la voz para la confidencia y lanzó más seguidos sus coños y carajos.

El hombre que esperábamos llegó enseguida. Tendría unos cincuenta años. Nos saludó como a viejos amigos y pidió agua.

—Estuve esperando a que saliesen los guardias.

Convinimos que él se marcharía solo y que quince minutos después, lo seguiríamos nosotros, carretera arriba.

Esperamos el tiempo acordado, mi compañero pagó y salimos, mientras un rotundo coño del reverendo se apagaba con el golpe de la puerta del auto.

—¿Qué le pasa al cura que está tan enojado?

—Este año no habrá campanas ni cánticos en el Sábado de Gloria. Como no las hubo en Nochebuena. Hace pocos días un carro patrullero cortó a ráfagas de ametralladoras una casita, aquí, en Contramaestre. Creían que adentro había un rebelde. Mataron a una señora e hirieron a varios más. Y el cura dispuso entonces que no haya jubileo. Cuba no está para aleluyas.

Llegamos enseguida al punto convenido, sobre un puente. Allí montó el hombre de Contramaestre y seguimos viaje unos minutos más, hasta que doblamos hacia la izquierda, metiéndonos por un campo de café. El automóvil avanzaba balanceándose sobre la tierra blanda, hasta que se detuvo lentamente. El guía descendió y lanzó una especie de chistido, como un beso a lo lejos. Enseguida tuvo contestación y de inmediato vi a los primeros «alzados». Tres muchachos que estaban ocultos en la manigua abandonaron su posición y nos escoltaron cuando el coche siguió su camino. Estaban barbudos y la melena les llegaba hasta los hombros. Entre las camisas de los tres reunirían cuatro botones y los pantalones estaban pesados de barro y grasa. Uno llevaba un enorme revólver en la cintura y los otros dos estaban armados con escopetas de caza antiquísimas. El más pertrechado llevaba una canana de lona con tres cartuchos. Al notar cómo los observaba, el chofer aclaró:

—Estos son los escopeteros, se quedan haciendo emboscadas cerca de la carretera, para poder conseguir un arma buena. Después se van a incorporar a las tropas rebeldes.

En cinco minutos de marcha lentísima llegamos al campamento. De un bohío aparentemente desierto surgieron unos veinte hombres. En su mayoría jóvenes y en su mayoría tan desastrosamente armados y vestidos como los que nos escoltaban. Todos me saludaron con efusión.

—¿Argentino?

—¿Usted es el hermano del Che?

—Oye, chico, que has llegado de lejos.

Los que habían venido conmigo en el auto, comenzaron a levantar la tapa que ocultaba mis botas, la grabadora y la cámara y los rollos fotográficos.

Había arribado a la primera etapa. Se despidieron de mí con un apretón de manos. El que me condujo desde Santiago me sonrió:

—Ahora vamos a ver si tengo la misma suerte que para venir. Sería una muerte poco heroica el que me atraviesen a tiros estos escopeteros…

Yo respondí con otra sonrisa y un «Chau, che», que provocó la risa general.

El agente que habíamos recogido en Contramaestre, me recomendó desde el auto:

—Si ve a mi hijo, dele un abrazo. No sé si está con Fidel o con la tropa de Camilo.

El coche se fue alejando con la misma lentitud que había llegado, esquivando las ramas bajas de los cafetos. Y yo me quedé parado entre el grupo de escopeteros curiosos y risueños.

Un teniente con ropas de guajiro me invitó a pasar al interior del bohío. A menos de medio kilómetro se escuchó el motor del auto, que retomaba la carretera. Enseguida me ofrecieron asiento y comenzaron a tostar café. Todos me hicieron rueda y me vi en la obligación de hablar. Conté cómo había llegado. Mi impresión sobre el ambiente de La Habana y de Santiago y las noticias que teníamos en la Argentina acerca de los rebeldes, las que provocaban muchas veces la risa de los muchachos.

El ruido del motor de un avión interrumpió la plática y todos corrieron a recoger las pocas cosas que había fuera del bohío, para que no fuesen vistas desde el aire. La máquina pasó a gran distancia y la charla continuó, en una incesante maratón de preguntas. Por lo general, estaban bastante bien informados de lo que sucedía en el mundo.

—¿Es cierto que Perón vuelve a la Argentina?

—¿Frondizi le debe el poder a Perón?

—Mira, es verdad que este Perón era un bicho, pero yo le tengo simpatía. Se les puso bravo a los yanquis.

—¿Cómo es la CGT? No será igual que la CGT nuestra, ¿no es cierto?

Yo respondía y preguntaba a mi vez. Los hombres y muchachos que me rodeaban eran en su mayoría de los pueblos vecinos y se habían quedado ahí, con la primera tropa que encontraron, hasta conseguir un arma. En gran parte eran obreros y campesinos. Pero los más sucios de todos eran universitarios. Era evidente que todos estaban orgullosos de su condición de rebeldes y que lo único que no les dejaba ser completamente felices era el no estar

incorporados a las tropas de nombres famosos: Fidel, el Che, Almeida, Camilo Cienfuegos, Ramirito Valdéz, Raúl Castro…

Para llegar a Las Bocas, donde me iban a proporcionar guías hasta el campamento del Che Guevara, debía atravesar un camino habitualmente transitado por los carros blindados de los guardias, lo que obligaba a viajar de noche. Iba a salir a las tres de la mañana, así que no me preocupé en acostarme, pese a que varios me ofrecieron su hamaca. A medida que transcurrían las horas, las preguntas políticas se fueron agotando y dieron lugar a cuanta duda tenían sobre la gente, o la geografía, o la producción argentina.

Hasta que llegamos al tango.

—Dime, ¿es cierto que murió Hugo del Carril?

—¿Tú conoces a Libertad Lamarque?

—Escucha, chico, escucha… Esto es de Gardel.

Y un morochito comenzó a cantar «Mano a Mano», poniendo cara de torturado: «io te evoco y veo que aj sido en mi poble vida padia solo una güena muhhe»… Alguien acercó candela y llegó mi cena. Y con ella el primer encuentro con algo que sería una náusea perpetua durante semanas: la malanga, un tubérculo que a primera vista parece papa, pero mucho más grasoso y con un olor persistente que penetra la ropa y obliga a llevarlo encima a quien se le acerque. Mordí una y la dejé, ante la mirada desconcertada de todos.

—¿No te gusta la malanga?

—Sí, cómo no. Es que no tengo hambre.

—Cuando estés en la sierra, comerás candela.

A las dos de la mañana hubo relevo de guardia y se despidieron cordialmente de mí los que iban a ocupar las postas. Llevaban sus viejas escopetas de caza, algunas atadas con alambre, y latitas de leche convertidas en granadas. Uno de los que se iba volvió corriendo. Era el morochito de Mano a Mano.

—Eh, teniente, ¿no tiene un «tiro» más?

Como el teniente no tenía un cartucho para esa arma, otro de los muchachos resignadamente sacó del bolsillo uno.

—Tómalo prestado, pero no lo vayas a botar al aire, ¿eh? Que me costó bastante hacerlo.

Efectivamente, había pasado toda la tarde juntando plomo, remaches y tornillos, que metió cortados en el viejo cartucho de cartón.

—Este es un tiro reforzado —había dicho riendo—. ¡Metralla en ráfaga!

Cuando vi alejarse al morochito, a hacer guardia sobre la carretera central, donde transitaban casi permanentemente los carros blindados y los tanques de Batista, no pude menos que sonreír ante un recuerdo. El de aquel español republicano exiliado en Buenos Aires, que me había dicho unas semanas antes de mi viaje a Cuba, tomando café en el Tortoni:

—Sí, señor. Fidel Castro está apoyado por los yanquis para voltearlo a Batista. Son un grupito de niños bien, que les gusta jugar a la guerra. Muy bien armados, por supuesto —concluyó el cómodo exiliado con suficiencia.

Capítulo 3

Mientras viajaba en un *jeep* con los faros velados hacia Las Bocas, no podía dejar de pensar en «los escopeteros». Unos cuantos guardias bien armados que se animasen a llegar hasta su posición, los barrerían. Y mientras tanto, ellos se arriesgaban, sencillamente para ver si podían hacerse de alguna de esas perfectas armas automáticas norteamericanas que tenía el ejército.

Las Bocas estaba ocupada por un grupo de rebeldes recientemente formado por «las milicias» que eran las que actuaban en las ciudades.

Cuando llegué, recién salía el sol. Los uniformes eran nuevos, cada cual había pasado el suyo por entre las guardias, lo mismo que sus armas.

Luego de un corto conciliábulo, los oficiales eligieron la ruta, que no conocían muy bien, dado que ellos recién iban a operar en la sierra y me confiaron a dos guías, los muchachitos campesinos que recibieron el encargo con evidente desencanto, ya que su tropa iba a entrar en acción en esos días.

Un teniente, ya no de la milicia sino del verdadero ejército rebelde, reorganizó la ruta advirtiéndome que el camino iba a ser muy duro.

—¿Cuánto tardaré? —le pregunté mientras me vestía con la camisa y el pantalón de uniforme que me habían regalado.

—Andando bien, unos diez días.

Ni había sospechado que el viaje pudiese ser tan largo. Diez días subiendo y bajando montañas. Miré a mí alrededor y los montes se alzaban verticales. No se notaba un solo camino.

El teniente me miró sonriendo y me advirtió en tono un poco paternal.

—Esto todavía no es Sierra Maestra. Son apenas las primeras estribaciones.

—Bueno, qué se va a hacer… Adelante.

Mi tono resignado hizo reír a todos los que me habían rodeado desde que llegué.

—Ya está hecho todo un fidelista —dijo la mujer del teniente, también uniformada, cuando me vio de verde oliva.

El bohío en que se había instalado la jefatura de la tropa era la propia vivienda del jefe, el teniente Rubén Milán, «a las órdenes del comandante Almeida», como él acotaba cada vez que se presentaba. Y no solamente su mujer, sino que sus hijas trabajaban para los rebeldes.

—Aquí es zona liberada. Pero hay que ayudar a seguir siendo libres y a llevar la libertad más lejos.

Mis dos guías ya estaban listos, aguardando la orden de marchar. En sus mochilas llevaban, para los posibles diez días de camino, algunas latas de leche y jugo de peras, una rueda de tabaco y fósforos. Yo cargué mi grabadora, la cámara y los rollos en una mochila de cuero amarillo.

—Bueno. Todo listo —ordenó Milán.

A último momento advirtió que me faltaba la gorra y como no había ninguna disponible, me dio la de él.

—Ahora sí. Buena suerte «che». Y que Dios los acompañe.

Me abrazó con fuerza y los demás me palmearon. Yo no comprendía aún la solemnidad sencilla pero teatralmente dramática de ese momento. Aún no había visto a los aviones a reacción bombardear las sierras con bombas incendiarias, ni perseguir con ráfagas de sus ametralladoras 50 a cuanto bicho se moviese por los trillos de las montañas. Aún no había visto los pueblos enteros incendiados con fósforo vivo. Ni los cadáveres de los campesinos colgando de los árboles con decenas de balas por todo el cuerpo. Aún no había visto la guerra cruel de la Sierra Maestra. No imaginaba que una semana después, un batallón batistiano iba a exterminar a los «escopeteros» con los que había charlado en las cercanías de Contramaestre, porque no tuvieron armas para defenderse.

Al despedirse por última vez, Milán me dio un papelito doblado en cuatro.

—Guárdelo. Si llega a suceder cualquier cosa y se queda solo, le servirá de salvoconducto. Escóndase donde pueda y de noche acérquese a cualquier bohío. Ningún campesino le va a negar hospitalidad. Y si se encuentra con los guardias, huya, no se arriesgue, que va desarmado. Y ellos, para tirarle, no le van a preguntar si es periodista extranjero.

Nos largamos por una loma hacia abajo. Las botas nuevas empezaron a hacerse sentir en los tobillos, pero yo seguía poco menos que corriendo a los dos guías. Pronto me enteré que uno se llamaba Chino y el otro Cholo. Y aunque eran bastante parecidos era imposible confundirlos, porque los bigotes de Chino eran típicamente mongólicos. Tenían cruces y medallas de la Virgen de la Caridad prendidas por todos lados y del cuello les colgaba un palo de unos 15 centímetros de largo.

—¿Qué es esto, un amuleto?

—No, hágase usted también uno. Son para los bombardeos. Cuando nos tiren, salte detrás de un árbol y muerda bien el palo.

En un pequeño descanso me procuré una ramita y la limpié lo mejor que pude. Sin pensar en que tendría ocasión de usarla la guardé en el bolsillo de la camisa.

—Bueno, ahora hay que subir.

—¿Ahora? ¿Y qué es lo que estamos haciendo hace tres horas?

Los dos se rieron.

—Pero si esto es el llano. Las lomas todavía no empezaron.

Yo me paré dolorido. Las correas de la mochila me lastimaban y las botas me habían destrozado los tobillos.

—Y bueno… adelante.

Pero ya no seguí como antes, casi corriendo. Trepaba con pies y manos, sintiendo que la grabadora, que me había parecido liviana —seis kilos— era lo más pesado que había transportado en mi vida. Tenía la sensación de que alguien se colgaba de la mochila. Y hasta la noche no íbamos a encontrar un solo bohío en el camino, para tomar al menos un trago de café.

Llegamos a Tres Términos, primera etapa del viaje, al ocultarse el sol. La ropa, empapada de sudor, se me estaba congelando sobre la carne. En un bohío, nos miraron con pena cuando nos vieron llegar destrozados.

Enseguida, la mujer se puso a preparar tostones, malanga y café. Yo, tirado en un rincón tiritaba de frío. No sentía entre los labios el tabaco que había encendido y el olor de la malanga comenzó a descomponerme. No había probado más que agua en los arroyos, pero no tenía apetito. Solo un frío espantoso. Cuando se dieron cuenta de que no tenía manta, el campesino fue hasta su cama y sacó una.

—Cúbrase con esto.

Yo no pude decirle que no. Me vacié los bolsillos de los anteojos oscuros, papeles y lápiz, para que no me hiciesen doler más el cuerpo, y me estiré sobre la tierra, envuelto en la manta, mientras mis guías se alarmaban de que no comiese.

Cuando advertían que al día siguiente no iba a poder seguir, si no tragaba malanga, me quedé dormido. Qué blanda era la tierra dura.

Capítulo 4

Abrí los ojos y tenía frente a mí un candil.

—Vamos. Ya son las tres. Tenemos que aprovechar el fresco para caminar más.

Me paré enseguida y noté con asombro que me sentía maravillosamente bien. Un gran vaso de café caliente y amargo me dio ánimos para salir corriendo. Busqué en el suelo mi gorra, en donde había dejado los papeles, los anteojos y el lápiz, y no la encontré.

El dueño de casa se preocupó.

—Estos ratones…

Después de un rato, encontró la gorra con los papeles y los anteojos. El lápiz había sido un buen desayuno para algún bicho gris. Dimos las gracias, nos despedimos y emprendimos la segunda jornada. A poco salió el sol, y ya no sentí frío. Las nubes se fueron desprendiendo poco a poco de la manigua y subían hacia un cielo clarísimo. Me gustaba caminar ese trecho sobre la tierra colorada del sendero, antes de penetrar nuevamente en esos montes espinosos, donde la humedad llueve permanentemente sobre el colchón de ramas podridas que forman el suelo vertical de la montaña. Eran las seis de la mañana y caminábamos en silencio, cuando el silbido de un motor a reacción nos paralizó.

—¡Avión! —gritó uno de los guías. Y salieron corriendo a buscar refugio en donde no lo había, sobre esa meseta de arcilla pelada. Yo hice lo mismo y encontré un tronco caído. Me acurruqué como pude, cuando sonó la primera ráfaga. Me pareció una bomba que se desgranaba sobre mi cabeza. Pero era el sonido de las ocho ametralladoras 50 que disparaban a la vez, tronando en ecos entre las montañas. El aparato, que parecía un mosquito plateado recorriendo veloz una estera celeste, hizo un hermoso giro y volvió. Otra vez la ráfaga prolongada y ronca. El avión se alejó y rehicimos la corta caravana, mirando hacia arriba cada dos pasos. A unos cien metros, encontramos las huellas de la metralla.

—Menos mal que no nos vio —dijo Chino.

—¿Y si no nos vio, por qué tiró?

—Porque saben, aunque no nos vean, que los rebeldes siempre estamos. Si nos llegan a ver, no nos dejan seguir en todo el día. Y es probable que tiren bombas incendiarias.

Aunque marchamos muchas más horas que el día anterior, pasé mejor la jornada. No obstante, mis tobillos se habían llagado y las medias de lana se pegaban y despegaban de la carne a cada paso. Tampoco probé bocado. Ellos, en cambio, le agregaron agua a la leche condensada y tomaron como dos litros. Por la ruta que seguíamos no había bohío.

Además, los guías, que querían retornar lo antes posible a su tropa, permanecían permanentemente en pleno monte, tomando atajos, con el fin de llegar en menos horas. Calculaban estar en las Minas de San Miguel cerca de la noche, pero a las 4 de la tarde ya nos encontrábamos a pocos kilómetros. Eso nos animó a quedarnos un tiempo en un bohío, donde nos convidaron con café y aromáticos guineos, que yo me empeñaba en llamar bananitas, porque no recordaba nunca el nombre.

Los campesinos se mostraban bastante contentos. Hacía ya más de un mes que no se había vuelto a escuchar hablar de la presencia de guardias en la zona. En cambio, sí estaban informados de sucesos que habían ocurrido dos días antes a ocho jornadas de camino. Ese es uno de los tantos misterios de la sierra que nunca llegué a desentrañar. Cuando preguntaba cómo lo sabían, sonreían y confesaban:

—Nos enteramos por *Radio Bemba*.

Lo que equivale a decir, por «radio labio».

En San Miguel tuve una gran alegría. Existía un viejo camino ya abandonado, por el que se podía transitar en mulo. Y además, existía un mulo disponible. Dejé en el suelo mi mochila con el propósito de no volver a caminar con ella un metro más.

La cena fue magnífica, aunque yo aún no sentía deseos de comer mucho. En mi homenaje, los campesinos mataron a un guanajo, pese a que yo me opuse al sacrificio del animal, y lo prepararon exquisitamente. Hacía mucho tiempo que no entraba a la sierra ninguna clase de provisiones y había que conservar a los animales de corral, como reserva. Pero no hubo caso. El guanajo perdió la cabeza y las plumas, y apareció muy pronto en una fuente. Por supuesto, no había pan ni galleta, pero solo el sentarse a una mesa después de dos días de tener que descansar sentado en el suelo, era un acontecimiento feliz. Mientras cenamos, proyectamos el viaje del día siguiente, preocupándome yo, a cada párrafo, de recordar al prometido mulo.

—De aquí en adelante, van a encontrar mulos en donde quieran —aclaró el campesino—. Todo lo que tiene el campesino está al servicio de los rebeldes.

—Pero es que no se trata —dije— de los rebeldes, sino de un asunto mío. Así que permítame que le alquile la bestia.

—Nadie le va a aceptar un solo peso en toda la Sierra Maestra. Los rebeldes pagan todo lo que compran en los pueblos, pero ningún campesino va a recibir su dinero. Si todo lo que tienen lo han podido conservar gracias a ellos. Además, no hay familia campesina que no tenga un pariente, o dos, o diez, enrolados con Fidel. Yo, por ejemplo, tengo a mi hermano. Y si no he ido a pelear yo mismo, es porque sé que no hay armas, y en cambio puedo servir más al movimiento desde aquí, atendiendo a su gente y trabajando para que no les falten víveres.

Esa noche dormí en una hamaca y soñé con el burro. Los guías se habían apartado de la ruta indicada y avanzamos mucho más pronto de lo previsto. Pero ese día debíamos marchar con extremas precauciones. Íbamos a pasar muy cerca del cuartel de Pino de Agua y por estribos de montañas desmontadas, lo que nos hacía fácil blanco desde cualquier lugar.

La proximidad del cuartel fue muy fácil de identificar. Sobre la tierra colorada había grandes extensiones con manchas negras. En esos lugares se habían levantado pueblos, hasta que las incursiones de los guardias los fueron terminando, casa por casa. Aún quedaban escondidos en el monte los aterrorizados vecinos, que aguardaban el paso de los soldados rebeldes para pedirles un tabaco o una lata de algo.

En todas las ocasiones era igual. Sin mayores lamentos, los viejos campesinos, que eran los únicos que no habían podido huir en busca de la gente de Castro, narraban el saqueo, el incendio, el asesinato de sus hijos o la vejación de sus propias mujeres al no encontrar los guardias a ningún hombre en la casa. Un fósforo bastaba para que las secas construcciones de guano y yaguas terminasen en un segundo con lo poco que había escapado a la codicia de los hombres de Batista.

Pero nadie se lamentaba en exceso. Narraban simplemente. Hasta parecían indiferentes. Es que ya hacía casi dos años que el terror asesino de los guardias del ejército cubano veía en cada campesino a un rebelde. Y se ensañaban con cada uno de ellos, como lo hubiesen hecho con un soldado desarmado de Movimiento 26 de Julio. Aprovechaban cualquier desplazamiento de las tropas rebeldes para salir de sus cuarteles y robar y

asesinar. Esa era su única venganza por los combates que ya no se animaban a dar y por su encierro obligado en sus propios cuarteles.

Cerca del mediodía, uno de los guías advirtió las huellas de una tropa de mulas cargadas. No se sabía si eran de los guardias, o un arria de bestias que los rebeldes trataban de hacer pasar para La Mesa.

Estábamos muy cerca de Pino de Agua y existían muchas probabilidades de que fuesen efectivos de Batista. El estribo por el que transitábamos formaba una ele perfecta, y se levantaban ahí las construcciones abandonadas de un destacamento de guardias destrozado por los rebeldes.

Los dos guías me consultaron. Y decidimos seguir adelante. Casi toda la tarde continuamos la marcha, salvo más de media hora que debimos permanecer tirados en la manigua, aguardando que cesara la metralla de cuatro aviones a retropropulsión que barrían el lugar. Mi mulo había quedado oculto debajo de un techo de piedra. Cuando reanudamos la marcha, descubrimos, andando por un estribo de unos cincuenta centímetros, cien metros debajo nuestro, a las mulas que nos precedieron durante todo el día. Permanecimos escondidos hasta que la caravana comenzó a andar y se dejaron ver los arrieros. Todos llevaban el brazalete del 26 de Julio. Solo el que marchaba adelante llevaba el uniforme fidelista.

—Ese es el hijo de Pancho Tamayo, la finca donde usted va a pasar la noche. Nosotros nos volvemos hoy mismo, ya que tuvimos tanta suerte, a ver si logramos llegar a tiempo para incorporarnos a la tropa de Rubén Milán.

Empleamos cerca de una hora en dar alcance a la caravana. Los arrieros habían detenido a las bestias en pleno monte, aguardando que la tropa de Pancho Tamayo, que ya había sido avisada, construyese a machete un camino para las mulas.

El hijo de Pancho me dio la mano muy alegre.

—¿Periodista argentino? ¡Qué contento se va a poner el Che de hablar con un compatriota! Yo ya había escuchado algo de que venías…

—¿*Radio Bemba*? —le pregunté. Echó una carcajada.

—Tú no sabes cómo son de chusmas estos guajiros. Son capaces de correr por el monte día y noche, con tal de llevar un chisme nuevo.

Como el camino no iba a estar listo quizá hasta la madrugada siguiente, me dio un guía para que fuese adelantando camino. Lógicamente, debí dejar el mulo. Las nubes venían otra vez a pasar la noche en el monte y transitaban heladas entre nosotros. A medida que iba escalando o descendiendo, llenándome de espinas toda vez que por no caerme me agarraba de un árbol, me iba invadiendo una sensación de irrealidad que culminó cuando llegamos

a la cima de un monte. Salimos de entre la manigua y nos encontramos con una cúspide de arcilla pelada, roja como una calva herida. Árboles altísimos y secos dominaban indiferentes el centro de la cúpula desdibujándose entre el vaho espeso. El guía marchaba delante de mí, pero lo perdía a veces entre la niebla. Después de algunas horas, llegamos hasta la finca de Pancho Tamayo.

La vivienda era un bohío muy amplio, al lado del cual se levantaban los cuatro palos que sostenían el techo de la cocina sin paredes. El patio de tierra terminaba al borde de un arroyo en donde varios chicos buscaban camarones debajo de las rocas. Desde lo alto de la loma divisé, sentado en medio del patio, a un rebelde barbudo, comiendo con el plato sobre las rodillas.

Cuando llegamos, los cerdos salieron a recibirnos husmeando el suelo y precediendo a unas seis mujeres mulatas y negras. Hubo saludos, risas y la infaltable alusión al Che. El uniformado, sin levantarse de su silla, me extendió la mano.

—Mucho gusto, che. Yo soy Celso García.

Lo había escuchado nombrar varias veces durante el camino. Sabía que era el encargado del aprovisionamiento de las tropas rebeldes. El hombre que metía sus arrias de mulas por cualquier lado y que llegaba siempre cargado de mercancías. Era robusto y pesado. Lento en sus movimientos y en su manera de hablar. La barba negra le cubría casi toda la cara, dejando ver únicamente la punta de su nariz y dos inquisidores ojos negros, muy pequeños. En lugar de gorra, usaba un sombrerito de fieltro, con el ala doblada a lo Robin Hood y de la cintura colgaba un enorme revólver 45, del ejército batistiano. Yo me senté frente a él, mientras las seis mujeres volvían a la cocina a moler café y servirme un plato de plátanos hervidos.

—¿Vio, che, el arria que está del otro lado del monte?

—Sí.

—Cincuenta y tres mulas bien cargadas —dijo hablando para sí—. El Che se va a poner contento. Quizá dentro de una semana ya lleguen a La Otilia.

—¿La Otilia?

—Sí, es la finca donde ahora está el comandante frente al cuartel de Las Minas. Se instaló justito ante Sánchez Mosquera con muy pocos hombres, a ver si se le anima.

Sabía quién era Sánchez Mosquera. Según los campesinos, el hombre más cruel de la Maestra. Asesinaba sin piedad a los que encontrase en sus salidas del cuartel de las Minas y en una ocasión llegó a fusilar a veintitrés campesinos que viajaban en un camión, por El Corojo, simplemente para

enseñar a los guajiros que esa misma suerte iban a correr si prestaban alguna ayuda a los rebeldes.

Celso García, moviendo apenas los labios, comenzó a decirme todo lo que sabía de la Argentina. Inclusive, cómo se preparaba un asado a la criolla.

—¿Quién le enseñó todo eso?

—El comandante Che. A veces se pone a hablar horas y a contar cómo es su patria.

Hacía rato que había terminado de comer los plátanos hervidos y solo me quedaba en el vaso un poco de café. Tiré los restos y un cerdito fue veloz a averiguar de qué se trataba.

La noche era muy fría y como yo tenía por todo abrigo mi camisa sudada, me acerqué al fogón. Como los de todos los bohíos, era un cajón lleno de tierra, con una cavidad en el medio en donde ardían trozos de pino cortados en tiras delgadas.

Una de las mujeres, la de Pancho Tamayo, estaba dirigiendo a las demás, que colocaban en latas, malangas y plátanos hervidos, para enviarlos a los que seguirían trabajando toda la noche en el trillo para las mulas. El famosos Pancho no llegó esa noche. Celso colgó su hamaca junto a un camastro del bohío que me estaba destinado. Un tabique de yaguas trataba de separar la vivienda en dos, ubicándose las mujeres del otro lado que nosotros.

Me tiré vestido y con las botas embarradas sobre el camastro y traté de cubrirme la espalda con un género grueso que bien podría haber sido dejado en el lugar para ese fin.

Las piernas de Celso colgaban a cada lado de la hamaca y una de las botas apuntaba a mi cabeza. Todos los cerdos —los machos, como les llaman los campesinos orientales— también vinieron a pasar la noche con nosotros. Durante horas, el parloteo de las mujeres y el susurro insistente del arroyo se mezclaron con el rezongo permanente de los cerdos. De vez en cuando llegaban las voces de hombres que se habían adelantado a los que abrían el camino a machete, para preparar otro tramo cercano al bohío y que necesitaba algunos retoques.

Las cuatro llegó enseguida y me levanté. Celso lo notó, e hizo lo mismo. El fogón seguía encendido y la más vieja de las mujeres colaba café. Detrás de la casa una mula y un mulo estaban ensillados con las pesadas monturas tejanas. Como habíamos convenido la noche anterior, Celso me acompañaría hasta La Mesa, comandancia de Guevara, y si hacíamos tiempo, ese mismo día llegaríamos hasta la estación de Radio Rebelde. Tomamos café y unos tostones, y nos fuimos loma arriba, mientras las mujeres, los chicos y muchos

de los arrieros que yo había visto la tarde anterior me despedían con generoso cariño campesino.

La ruta que seguimos con Celso era muy mala para las bestias, que a las pocas horas ya no querían andar, pese a que les clavábamos las espuelas con toda la fuerza que podíamos. En la ascensión al Alto del Hombrito debimos desmontar y llevar a los animales de la brida. A cada paso resbalaban o se dejaban caer por los toboganes de arcilla húmeda y debíamos saltar al lado del hundido sendero para evitar que nos aplastasen. Habíamos quitado las mochilas de las alforjas y su peso no nos dejaba mantener el equilibrio. Cargados y tironeando de las bestias, llegamos a La Mesa prácticamente aniquilados.

En medio del valle, como en una rara meseta que hubiese sido construida de ex profeso para que los caminantes hagan un alto reparador, estaba el bohío en que vivían Tranquilino y su cerdo Pancho. Celso me había hablado por el camino de ese extraordinario individuo, mezcla de aventurero y novelero. Tranquilino era de todo: médico, abogado, aviador, periodista, ama de leche y guerrero. Pero por sobre todas las cosas, un excelente cocinero. Por primera vez, desde que había partido de Buenos Aires, comí en Cuba con tanta satisfacción, como cuando Tranquilino nos sirvió guanajo frito, con una salsa de su exclusiva y misteriosa fórmula.

Estábamos en La Mesa, comandancia del Che Guevara, y Tranquilino, con su melena blanca de tenor retirado y su figura extraordinariamente delgada, llenaba el bohío de gestos elegantes y frases construidas para un auditorio selecto, hablando siempre de su comandante, el Che. Cuando le dije que quería ir esa misma noche hasta la planta transmisora, envió enseguida a su ayudante a avisar al comandante Ramiro Valdéz, que estaba a cargo de toda la zona. Llegó antes que terminase de comer y se invitó al festín.

Yo miraba de reojo su rubia perita a lo Richelieu manchada con la salsa de Tranquilino y trataba de clasificarlo. Era un muchacho menudo, con cara de vieja, que se tornaba simpático al sonreír. No quedaba lugar en su uniforme que no estuviese cubierto por una capa de grasa y el pañuelo rojo que llevaba al cuello ya se había convertido en la bandera del 26 de Julio por la franja negra que dejaba ver. De una canana de cuero colgaba una pistola 45 y en los bolsillos bajos de sus pantalones se notaban dos cargadores.

Se ofreció enseguida a guiarnos a Celso y a mí hasta el bohío del jefe de la emisora, el capitán Luis Orlando Rodríguez, y lamentó no podernos dar mulos de refresco, por lo que decidimos emprender la ascensión hasta la

emisora, con las mismas bestias cansadas. Como ya comenzaba a anochecer y yo tiritaba, me prestó un saco de cuero.

Me despedí de Tranquilino lamentando sinceramente abandonar su hospitalidad y la del verraco Pancho. Luego me enteré que el cerdo había sido perseguido durante meses por Tranquilino para convertirlo en masita frita, y que un compañero lo había salvado del cuchillo del hábil cocinero. Pero cuando el protector de Pancho murió en un combate, Tranquilino prácticamente adoptó al animal, mimándolo como a un chico. Ramiro Valdéz iba al frente del grupo, montado en un caballo cerrero, fuerte y hermoso, de larga cola gris. Y detrás, clavando las espuelas hasta ensangrentarnos los talones, Celso y yo. Marchábamos hacia arriba, por un estribo de unos cuarenta centímetros de ancho, en plena noche y con un techo cerrado de ramas. Los animales ascendían o resbalaban, sin dejarnos ninguna oportunidad de conducirlos o levantarlos por la brida. A veces, yo cerraba los ojos para tratar de notar más claridad cuando los abriese, pero era lo mismo que si hubiese marchado con los ojos vendados.

Muy de vez en cuando, veía delante y arriba la chispa oscilante del tabaco de Ramiro, pero a Celso, que iba en el medio, no lograba divisarlo. Una patinada de mi mulo me hizo encontrarlo, ya que chocó contra la bestia que él montaba.

—Ya falta poco para que lleguemos a los de Luis Orlando —me dijo.

—¿Y después?

—Después habrá que seguir hasta la emisora, mucho más arriba.

Una chispa, como la luz de una luciérnaga, apareció en el monte. Era el bohío en donde pernoctaba a veces el periodista cubano que dirigía las emisiones de Radio Rebelde. Yo la descubrí con alegría, como si ahí terminase el viaje.

Tardamos más de dos horas en llegar hasta el lugar. Dos horas más durante las que varias veces los mulos se tiraron al suelo negándose a seguir. Luis Orlando Rodríguez nos esperaba en la puerta del bohío. Atamos los animales y entramos. En el medio de la única habitación, el fogón estaba ocupado por un caldero en donde hervían malangas. Una mujer daba de mamar a un muchachito y tres o cuatro campesinos fumaban sus tabacos con calma filosofal.

Ahí quedaba Ramiro. Y ahí debía quedar también el saco de cuero.

Tomé un vaso de café bien fuerte y tiritando le dije a Luis Orlando que estaba listo para seguir viaje. Celso, en un rincón, roncaba con sonoridad de bongó, sentado sobre las patas traseras de una silla.

Presioné levemente la silla hacia abajo y quedó bruscamente parada sobre sus cuatro patas. Celso despertó sin demostrar sorpresa. Simplemente se sonrió y fue a enhorquetarse sobre su mulita blanca. Saludé a los campesinos y a Ramiro, del que me sentía amigo aunque no hubiese cambiado con él más que veinte palabras, y seguí en la noche el grito de: «¡Mulo, muuuuulo!» de Luis Orlando Rodríguez, que había tomado la cabeza del grupo.

Yo me balanceaba sobre la bestia, sin saber qué sucedía, aunque comprendía que estábamos al borde de un precipicio, siempre arriba, siempre subiendo, y montados en mulos cansados y suicidas que cada tres pasos resbalaban cinco. Cuando apareció sobre nuestras cabezas el cielo estrellado, me di cuenta que habíamos llegado a un estribo de la montaña. Y lo ratifiqué cuando Luis Orlando lanzó su sonoro ¡Ea!, ¡mulo!

Varios soldados rebeldes surgieron de improviso de un disimulado bohío y se hicieron cargo de las cabalgaduras y de las mochilas.

—¿Dónde está la planta? —pregunté impaciente.

—A diez minutos de aquí.

Fueron veinte minutos o más de penosa ascensión. Aunque me llevaban la mochila con la grabadora, yo no daba más. Clavaba los dedos en la tierra blanda de la manigua y trepaba arrastrándome, pero creía que nunca iba a llegar. De pronto, las estrellas que aparecieron otra vez entre los árboles, me indicaron que había logrado asomarme a la cumbre. El ruido de un motor a explosión indicó que la planta estaba en funcionamiento. Ninguna luz se divisaba desde afuera, salvo la línea blanca que marcaba en el piso el lugar en donde se encontraba la puerta.

Luis Orlando golpeó y un rectángulo brillante nos cegó a todos por unos instantes. Ya en el interior del improvisado estudio de la emisora rebelde nos presentó a los locutores: Orestes Valera, gran barba y una melena increíblemente larga; Martínez, un muchacho con cara aniñada e imberbe, pese a sus veintitantos años, y Eduardo un técnico de barba rubia y cara eternamente preocupada. De inmediato traté de establecer contacto radial con la Argentina, pero me resultó imposible. Eduardo, en plena noche, subía a los árboles a tender antenas, pero todo resultó inútil.

A las tres de la mañana, solo Eduardo y yo seguíamos despiertos. Luis Orlando había bajado a un refugio antiaéreo. Celso reanudó sentado en un rincón su solo de bongó. Y los locutores se habían tapado hasta la cabeza en sus hamacas y formaban dos bolsas de cansancio. Después de unas pocas tentativas más cortamos el contacto del transmisor.

Eduardo me dio una hamaca que sobraba y yo me procuré un abrigo que formó luego parte de mi equipaje: un ejemplar de la revista Bohemia, que partí por la mitad y que me coloqué entre la carne y la camisa en el pecho y la espalda. A la media hora escuché a Celso que se acomodaba sobre un banco de madera. Todo el pequeño recinto estaba lleno de suspiros y ronquidos leves. Esos muchachos hacía 18 meses que estaban allí. Los locutores tenían renombre y habían vivido excelentemente bien. Eduardo, el técnico, trabajaba en un canal de televisión. Celso García era un obrero que alternaba su condición con la de campesino. Y todos hablaban igual. Y sentían igual. Y estaban unánimemente conformes con esa vida sacrificada, sucia y hambreada del rebelde. Y experimentaban el mismo orgullo que los guajiros convertidos en militares y que las mujeres que veían marchar a sus hombres o a sus hijos con una tropa «alzada». ¿Qué misterio se escondía en esa fuerza unánime y pareja que sostenía espíritus tan dispares?

Capítulo 5

A la mañana siguiente, Luis Orlando ya nos había conseguido mulos de refresco. Yo nunca alcancé a explicarme cómo se prestan y se devuelven con tanta facilidad los mulos en la sierra. Lo cierto es que un mulo tarda a veces meses en regresar a la finca de sus propietarios, pero al fin llega con su montura y sus arreos.

Íbamos a partir, cuando Celso decidió quedarse a esperar noticias sobre el arria que había dejado cerca de la finca de los Tamayo. Luis Orlando entonces me consiguió dos nuevos guías. Un muchacho campesino, del que solo supe que se llamaba Cucho, y otro próximo a recibirse de abogado, Antonio Llibre.

Los dos se aprestaron gustosos para el viaje, ya que iban nada menos que a La Otilia, el lugar en donde se encontraba el hombre más querido del ejército rebelde: el Che Guevara.

El camino hacia la comandancia de Guevara no dejaba de tener sus serios riesgos, ya que había que transitar muy cerca del pueblo de Las Minas, feudo del asesino Sánchez Mosquera. Llibre y Cucho iban informándose, a medida que llegábamos a postas rebeldes o a los bohíos campesinos, que más o menos era lo mismo, de la posición de los guardias.

Circulaba ese día la noticia de que Sánchez Mosquera había salido con sus tropas y ascendía hasta La Otilia. Al llegar al paraje denominado La Estrella, ya nadie dudaba de que Sánchez Mosquera estaba en las inmediaciones. Se produjo la lógica consulta y los guías obtuvieron la lógica respuesta:

—Sigamos.

Yo no me resignaba a perder más horas en esa larga búsqueda del Che Guevara y de Fidel Castro. Además, tenía ya una pequeña experiencia en el sentido de que era muy difícil que las tropas gubernistas anduviesen por las sierras a pleno sol. Siempre se movían al amanecer.

En La Estrella todo el mundo estaba alarmado con las últimas novedades acerca de las hazañas de Sánchez Mosquera. Había incendiado el pueblo de El Cerro y asesinado a varias mujeres por no encontrar a sus maridos en casa y descontando que se habían sumado a los efectivos rebeldes.

Cuando seguimos viaje hacia El Masío, escala obligada en la ruta a La Otilia, nos hicieron mil recomendaciones y formularon sonoras invocaciones a la Virgen de la Caridad para que nos ayudase.

A medida que nos acercábamos, tomamos más precauciones, interrogando a cuanto campesino veíamos. Algunos, asustados por los rumores de la movilización de las tropas de Sánchez Mosquera, escapaban de sus bohíos, llevándose en brazos a chicos y animales.

Sin embargo, cerca de las cuatro de la tarde, estábamos frente a Panchito Suárez Lora, teniente del 26 de Julio y jefe del pequeño destacamento de El Masío.

Nos ofreció enseguida sillas, que yo ya sabía apoyar en dos patas, a la manera de los guajiros, y mientras ordenaba que colasen café nos obsequió con papaya.

—Los habaneros le dicen fruta bomba —me aclaró sonriendo pícaro—, porque le llaman papaya a otra cosa…

El jugo de la fruta le corría por la perita renegrida. Era un hombre de unos cincuenta años, elegantísimo en su uniforme sencillo del Movimiento. Tenía dos hijos, uno de diecisiete y otro de diecinueve años, enrolados los dos en el 26, y su mujer y su hija también vestían el uniforme fidelista. Su finca se había convertido en un cuartel de entrenamiento.

Mientras esperábamos animales de refresco para continuar viaje a La Otilia, me contó algo de su vida. Entre sus antepasados, como entre los antepasados de casi todos los orientales, había varios próceres de la independencia. Hacía varios años que trabajaba su finca sin ayuda de nadie que no fueran sus hijos o su mujer. Me habló de Cuba como de una novia y de Batista como de quien la hubiese ultrajado. Mientras charlábamos, muchos de los reclutas que estaban preparando para enviarlos a las tropas del Che o de Fidel, lo escuchaban embobados. Eran todos muchachos campesinos o estudiantes, o empleados, que habían llegado hasta El Masío luego de caminar a veces sin guías, muchos más días de los que yo había empleado. Algunos tenían prendidas de sus camisas la imagen de la Virgen de la Caridad. Otros, la imagen de cristo mostrando su corazón atravesado de espinas, cosida a la gorra como un amuleto.

Los guajiros jamás habían concurrido a una iglesia. No la había en las montañas. Ni habían comido pan. Ni carne vacuna. Creían en Dios, porque lo intuían, pero ningún cura les había hablado de él. Eran analfabetos, pero de una inteligencia notable. Recién las primeras escuelas se instalaron en la sierra, con el arribo del ejército rebelde. Comían de vez en cuando galleta;

pero ni sospechaban lo que era el pan hasta que las tropas de Guevara instalaron las primeras panaderías campesinas.

Veían a las reses y sabían que su carne era deliciosa, pero recién cuando los efectivos del Movimiento comenzaron la distribución del ganado y la matanza orgánica de las reses, probaron un bistec. Y ellos, el noventa por ciento de ellos, habían nacido y crecido en la zona más rica de la riquísima Cuba. El ejército rebelde les había permitido conocer una vida civilizada, había rodeado la existencia del campesino de una serie de otrora utopías que se llamaban hospitales, escuelas, administración de justicia y reparto de ganado y tierras. Y todo eso con la mochila al hombro y concretando las soluciones sobre el problema que surgía al paso.

Poco a poco fui descubriendo que la adhesión del campesino a Fidel Castro no fue promovida únicamente por la política criminalmente absurda de los guardias de Batista, sino en gran medida por la concreción de los ideales revolucionarios, con la marcha de la revolución y sin esperar a su conclusión.

Que el campesino que se enrola en el ejército de Castro no lo hace simplemente como autodefensa contra los efectivos batistianos, sino como instrumento para la conservación de conquistas que ya le son propias y que jamás nadie podrá quitarle.

La Otilia quedaba relativamente cerca de El Masío e hicimos el viaje en pocas horas. Nos desplazamos por los estribos de las montañas y por dentro de los cafetales con mil precauciones y no llegamos a encontrarnos con ningún guardia batistiano. De vez en cuando y en el momento que menos lo pensábamos, una posta rebelde surgía de improviso de entre la manigua o detrás de alguna mata.

Cuando llegamos, no estaba el comandante Guevara. Había salido con varios hombres a tratar de tender una emboscada a las fuerzas de Mosquera, si es que se decidían a subir hasta el campamento rebelde. En su lugar había quedado a cargo de la tropa un capitán: el doctor Humberto Sorí Marín.

Por fin podía descansar tranquilo, sin pensar en partir en las próximas horas.

La Otilia era una hermosa finca, con una casa de mampostería provista de mil comodidades exóticas en la sierra. Hasta contaba con dos camas y algunos sillones. En uno de ellos estaba hundido Sorí Marín. Me extrañé al verle. No tenía ni barba ni el pelo largo. Y además estaba limpio. Luego me enteré que en la casa también había ducha, pero como hacía frío disimulé mi descubrimiento.

El capitán me recibió cordialmente y saludó con deferencia especial a Llibre, el futuro abogado. Sorí Marín era miembro del Consejo Ejecutivo de la Conferencia Interamericana de Abogados de La Habana. Luego de preguntarme si conocía a Guevara en Buenos Aires y de formularme algunos otros interrogantes acerca de mi país y de la política argentina, se dedicó con apasionamiento a explicarme el régimen jurídico que imperaba en el sector liberado de la República. Era evidente que ese era el tema del que más le agradaba hablar. Y había encontrado en Llibre, futuro colega y en mí, a dos oyentes atentísimos.

En toda la región de las sierras, que cuenta con una población campesina estable de más de 60,000 personas, no se observó jamás un régimen judicial.

Imperaba allí la ley del machete y todos los diferendos entre el campesinado finalizaban con el triunfo del más fuerte. La cantidad de conflictos de tipo corriente y hasta doméstico que tuvo que enfrentar el Movimiento 26 de Julio, sumada a la necesidad de combatir al bandolerismo, motivó la concreción de un régimen penal en lo civil y un reglamento de justicia militar. Los dos se basan en los códigos vigentes en la justicia cubana y especialmente el militar, en el código aplicado en la misma zona, durante la guerra de la independencia.

A medida que Sorí Marín hablaba casi en forma didáctica y más para Llibre, que ya conocía el tema, que para mí, que era el que debía ser informado, me distraje unos segundos en observarle.

Me parecía fantástico que un hombre que ya había pasado los cuarenta años, que no pesaría más de 55 kilos y que evidentemente en su vida no había realizado ningún trabajo físico, estuviese allí en donde yo, menor por lo menos diez años y de un estado atlético superior, había llegado con grandes sacrificios.

El relato sinóptico de las previsiones judiciales del Movimiento 26 de Julio para la zona liberada siguió durante más de tres horas. Poco a poco nos fuimos quedando a oscuras. Cuando se cerraron las ventanas y se encendió un candil, ya estaban a nuestro lado, tirados en los sillones, un gigante con la barba hasta la cintura, y un sonriente muchacho bien afeitado y con una extraña gorra de piel. Se presentaron como Haroldo Cantellops y Fernando Virreyes.

Cantellops había conjugado en su uniforme al militar y al campesino: pantalones y camisa verde oliva y sombrero de yarey. Su mujer y sus hijos residían en Nueva Cork, en donde él se desempeñaba como mecánico. Un día se le ocurrió venir a La Habana, a visitar a su padre. Y cayó preso. Buscaban

a su hermano y lo apresaron a él. Y recibió los palos y las patadas y las trompadas. Y diez veces cayó en la trampa del guardia que pretende hacerse el amigo y ofrecer un cigarrillo, para convertirlo en torturas en medio de las carcajadas de todos los que escuchan. Cuando por medio de esos contactos secretos que mantienen los rebeldes llegó a un juez amigo de su padre la noticia de que estaba preso sin que se le formulase cargo alguno, fue liberado. Y entonces el mecánico de Nueva Cork, feliz con su heladera y su televisor, se plantó gigante en rebelde.

Virreyes, el sonriente y sonrosado Virreyes de la extraña gorra, contó a pedazos otra historia. Había sido sargento de paracaidistas del ejército yanqui durante la guerra de Corea. Al terminar el conflicto pidió la baja, sabiendo lo que era la guerra y sabiendo lo que eran los yanquis. Pero surgió de pronto la oportunidad de pelear de verdad, por una causa de verdad y por un ideal de verdad. Y se confabuló con los muchachos que en el yate Corynthia llegaron a Cuba para abrir un nuevo frente y en cambio pisaron la isla para morir o ser prisioneros. De la trágica expedición traicionada por dos elementos batistianos que se fingieron revolucionarios, solo un hombre llegó con su arma a las filas rebeldes: Fernando Virreyes. Caminó días enteros sin saber dónde iba. Y durante 40 días enteros y noches enteras vivió la zozobra de la delación, hasta que llegó a tomar contacto con las fuerzas rebeldes.

Yo lo escuchaba, contando naturalmente y en medio de decenas de pausas chistosas, esa odisea que me parecía imposible. Y él continuaba con su historias hasta que hizo un ademán reclamando silencio:

—Oí, che —dijo, imitando el acento argentino.

La radio portátil empezó a transmitir una audición de la *CNKC* en que Carlos Gardel cantaba «Mi Buenos Aires querido…». Y un locutor cubanísimo agregó: «Así cantó Gardel, el zorzal de las Pampas».

Mientras Sorí Marín estaba relatándome sus impresiones sobre Buenos Aires y sus experiencias de bailarín de tangos cuando visitara Argentina en el año 1951 en ocasión de un congreso de abogados, uno de los centinelas llegó corriendo a avisar que las postas indicaban por microonda que Sánchez Mosquera iba a atacar.

Sorí Marín impartió algunas órdenes y revisó su pistola. Cantellops se fue llevándose su rifle y Virreyes siguió cantando para Llibre y para mí la canción que Gardel cantaba para toda Cuba. Me sentí contento de saber que por primera vez en mi vida iba a asistir a un combate.

Capítulo 6

Cuando desperté estaba decepcionado. Había dormido plácidamente hasta las cinco y en ningún momento escuché metralla. Los guardias habían hecho una corta incursión, pero regresaron de inmediato a su cuartel al enterarse de que el Che no se encontraba en La Otilia y que estaría tendiéndoles alguna emboscada.

Había esperado anhelante el momento en que escuchase la voz de fuego, tendido en la semipenumbra de la sala, mientras Virreyes, con la ametralladora sin seguro, se prometía asimismo un viaje a Buenos Aires, exclusivamente para escuchar tangos. Cerca de las dos, Sorí Marín y yo nos tendimos en los dos únicos colchones que había, y que juntos podían dar cabida a tres personas, pero no a las cinco que me encontré al despertar. Virelles se había ido a ocupar su posta y Cantellops roncaba sobre su sillón. Llibre apareció rascándose, a los pies de la cama, y me contó dolorido que había estado tratando de disolver toda la noche una reunión de granitos que le habían surgido imprevistamente en el estómago.

En pocos minutos lo que parecía un dormitorio se convirtió en comedor, oficina y enfermería. Todo el mundo estaba en pie y lo único que preguntaba, estuviese haciendo cualquier cosa, era si había llegado el comandante.

Guevara llegó a las seis. Mientras yo observaba admirado a un grupo de muchachos que se preocupaba insólitamente en hacer algo que yo hacía mucho tiempo había dejado de practicar, lavarse la cara, comenzaron a llegar desde distintos lados, grupos de rebeldes sudados, cargados con su mochila ligera y su pesado armamento. Los bolsillos estaban hinchados de balas y las cananas se cruzaban sobre el pecho dejado sin protección por una camisa sin botones. Era la gente que había tendido la noche anterior una emboscada a la tropa de Sánchez Mosquera y volvía cansada, con sueño y con las ganas contenidas de trenzarse con los guardias del odiado coronel. A poco llegó Ernesto Guevara.

Venía montado en un mulo, con las piernas colgando y la espalda encorvada prolongada en los caños de una Veretta y de un fusil con mira 42

telescópica, como dos palos que sostuviesen al armazón de su cuerpo aparentemente grande.

Cuando el mulo se fue acercando pude ver que le colgaba de la cintura una canana de cuero colmada de cargadores y una pistola. De los bolsillos de la camisa asomaban dos magazines, del cuello colgaba una cámara de fotos y del mentón anguloso algunos pelos que querían ser barba.

Bajó del mulo con toda calma, asentándose en la tierra con unas botas enormes y embarradas, y mientras se acercaba a mí calculé que mediría un metro setenta y ocho y que el asma que padecía no debía crearle ninguna inhibición.

Sorí Marín hizo las presentaciones ante los ojos de veinte soldados que nunca habían visto a dos argentinos juntos, y que quedaron un poco decepcionados al ver que nos saludábamos con bastante indiferencia.

El famoso Che Guevara me parecía un muchacho argentino típico de clase media. Y también me parecía una caricatura rejuvenecida de Cantinflas.

Me invitó a desayunar con él y comenzamos a comer casi sin hablar.

Las primeras preguntas fueron, lógicamente, de él. Y, lógicamente también, se refirieron a la política argentina. Mis respuestas parecieron satisfacerle y a poco de hablar nos dimos cuenta que coincidíamos en muchas cosas y que no éramos sujetos peligrosos. Pronto hablamos sin muchas reservas —algunas manteníamos, como buenos argentinos de la misma generación— y comenzamos a tutearnos.

Un soldado guajiro que trataba de escucharnos hizo soltar a Guevara un comentario humorístico sobre la gracia que les causaba a los cubanos nuestra manera de hablar y la risa mutua nos unió casi de inmediato en un diálogo menos reticente.

Entonces le manifesté los motivos de mi viaje a Sierra Maestra. El deseo de esclarecer, primero que nada ante mí mismo, qué clase de revolución era la que se libraba en Cuba desde hacía diecisiete meses, a quién respondía, cómo era posible que se mantuviese durante tanto tiempo sin el apoyo de alguna nación extranjera, por qué el pueblo de Cuba no terminaba de derribar a Batista, si realmente estaba con los revolucionarios y decenas de preguntas más, muchas de las cuales ya tenían respuesta en mi convicción, luego del viaje hasta La Otilia. Luego de sentir de cerca el terror de las ciudades y la metralla de los montes; luego de ver a los guerrilleros desarmados participar de emboscadas suicidas para hacerse de un arma con la que pelear realmente; luego de escuchar explicar a los campesinos analfabetos, cada uno a su manera, pero claramente, por qué luchaban; luego de darme cuenta de que no

estaba entre un ejército fanatizado capaz de tolerar cualquier actitud de sus jefes, sino entre un grupo de hombres conscientes de que cualquier desvío de la línea honesta que tanto los enorgullece significaría el fin de todo y la nueva rebelión.

Pero yo, pese a todo eso, desconfiaba. Me negaba a dejarme arrastrar por entero por mi simpatía hacia los campesinos combatientes, mientras no escrutase con la mayor severidad las ideas de quienes los conducían. Me negaba a admitir definitivamente que algún consorcio yanqui no estuviese empeñado en apoyar a Fidel Castro, pese a que los aviones a reacción que la misión aeronáutica norteamericana había entregado a Batista, habían ametrallado varias veces el lugar en donde me encontraba.

Mi primera pregunta concreta a Guevara, el joven médico argentino metido a comandante héroe y a hacedor de una revolución que no tenía nada que ver con su patria fue:

—¿Por qué estás aquí?

Él había encendido su pipa y yo mi tabaco y nos acomodamos para una conversación que sabíamos larga. Me contestó con su tono tranquilo, que los cubanos creían argentino y que yo calificaba como una mezcla de cubano y mexicano:

—Estoy aquí, sencillamente, porque considero que la única forma de liberar a América de dictadores es derribándolos. Ayudando a su caída de cualquier forma. Y cuanto más directa mejor.

—¿Y no temés que se pueda calificar tu intervención en los asuntos internos de una patria que no es la tuya, como una intromisión?

—En primer lugar, yo considero mi patria no solamente a la Argentina, sino a toda América. Tengo antecedentes tan gloriosos como el de Martí y es precisamente en su tierra en donde yo me atengo a su doctrina. Además, no puedo concebir que se llame intromisión al darme personalmente, al darme entero, al ofrecer mi sangre por una causa que considero justa y popular, al ayudar a un pueblo a liberarse de una tiranía, que sí admite la intromisión de una potencia extranjera que le ayuda con armas, con aviones, con dinero y con oficiales instructores. Ningún país hasta ahora ha denunciado la intromisión norteamericana en los asuntos cubanos ni ningún diario acusa a los yanquis de ayudar a Batista a masacrar a su pueblo. Pero muchos se ocupan de mí. Yo soy el extranjero entremetido que ayuda a los rebeldes con su carne y su sangre. Los que proporcionan las armas para una guerra interna no son entremetidos. Yo sí.

Guevara aprovechó la pausa para encender su pipa apagada. Todo lo que había dicho había salido de unos labios que parecían sonreír constantemente y sin ningún énfasis, de manera totalmente impersonal. En cambio, yo estaba absolutamente serio. Sabía que tenía que hacer aún muchas preguntas que ya juzgaba absurdas.

—¿Y qué hay del comunismo de Fidel Castro?

Ahora la sonrisa se dibujó netamente. Dio una larga chupada a la pipa chorreante de saliva y me contestó con el mismo tono despreocupado de antes:

—Fidel no es comunista. Si lo fuese, tendría al menos un poco más de armas. Pero esta revolución es exclusivamente cubana. O mejor dicho, latinoamericana. Políticamente podría calificárselo a Fidel y a su movimiento, como «nacionalista revolucionario». Por supuesto que es antiyanqui, en la medida que los yanquis sean antirrevolucionarios. Pero en realidad no esgrimimos un antiyanquismo proselitista. Estamos contra Norteamérica —recalcó para aclarar perfectamente el concepto— porque Norteamérica está contra nuestros pueblos.

Me quedé callado para que siguiese hablando. Hacía un calor espantoso y el humo caliente del tabaco fresco era tan tonificante como el café que tomábamos en grandes vasos. La pipa en forma de s de Guevara colgaba humeante y se movía cadenciosamente a medida que seguía la charla con melodía cubana-mexicana.

—Al que más atacan con el asunto comunista es a mí. No hubo periodista yanqui que llegase a la Sierra, que no comenzase preguntándome cuál fue mi actuación en el Partido Comunista de Guatemala —dando ya por sentado que actué en el partido comunista de ese país—, solo porque fui y soy un decidido admirador del coronel Jacobo Arbenz.

—¿Ocupaste algún cargo en el gobierno?

—No, nunca —seguía hablando plácidamente, sin sacarse la pipa de los labios—. Pero cuando se produjo la invasión norteamericana traté de formar un grupo de hombres jóvenes como yo, para hacer frente a los aventureros fruteros. En Guatemala era necesario pelear y casi nadie peleó. Era necesario resistir y casi nadie quiso hacerlo.

Yo seguí escuchando su relato sin hacer preguntas. No había necesidad.

—De ahí escapé a México, cuando ya los agentes del FBI estaban deteniendo y haciendo matar directamente a todos los que iban a significar un peligro para el gobierno de la United Fruit. En tierra azteca me volví a encontrar con algunos elementos del 26 de Julio que yo había conocido en

Guatemala y trabé amistad con Raúl Castro, el hermano menor de Fidel. Él me presentó al jefe del Movimiento, cuando ya estaban planeando la invasión a Cuba.

Como la pipa se le había apagado, hizo una pausa para encender un tabaco y me convidó a mí con otro. Para señalar que existía aún detrás de la espesa cortina de humo le pregunté cómo se había incorporado a los revolucionarios cubanos.

—Charlé con Fidel toda una noche. Y al amanecer, ya era el médico de una futura expedición. En realidad, después de la experiencia vivida a través de mis caminatas por toda Latinoamérica y del remate de Guatemala, no hacía falta mucho para incitarme a entrar en cualquier revolución contra un tirano, pero Fidel me impresionó como un hombre extraordinario. Las cosas más imposibles eran las que encaraba y resolvía. Tenía una fe excepcional en que una vez que saliese hacia Cuba, iba a llegar. Que una vez llegado iba a pelear. Y que peleando, iba a ganar. Compartí su optimismo. Había que hacer, que luchar, que concretar. Que dejar de llorar y pelear. Y para demostrarle al pueblo de su patria que podía tener fe en él, porque lo que decía lo hacía, lanzó su famosos: «En el 56 o seremos libres o seremos mártires» y anunció que antes de terminar ese año iba a desembarcar en un lugar de Cuba al frente de su ejército expedicionario.

—¿Y qué ocurrió al desembarcar?

Ya la conversación constituía tema para más de treinta auditores. Sentados en el suelo, con el arma entre las rodillas y las gorras protegiendo a los ojos de la reflexión solar «los hombres del Che» fumaban y escuchaban atentamente sin proferir una palabra. Un joven médico, barbudo, componía un dedo vendándolo perfectamente, sin prestar atención más que a lo que oía. Libre, apasionado admirador de los jefes de la revolución pero vigilante doctrinario, analizaba cada una de las palabras de Guevara, rascándose los granos del estómago con las uñas marrones de tierra arcillosa. Virelles escuchaba durmiendo. Guillermito, un muchacho imberbe de melena larguísima, limpiaba un fusil con la misma atención que el médico componía el dedo. Desde algún lugar, llegaba a incorporarse al olor del tabaco, el de un chancho que estaban friendo en una marmita, al aire libre. Guevara siguió relatando con el tabaco en la boca y las piernas cómodamente estiradas:

—Cuando llegamos nos deshicieron. Tuvimos un viaje atroz en el yate Granma, que ocupábamos ochenta y dos expedicionarios, aparte de la tripulación. Una tormenta nos hizo desviar el rumbo y la mayoría de nosotros estábamos descompuestos. El agua y los alimentos se habían terminado y para

colmo de males, cuando llegamos a la isla, el yate varó en el barro. Desde el aire y de la costa nos tiraban sin parar y a poco, ya estábamos menos de la mitad con vida —o con media vida si se tiene en cuenta nuestro estado—. En total, de los ochenta y dos, solo quedábamos con Fidel doce. Y en el primer instante, nuestro grupo se reducía a siete, puesto que los otros cinco se habían desperdigado. Eso era lo que quedaba del ambicioso ejército invasor del Movimiento 26 de Julio. Tendidos en la tierra, sin poder hacer fuego para no delatarnos, aguardábamos la decisión final de Fidel, mientras a lo lejos sonaban las baterías navales y las ráfagas de las ametralladoras de la aviación.

Guevara lanzó una corta carcajada al recordar.

—Qué tipo, este Fidel. Vos sabés que aprovechó el ruido de la metralla para ponerse de pie y decirnos: «Oigan cómo nos tiran. Están aterrorizados. Nos temen porque saben que vamos a acabar con ellos». Y sin decir una palabra más, cargó con su fusil y su mochila y encabezó nuestra corta caravana. Íbamos en busca del Turquino, el monte más alto y el más accesible de la Sierra, en el cual fijamos nuestro primer campamento. Los campesinos nos miraban pasar sin ninguna cordialidad. Pero Fidel no se alteraba. Los saludaba sonriendo y lograba a los pocos minutos entablar una conversación más o menos amistosa. Cuando nos negaban comida, seguíamos nuestra marcha sin protestar. Pero a poco el campesinado fue advirtiendo que los barbudos que andábamos «alzados», constituíamos precisamente todo lo contrario de los guardias que nos buscaban. Mientras el ejército de Batista se apropiaba de todo cuanto le conviniese de los bohíos —hasta las mujeres, por supuesto— la gente de Fidel Castro respetaba las propiedades de los guajiros y pagaba generosamente todo cuanto consumía. Nosotros notábamos no sin asombro, que los campesinos se desconcertaban ante nuestro modo de actuar. Estaban acostumbrados al trato del ejército batistiano. Poco a poco se fueron haciendo verdaderos amigos y a medida que librábamos encuentros con los grupos de guardias que podíamos sorprender en las sierras, muchos manifestaban su deseo de unirse a nosotros. Pero esos primeros combates en busca de armas, esas emboscadas que comenzaron a preocupar a los guardias, fueron también el comienzo de la más feroz ola de terrorismo que pueda imaginarse. En todo campesino se veía a un rebelde en potencia y se le daba muerte. Si se enteraban de que habíamos pasado por una zona determinada, incendiaban los bohíos a los que pudimos legar. Si llegaban a una finca y no encontraban hombres, porque estaban trabajando o en el pueblo, imaginaban o no que se habrían incorporado a nuestras filas, que cada día eran más numerosas, y fusilaban a todos los que quedaban. El terrorismo implantado

por el ejército de Batista, fue indudablemente, nuestro más eficaz aliado en los primeros tiempos. La demostración más brutalmente elocuente para el campesinado de que era necesario terminar con el régimen batistiano.

El ruido del motor de un avión reclamó la atención de todos.

—¡Avión! —gritaron varios y todo el mundo echó a correr hacia el interior de La Otilia. En un segundo desaparecieron del secadero de café los arreos de las bestias y las mochilas y alrededor de la finca no se veía otra cosa que el sol que hacía blancos a los árboles, al secadero de cemento y al rojo camino de arcilla.

Una avioneta gris oscura apareció detrás de una loma e hizo dos amplios giros sobre La Otilia, a bastante altura, pero sin disparar ni una ráfaga. Minutos después desapareció. Salimos todos de la casa, como si hubiésemos estado horas encerrados.

Le recordé a Guevara mi intención de encontrarme lo antes posible con Fidel Castro, para grabar mi reportaje y luego regresar hasta la planta para tratar de transmitirlo directamente a Buenos Aires. En pocos minutos se me encontró un guía que conocía la zona de Jibacoa en donde probablemente estaría operando Fidel y un mulo más o menos fuerte y sin demasiadas mataduras.

—Tenés que salir ahora mismo —me explicó Guevara— para llegar no muy tarde al primer campamento y mañana a la mañana seguís hasta Las Mercedes. Ahí quizá te puedan decir por dónde anda Fidel. Si tenés suerte, en tres días podés ubicarlo.

Monté en el mulo y me despedí de todos, comprometiendo a Guevara para encontrarnos en La Mesa unos días después, cuando yo regresase con el reportaje grabado. Le entregué a Llibre varios rollos de fotos ya usados y dos cintas magnetofónicas, para que las guardase en la planta transmisora.

Era cerca del mediodía y el cerdo comenzaba a freír de nuevo, pasado el susto de la avioneta. El olor a grasa que tanto me descomponía al principio, me pareció delicioso. Mi estómago comenzaba a sentir la ofensiva del aire purísimo de la Sierra Maestra. Sorí Marín me acercó media docena de bananas que esta vez —nunca me pude enterar por qué— se llamaban malteños. Guevara recomendó al guía mucho cuidado al acercarnos a Las Minas.

—Es el primer compatriota que veo en mucho tiempo —gritó riendo— y quiero que dure por lo menos hasta que envíe el reportaje a Buenos Aires.

—Chau —saludé de lejos.

Y como treinta voces contestaron a los gritos y riendo, como si acabase de hacer el saludo más cómico que pueda concebirse.

Salimos del camino que llevaba a La Otilia y nos metimos por un campo de café. Los granos aún estaban verdes y no despedían más aroma que el de las plantas frescas. De vez en cuando las ramas trataban de quitarme la gorra aprovechando que yo iba entretenido en pelar un malteño de cuarenta centímetros. Pero la proximidad de Las Minas, si bien no me quitaba el apetito, mantenía mi atención mucho más allá de la conducción del mulo o el pelar bananas. Mi guía —que tenía un sobrenombre muy apropiado para una señorita francesa que muestre las piernas, pero no para un guajiro barbudo y con pocos dientes, Niní— iba pocos metros adelante, montado en una mulita pasicorta. De improviso desmontó y se deslizó sin hacer ruido, hacia mí, por sobre el colchón de hojas. Antes de que hubiese llegado yo también había desmontado, y nos apartamos en seguida de los animales. El ruido de las ramas golpeando sobre algo que podría ser el casco de acero de algún guardia, se escuchaba ahora nítidamente. Niní corrió el seguro de su pistola.

—¿Qué hay compay? —gritó de pronto.

Un guajiro avanzaba dificultosamente entre los árboles de café, procurando que las ramas se enganchasen lo menos posible en la liviana caja rectangular de madera blanca que llevaba al hombro.

—¿Qué hubo? —respondió jadeante.

Nos acercamos a él, que nos tendió una mano sudada. Paró la caja a su lado y se secó el sudor que caía por debajo del sombrero de yarey.

—¿Y cómo anda eso, hermano? —preguntó sin preguntar nada.

—Ahí vamos… —respondió Niní sin responder nada.

Y tomó la ofensiva en las interrogaciones, esta vez en forma coherente.

—¿Va lejos, compay?

—Hasta Las Rosas. Salí de San Pablo Yao con la caja porque no quise bajar a Las Minas. Allí me mataron al hermano y yo fui a buscar en qué enterrarlo. No sé si Sánchez Mosquera habrá dejado sacar el cuerpo. Pero ya pasó como una semana.

—¿Una semana? —no pude menos que preguntar.

—Si lo subieron a la Sierra, le deben haber envuelto en yaguas verdes. Pero no creo que pueda haber durado tanto.

—Creo que no —le dije convencido.

—¿Y cómo anda la cosa por allá, compay? —dijo Niní volviendo a montar en su mulita.

—Bueno, tengan cuidado. Vieron a mediodía como a treinta gentes de a caballo pero no me supieron decir si eran los guardias. Si eran ellos, seguro que se los van a topar al salir del monte.

Seguimos viaje, después de estrecharnos nuevamente las manos sudadas.

La perspectiva de un encuentro con la gente de Sánchez Mosquera hizo que prestásemos más atención que nunca a los ruidos del bosque, pero descendimos al llano sin novedad. Ya era de noche cuando llegamos al campamento de Miguel Ángel, un campesino que tenía bajo su mando a un grupito de escopeteros aspirantes a soldados rebeldes. Hacía bastante frío y a lo lejos se manchaba el negro intenso de la noche, con los reflejos de varios incendios. Los guajiros discutían si eran desmontes o bohíos, los que estaban bajo la candela. Mientras cenábamos arroz y plátanos hervidos, comenzaron a escucharse las detonaciones de un combate y no podíamos ubicar la zona en donde se estaba produciendo.

—¿Será en La Otilia? —dije preocupado por haber perdido una nueva oportunidad de presenciar la lucha.

—Más bien parece del lado de la carretera —opinó Miguel Ángel.

Después de comer escuchamos durante largo tiempo las ráfagas de las ametralladoras, salpicadas por el estallido de granadas y tiros de fusil.

Los reclutas prestaban una atención devota a esos ruidos que les hubiera gustado saliesen de sus pobres escopetas viejas.

—Se están fajando sabroso —me comentó un morochito sentado al lado mío, pero al que solo podía divisar por la camisa clara.

El fulgor de los incendios se mantuvo durante toda la noche. Miguel Ángel había hecho preparar un lugar en donde yo pudiese dormir, dentro del bohío. Pero cuando iba a acostarme, el olor a ratas fue tan penetrante que me llegó hasta el estómago. Preferí tirarme en un banco, al aire libre.

Saqué de la mochila mi revista Bohemia y me abrigué bien. Seguían las explosiones lejanas, cada vez más aisladas, siempre detonadas por el mismo tipo de armas. Y me imaginé a los nuevos reclutas de Batista, muchachitos sacados de los reformatorios, asustados tirando tiros, contra la manigua, para ahuyentar las sombras que podían ser barbudas. Los centinelas que volvían de sus postas, se acercaban invariablemente a mí, para hacerme preguntas. A ellos no les preocupaba tanto Perón, o Frondizi, sino Fangio.

—Oye, chico. ¿Y qué dijo Fangio de cuando lo secuestramos?

—¿Es cierto que se hizo fidelista?

—Cuando esto termine, voy a cualquier parte para verlo correr. Ese hombre se le escapó al diablo.

Las agujas luminosas de mi reloj indicaban las cuatro. Me erguí en el banco y me quité mis gráficos abrigos. Había que seguir viaje. No había dormido pero el frío de la madrugada me hacía sentir perfectamente bien.

Al rato se despertó Miguel Ángel y llegó un viejo campesino al que se le habían pedido mulas para el trayecto. Era probable que Fidel estuviese en Las Mercedes, así que —gloria para mí— se podía ir en bestia. Miguel Ángel me sugirió la absurda idea de bañarme en un arroyo, que rechacé tiritando y después de tomar café y aprovisionarnos de tabacos, comenzamos a galopar. El camino era llano y avanzábamos rápidamente.

La monotonía de las marchas al paso de los mulos era desesperante por lo que gocé realmente con las cuatro horas en que los mulos trotaban o galopaban por el camino. Luego, con los animales cansados, seguimos al paso lerdo de la bestia que encabezaba la caravana. El viejo campesino se había unido a Miguel Ángel, a sus dos ayudantes y a mí, porque no quería —dijo— perder la oportunidad de conocer a Fidel.

—Si usted me lleva —aclaró respetuoso.

—¿Quién lleva a quién? —le contesté riendo.

Prácticamente desde la finca La Florida hasta El Cerro, hicimos el trayecto por suaves lomas con escasa vegetación. De vez en cuando nos encontramos en lo alto de un monte pelado desde donde divisábamos a lo lejos Estrada Palma, y descendimos luego a valles frescos y rumorosos por el correr de pequeños arroyos de agua helada. Estábamos en zona completamente dominada por los rebeldes y no había nada que temer, salvo la metralla de los aviones. Pero el ruido de las bombas que traían las sierras en eco indicaba que estaban operando detrás nuestro, bastante lejos. Ni una sola jornada desde que había iniciado el viaje por la Maestra, los aviones de Batista se dieron descanso.

Prácticamente de la mañana a la noche lanzaban bombas incendiarias o ametrallaban los bosques, los bohíos, los campesinos y las bestias. Era evidente que querían aterrorizar al campesinado para que abandonase la sierra.

Prácticamente era imposible para los guajiros sembrar malanga o arroz, elementos básicos de su escaso menú, ya que los aviones los ametrallaban constantemente. Cerca de cada vivienda, aún dentro de ella, había fosos cubiertos por piedras, en donde el guajiro se escondía con su mujer y su ristra de hijos, a veces todo el día, mientras las balas atravesaban sin resistencia el pequeño bohío de yaguas.

Los cuadrados negros y llenos de latas retorcidas por el fuego, convertían en grandes tableros de ajedrez a los lugares en donde antes se levantaban caseríos guajiros.

Cerca de Las Mercedes, pasado el mediodía, llegamos a un pueblito que ofrecía la asombrosa excepción de contar con algunas construcciones de mampostería. La mayoría de las casas estaban deshabitadas, y solo debajo del alero de la bodega había varios hombres. Uno de ellos, de pelo blanco y rasgos árabes, se acercó tendiéndome la mano amistosamente cuando se enteró de que era periodista argentino. El acento correspondía a su físico.

—Yo soy el durco Nassim.

—¿Turco o árabe?

Se rio ruidosamente.

—Bah, los guajiros me dicen el durco, bero yo soy libanés.

—Entonces, tendrá tahine en casa.

Estaba alegremente asombrado.

—¿Gusta tahine? ¿Es baisano?

Le conté que mi mujer era descendiente de libaneses y mientras desmontaba para acercarme a un niño de unos cuatro años, que me traía agua fresca, el árabe me abrazó cordialmente.

—Entonces es baisano. Venga a comer con nosotros comida árabe. A Fidel también le gusta. Yo soy gran fidelista.

Pese a que mis guías ya se preparaban para investigar qué era el famoso tahine y el shisque baab de que hablábamos con el «turco» Nassim, yo solo acepté más agua y café, para continuar camino. Le prometí, y estaba dispuesto a hacerlo, volver a comer algún día con «baisano». En el vaso de agua que tomé ya montado, flotaba un cubito de hielo. La bodega de Nassim contaba hasta con una heladera a querosén. Antes de partir, Nassim nos advirtió que el ejército había estado la noche anterior por los alrededores.

—Saben que Fidel está por acá, bero no van a salir a buscarlo. Se contentan con matar a los campesinos y tratan de bescar a los mensajeros. Tengan mucho cuidado.

—Tenga también cuidado usted —le advertí.

—No, a mí no me hacen nada. Saben que si me matan, matan a la gallina de los huevos de oro. Cada vez que llegan encuentran la bodega llena.

Llegamos a Las Mercedes cerca de las cinco. Fidel no estaba. La noche anterior había cambiado de campamento y solo una persona que en ese momento no se encontraba —una sola familia quedaba en el pueblo desierto — sabía la ubicación del nuevo campamento. El ejército estaba muy cerca y

era probable que esa misma noche intentasen llegar hasta Las Mercedes. Por otra parte, nuestros animales ya no daban más y en el pueblo no había quedado ni un mulo.

Anclada como nosotros, estaba una maestra que bajaba de la Sierra y quería llegar hasta Bayazo para proveerse de útiles escolares. Como no podíamos hacer otra cosa que sentarnos, tomar café, fumar y esperar, nos resignamos. La maestra me contó con orgullo que era una de las primeras que dictaba clase en una escuela rebelde. Que era el equivalente a ser una de las primeras que enseñaba a leer y a escribir en toda la inmensa región. Tendría cuarenta años largos y era evidente que trataba de ocultarlos. Exhalaba un olor a desodorante agresivo, casi tan fuerte como el aroma que exhalábamos nosotros y los mulos que chorreaban su esfuerzo de toda una jornada. Estábamos sentados en el suelo, bajo un alero que formaba una sombra caliente y poco acogedora, en la tarde reseca y ardiente.

Un guajiro que apareció por algún lado, descalzo y sudado, nos advirtió que el hombre que esperábamos llegaría de un momento a otro. Había conseguido un *jeep* y nos acercaría por carretera a la zona en donde estaba Fidel. La maestra no era muy locuaz y nosotros teníamos hambre y calor, lo que siempre contribuye al mal humor. Permanecimos callados hasta que el motor del *jeep* nos anunció desde varios minutos antes, el arribo de quien iba a ser mi nuevo guía. También él traía un mal humor que se marcaba en sus cejas. La perspectiva de tener que salir nuevamente le agradó tanto como encontrarse con los guardias. Pero yo ya había aprendido a ser pesado. Le dije que tenía que llegar ese mismo día al campamento de Castro y para reforzar mi urgencia, mentí que llevaba un mensaje del Che a Fidel.

—¿Sabe que el ejército está por la carretera?

—Desde que llegué a la Sierra, siempre escuché lo mismo. Pero qué le voy a hacer…

—Espere un segundo. Me voy a dar una ducha y salimos.

Yo había recobrado mi optimismo. Pero en cambio los que me acompañaban no se sintieron muy alegres. Como me di cuenta, y ya no los necesitaba, les ofrecí la oportunidad de volverse.

—¿Y ustedes, por qué no les dan un descansito más a las bestias y aprovechan la noche para volver? Quizá mañana el camino esté cerrado.

El viejo que quería ver a Fidel decidió que en otra oportunidad sería lo mismo, y todos se sintieron mejor. El hombre que iba a llevarme en su *jeep* ya estaba limpio y el pelo mojado era la única sensación de frescura en una legua a la redonda. Me despedí de todos y de la olorosa maestra y monté en la

máquina. Los días de mulo hacían del asiento del *jeep* una mullida comodidad burguesa, muy adecuada para el traste de un lord inglés con gota.

Capítulo 7

Un muchacho uniformado, con la melena rubia que le tapaba los hombros y un armamento que le cubría el pecho y la espalda, nos indicaba con el pulgar hacia abajo el lugar en donde había colocado una mina de gran poder. El *jeep* salió del camino y se metió entre la manigua para eludir el artefacto que iba a pasar la noche esperando a los guardias. Después de cruzar un arroyo, el vehículo frenó ante un edificio de madera y cinc. Más de doscientos rebeldes estaban descansando en el lugar, sentados o acostados en el suelo, todos con sus armas automáticas y las granadas de fabricación casera colgando de la cintura. Sobre el alero de la casona, se lograba leer: «La Fragata».

Mi guía, que había ido en busca del oficial a cargo de esa tropa volvió decepcionado.

—Fidel no está aquí. Pero yo debo volver a Las Mercedes. Esta noche pueden ocurrir muchas cosas.

Durante el camino, campesinos aterrorizados nos habían hablado de una compañía de guardias que habían incendiado más de veinte casas y bohíos. Era probable que al caer la tarde hubiesen vuelto a su cuartel, pero no había que descuidarse.

—Aquí lo dejo con el capitán Paco. Mañana a la mañana lo hará llegar hasta el comandante, si es que él no viene aquí —le agradecí y me despedí. Paco me estrechaba la mano con fuerza y alegría, mientras un grupo de rebeldes me rodeaba.

—¿Eres argentino?

—¿Ya viste al Che?

Y otra vez la serie de preguntas calcadas de todos los otros campamentos: Libertad Lamarque, Fangio, Perón, Frondizi.

—¿Y qué te parece esto?

Nos sentamos en el suelo y yo comencé a hablar. La curiosidad de ellos era insaciable. Todo les interesaba. Pero mucho más les interesaba mi impresión personal sobre su revolución. Les conté mi viaje por zonas que muchos de ellos aún no conocían, los bombardeos constantes, la generosidad

de los campesinos, mi apasionado fervor por el congrí y el potaje de frijoles negros y mi admiración por la sustancia humana de cada rebelde: su desinterés, su modestia, su valentía y su conocimiento de la causa que defienden. Era la primera vez que daba a conocer mis impresiones tan abiertamente y no temía que los rebeldes pudiesen tomar mis palabras como «guataquería».

Sabía que, sencillamente, asistían a un relato objetivo de la personalidad de cada rebelde. Ellos eran así. Magníficamente así. Y me explicaron que así los había formado Fidel Castro. Que el ejemplo del comandante era la guía moral para todos ellos. Y nadie hubiese hecho lo que Fidel Castro habría considerado que no se debía hacer. Y tampoco temieron que yo pudiese tomar sus palabras por autopropaganda. Sabían que, sencillamente, ofrecían un relato objetivo de la personalidad de cada rebelde, formada por su comandante.

—¿Y cómo se te ocurrió venir hasta aquí, a reportear a Fidel?

—Existe, con respecto a la revolución cubana, un gran misterio —les dije— que aún no ha sido develado. Un gran misterio guardado celosamente por las agencias informativas y por los grandes diarios que se nutren con sus noticias. Y así, mientras toda Latinoamérica odia a Batista, no se decide a apoyar a Fidel Castro, porque no saben quién es, qué quiere, ni quién lo apoya. Y porque no sabe quiénes son ustedes.

Les conté que algunos consideraban a la revolución cubana instrumento de Estados Unidos —lo que recibieron con el asombro con que hubiesen asistido al parto de una mula— y al ejército de Fidel Castro, integrado por jóvenes pudientes que jugaban a la guerra. Les dije que era habitual leer en los diarios la noticia de que «los rebeldes cubanos volaron un tren de pasajeros» sin aclarar si el tren de pasajeros estaba ocupado o no, o si ese «tren de pasajeros» era utilizado para el transporte de tropas.

—Noticias de ese tipo —insistí— daban la impresión de que Fidel Castro no era otra cosa que un asesino terrorista.

Se quedaron un poco apagados por el relato. Sus barbas y melenas me hicieron acordar de que muchas de las notas que había leído sobre los rebeldes de la Sierra Maestra, solo aludían a los atributos capilares de los soldados de Castro y a todo detalle pintoresco utilizable para despertar el interés del lector, de idéntica forma en que aludían a las caras pintadas de los pieles rojas o al mate y al ombú cuando hablaban de la Argentina.

El capitán Paco interrumpió la charla para anunciarme que en mi honor habían cocinado a un guanajo. Invité a todos los que estaban conmigo a

compartir la cena, pero ellos ya habían comido. Solo Paco y Duque, un teniente macizo y alegre, me ayudaron a terminar con el enorme bicho. Paco parecía no comer, por hablar. Pero cuando hacía una pausa, devoraba lo que yo había logrado tragar mientras escuchaba. Era un campesino rubio, de unos treinta años.

Hablaba de su gente con cariño paternal y me narraba el combate celebrado la noche anterior, en el cuartel de San Ramón, recordando todos los detalles que destacaran el coraje de los muchachos con los cuales yo había hablado. De vez en cuando su sombrero marrón de fieltro, que llevaba al estilo de los soldados australianos, le caía sobre la frente pero él se apresuraba a volverlo a la nuca, empujándolo con la pata ya pelada del guanajo. Duque fue el encargado de recordar únicamente todos los detalles «jocosos»: la granada que cae excesivamente cerca y no estalla, la ametralladora que se encasquilla cuando más hace falta y el debut fragoroso de dos ametralladoras 50 que habían recibido ese mismo día.

—Todos querían estar cerca de ella, para ver cómo lanzaba candela.

El soldado que nos había indicado la posición de la mina cuando llegamos a La Fragata, estaba parado al lado nuestro con otro exactamente igual: rubio, con la melena larga hasta más allá de los hombros, y una boina negra con la medalla de la Virgen de la Caridad.

—Es mi hermano —me lo presentó.

—¿Cuántos años tienen ustedes?

—El dieciséis y yo quince.

Paco los «choteó».

—Estos son los «niños». Un día se le presentaron al comandante Che en su campamento y le dijeron que querían incorporarse. Su compatriota les dijo que se vuelvan a casa, pero lo amenazaron de que si no se incorporaban, iban a suicidarse. Querían morir por la patria —terminó riendo.

Yo los miré atentamente. Pese a su uniforme sucio y al armamento, parecían dos jovencitos delicados.

—La cuestión es que nos quedamos. Y estas armas las ganamos peleando.

El mayor señaló a su hermano con orgullo:

—Este es bravo. La ametralladora se la quitó a un guardia, en una emboscada.

—El Che —añadió Duque— cada vez que los encuentra les ofrece volver a su casa, pero ya no se los puede sacar de encima. Y tenemos que cuidarlos como a señoritas.

Ninguno de los dos se molestó por la broma. Yo seguí mirándolos, pensando en su madre, en la hermanita —que según ellos también había querido incorporarse al 26—, en las granadas que colgaban de sus cinturas.

A las nueve, todo el mundo se echó a dormir en sus hamacas o en el suelo. Al separarme del fogón, sentí frío y recordé a la Bohemia que llevaba en la mochila. Paco, empeñado en su papel de anfitrión, no quiso que durmiese en la tierra, al aire libre, y me envió con un soldado hasta un bohío que se divisaba a unos quinientos metros del campamento, extrañamente pintado de blanco, mientras disponía las postas y las dotaciones para atender a las dos ametralladoras 50, emplazadas en las cercanías. Caminé en la oscuridad hasta el bohío que iba a ser mi dormitorio y me encontré con la sorpresa de que solo quedaban más o menos en pie dos paredes. En el interior había una gran cruz blanca de madera, y en uno de los costados, un altarcito con la imagen de la virgen y de un señor bigotudo chorreado por el sebo de las velas. Sobre dos bancos había un jergón hecho con alambre de cerco y debajo de él, una familia de puercos negros.

—¿Y esto qué es? —pregunté al que me acompañaba.

—Un templo espiritista. Hace mucho que ya no viene nadie.

Hubiese preferido mil veces pasar la noche al aire libre, ya que ahí el viento helado circulaba ordenada e inexorablemente por la zona donde estaba instalado el jergón. Me cubrí el estómago y la espalda con los pedazos de revista y me envolví los pies descalzos, con una bolsa que las gallinas utilizarían muy a menudo para limpiarse la cola. Los cerdos, impertérritos, seguían masticando debajo mío, sin otorgarme la menos atención. Pese al frío, me sentía bien. Estaba totalmente estirado con las manos cruzadas debajo de la cabeza y con los ojos cerrados, tratando de adivinar el momento en que el más gordo de los chanchos me elevaría con su lomo, pero siempre ocurría cuando me distraía. Creo que me había dormido, cuando una linterna me enfocó la cara. Yo no sentí deseos de abrir los ojos.

—Déjale, déjale dormir, que luego le veré.

Fue una voz extraña, como la de un chico afónico. No sé por qué, intuí que ese era el hombre por el que había viajado más de siete mil kilómetros. Salté del jergón y sujetando mis abrigos corrí tras la voz.

—¡Doctor Castro! —grité.

Una enorme figura, cubierta con una manta a modo de poncho, giró hacia mí.

—Buenas noches —le dije.

—Hola, qué tal. Cómo anda Frondizi, ¿está contento?

—Bueno, yo creo que por ahora sí.

—Así que ya estuvo con su compatriota el Che.

Seguimos caminando y hablando hasta llegar a La Fragata, en donde lo esperaba un *jeep*. Yo recogí la mochila y me ubiqué en la parte trasera del vehículo en donde había dos mujeres y dos hombres, uno de ellos herido, aparte del chofer.

Comenzaba a amanecer, pero el frío no decrecía. El *jeep* subía increíblemente lomas y cruzaba arroyos, sacudiéndonos a todos. Como nadie me hablaba, yo únicamente me dedicaba a mirar y a procurar que el borde de la puerta trasera del *jeep* no me impidiese montar más adelante en mulo. En un lugar determinado, el vehículo paró en seco y todos descendimos, inclusive los heridos, a los que ayudaron varios rebeldes que aguardaban allí. Cerca de quinientos hombres recién se descolgaban de sus hamacas, atadas a los postes que sostenían techos de palmeras. El grupo que había bajado del *jeep* siguió su marcha a pie y yo me sumé a ellos. Fidel Castro, en cambio, quedaba atrás, hablando con varios oficiales. El sol había salido y tuve ocasión de observarlo detenidamente: dos metros de estatura, no menos de cien kilos de peso y botas para guardar equipajes. Vestía el mismo uniforme que todos los demás pero su brazalete ostentaba tres estrellas. Su rostro era notable: de impecable líneas romanas y barba escasa que avanzaba hacia delante como el espolón de un acorazado. Los ojos negros y medianos, estaban encendidos detrás de dos vidrios gruesos y de la boca de labios carnosos salía un tabaco que solo desaparecía para dejar lugar a un salivazo cargado de nicotina. Cuando hablaba se movía de un lado a otro, aplanando la tierra con sus botazas y moviendo los brazos continuamente. Nadie hubiese afirmado que tenía solo treinta y dos años. A medida que el grupo al que me había incorporado se alejaba, su voz iba perdiendo agudeza hasta convertirse en un bronco murmullo protestón.

Trepamos una loma no muy pronunciada y llegamos a un bohío abandonado. Una de las mujeres, flaca y seria como un gendarme, ordenó que nos detuviésemos allí. Lo primero que hice fue poner en lugar seguro mi grabadora y preparé la máquina de fotos. La mujer uniformada que parecía ser la de mayor autoridad en ese momento, se acercó, tratando de ser amable.

—Oiga, argentino, pida cuanto necesite, que aquí hay de todo. Fidel llegará dentro de un momento.

Tenía una voz especial, cálida, decididamente amistosa, que desvaneció mi primera mala impresión. Un gendarme no podría jamás tener esa voz. Los

ojos me dolían por la falta de estar cerrados varias horas seguidas, pero igual se fijaron en ella con detenimiento.

—Celia Sánchez.

—Usted es… —dije, tratando de recordar el nombre que aparecía en el epígrafe de una fotografía.

Esta vez había sonreído. Y su sonrisa tampoco fue la de un gendarme. Era una sonrisa cansada por más de un año de marcha tras el desplazamiento inquieto y nervioso de las tropas de Fidel Castro, pero bondadosa y muy humana.

Decididamente femenina. Demostraba cerca de cuarenta años y no dudé de que un viento no muy fuerte hubiese obligado a los soldados rebeldes a subir a los árboles a descolgarla. Sentí inmediatamente gran simpatía por ella. En pocos minutos había dispuesto todo lo necesario para que el bohío se convirtiese en la comandancia de Castro. Una radio a pila estaba funcionando y el locutor informaba que ya no quedaban rebeldes en la sierra y que los últimos restos de las bandas de forajidos armados estaban siendo empujados hacia el mar. Además el gobierno —según el locutor— tenía irrefutables pruebas del comunismo de los miembros del 26, porque en un campamento abandonado, los guardias habían encontrado una bandera de China Roja y un casquillo de fabricación soviética.

—Ojalá tuviésemos miles de balas de fabricación soviética —comentó un soldado que descansaba en el suelo, sin quitarse la gorra que le cubría la cara —. Que las fabrique el diablo, pero que las tiremos nosotros —concluyó filosóficamente quizá sin despertarse del todo.

Esperé la llegada de Castro fumando un tabaco y bebiendo el café que me había servido la otra mujer del grupo. Era totalmente distinta a Celia, aunque sería solo unos años menor. Rubia, roja y muda, y no dudé de que un viento muy fuerte hubiese obligado a varios soldados rebeldes a prenderse a ella, para no ser remontados a los árboles. Cuando le agradecía su atención, le pregunté el nombre y lo dijo en un suspiro de cansancio.

—Haydée Santamaría.

Lo recordé enseguida. También hacía muchos meses que estaba en las montañas. Tenía todo el derecho del mundo a ser muda y a su figura descuidada. Su marido, Armando Hart, estaba preso, y su hermano había muerto en el asalto al cuartel Moncada.

El calor hizo que mi camisa se empapase nuevamente, aunque estaba sentado a la sombra. El sol ardía con mayor intensidad segundo a segundo y me vi obligado a entornar los ojos, que adivinaba rojos. La voz encolerizada

de Castro me hizo abrirlos nuevamente, para mirarlo subir hasta el bohío. Varias gallinas huyeron espantadas ante la posibilidad de quedar chatas debajo de sus enormes botas. Venía discutiendo con sus oficiales las alternativas del combate de la noche anterior. El emplazamiento de los morteros no se había ajustado a sus instrucciones y habían comenzado a disparar antes de lo previsto.

Celia se acercó a mí y me comentó que la mayor causa del mal humor del comandante residía en que había un muerto y un herido grave, el capitán Horacio Rodríguez. Cuando Fidel estuvo cerca me paré y él vino a mi encuentro. Me tomó de un brazo e hizo lo que haría veinte veces más en el día: me paseó de un lado a otro preguntándome qué noticias había tenido en La Habana de la huelga general que se había anunciado, qué impresión había recibido a través de mi viaje por la Sierra, qué se sabía en Argentina de la revolución cubana.

Respondí siempre con la mayor sinceridad. Sabía que mis juicios, fuesen cuales fueren, no le iban a molestar. Demostraba ser un hombre que tenía absoluta confianza en los demás y que no rechazaba en principio ninguna opinión. Cualquier referencia jocosa le hacía estallar en carcajadas tan grandes como su estatura, con la misma facilidad que se detenía para hacer rotundas sus maldiciones, cada vez que se enteraba de algún nuevo crimen de los batistianos. Sus treinta y dos años afloraban en su extraversión absoluta y franca.

A las diez de la mañana tuve ocasión de asombrarme por primera vez al verlo devorar. Tragaba de pie, caminando y hablando, grandes trozos de carne y malanga, y cuando se dirigía a mí, me señalaba invariablemente con un chorizo colorado que reemplazaba Celia cada vez que se terminaba. Su mayor preocupación en ese momento la constituía la huelga general.

—¿Pero qué estarán pensando en La Habana que la retrasan tanto, caballero?

—¿Usted no sabe cuándo va a estallar la huelga?

—Pero óigame, che chico. ¿Cómo cree que yo, metido en las sierras, todo el día a los tiros, voy a saber cuál es el momento propicio para lanzar una huelga general revolucionaria? Yo me ocupo de esto, de la campaña militar, pero no puedo pretender ser un dios omnisapiente. Eso que lo decidan ellos, los de la Dirección Nacional.

Los chorizos rojos habían sido reemplazados ahora por tabacos que mitad fumaba, mitad masticaba. Yo le había propuesto realizar esa misma tarde el reportaje grabado, pero él me sugirió, y lo acepté, esperar algunos días más.

—Quiero que vea aún muchas cosas. Que nos acompañe, si quiere, a algún combate. Que nos conozca mejor.

Por la tarde salieron varias patrullas a tender emboscadas. Fidel les indicaba el punto exacto en donde debían ubicarse. Disponía todo sin consultar una sola vez el mapa que, por otra parte, no sé si lo tendría. Y luego se dedicó a dirigir una práctica de tiro, con un libro de Camus bajo el brazo sudado. Los blancos habían sido dispuestos en un valle, a unos doscientos cincuenta metros abajo, y al principio me costó ubicarlos. Eran pequeñas botellas. El comandante, con toda su exuberancia juvenil, gritaba órdenes, y bromeaba y protestaba a la vez. Y demostró una puntería excepcional. Las cargas cerradas sobre las botellas, que se renovaban constantemente, iban precedidas de entusiastas exhortaciones:

—A ver, caballeros. A ese carro cargado de guardias… ahí pasan por la carretera… atención… apunten… ¡fuego!

Y la hilera de botellas desaparecía como borrada de improviso.

—Yo no sé cómo tirando así —gritaba— aún quedan guardias batistianos en el ejército. A ver tú. Allí tienes un pomito prieto. Listo: ¡fuego! ¡Pero qué bruto, caballero! Eso se hace así.

Y con su pistola hacía desaparecer la botellita negra. Tirados al lado mío, presenciando las pruebas, se habían colocado los dos médicos que hacía unas horas habían compuesto el estómago abierto del capitán Horacio Rodríguez, en una operación al aire libre, sobre la mesa de un bohío: los doctores Fajardo y De la O. Llevaban poco tiempo incorporados a la gente de Fidel Castro y todavía mantenían su empaque profesional. Ignoro de qué forma se mantenían limpitos y con olor a desinfectante. Como nadie nos había presentado, lo hicieron ellos mismos, con una corrección ciudadana que me pareció insólita. Al caer la tarde me invitaron a tender la hamaca que me había conseguido Celia, en árboles cercanos a los que ellos utilizaban. Subimos una loma corta, pero muy empinada, y nos disponíamos a cenar cuando Delio Ochoa, uno de los capitanes de Castro, apareció guiando a dos personas sin uniforme: uno de ellos, el mayor, con barba negra y cara de enojo; el otro, perfectamente afeitado y sonriente, se me presentó enseguida:

—¿Tú eres el argentino? Carlos Bastidas, para servirte. Soy periodista ecuatoriano.

Cuando me acerqué para estrecharle la mano, calculé que tendría no más de veintidós años.

—Me alegro de encontrar un colega —le dije.

—Dos colegas. Este es Paquito, camarógrafo cubano.

El barbudo enojado, me dijo, imitando el acento argentino:

—Qué decís, che.

Los dos médicos, que habían sacado unas galletas y un poco de queso, miraron con aprensión a la concentración de periodistas hambrientos que se había formado, pero suspiraron cuando Ochoa anunció que se nos iba a mandar potaje, que llegó enseguida, junto con tabacos.

Pese a que la oscuridad era total, nos quedamos levantados hasta la madrugada, fumando y charlando sobre la guerra que nos había juntado en ese momento para comer potaje sentados en el suelo y beber agua de un cubo común, mientras a lo lejos se escuchaban las descargas nocturnas de los encuentros o del terror de los guardias de Batista batiendo constantemente la manigua desierta.

El doctor Fajardo había abandonado Manzanillo luego de una larga tarea subversiva. Era muy joven, cobrizo y reposado. La mujer estaba esperando el primer hijo. De la O tendría unos cuarenta años y era la representación física del hombre que no quiere problemas en ningún terreno. Bajo, ligeramente obeso y de piel quemada, hablaba de manera impersonal de su incorporación a las tropas rebeldes y solo su voz se alteraba apenas perceptiblemente para algún: «qué cabrones» o «qué hijo'e puta, caballero», cuando hablaba de los crímenes del ejército o de Batista. Había abandonado el hospital en que trabajaba en Pinar del Río, anunciando que iba a participar en un congreso médico en los Estados Unidos, por si no lograba llegar a tomar contacto con las tropas de Castro. Aunque la noche no nos dejaba vernos, yo sabía que Paquito seguía con su cara de enojo.

—¿Hace mucho que estás en la Sierra?

Fue como preguntarle a una vieja mañera si tenía alguna enfermedad. De improviso comenzó a soltar carajos en repetición:

—Pero chico, ya va para un mes que debía estar en La Habana con el material. Todas las combinaciones que tenía para sacarlo del país se han perdido.

—¿Y por qué no te fuiste?

—Es que encargaron unas escenas de combates. Y hasta ahora no hubo ninguno de día. Y de noche no puedo filmar.

El ritmo nervioso de la protesta era marcado en la oscuridad, por el redondel rojo de su tabaco.

—¿Y por qué no filmas con reflectores? —saltó el ecuatoriano.

Paquito no contestó a la broma, lo que nos hizo reír a todos. Un rato después, ya tendidos en las hamacas, seguimos fumando y charlando.

Bastidas había subido a la Sierra hacía cerca de un mes. Y no se decidía a volver. No había mandado una sola crónica a su diario y aún no había realizado ningún reportaje. Simplemente miraba y participaba de todo. Su espíritu juvenil había sido ganado por completo por la revolución y la vivía como un revolucionario más. Hablaba constantemente, salpicando de risas cualquier relato, y creo que aún seguía hablando cuando me dormí.

Capítulo 8

—¡Todos a la huelga general! ¡La huelga general ha estallado! ¡A partir de este momento, esta emisora *CMQ* y todas las emisoras de Cuba, se pliegan al Movimiento de Huelga General Revolucionaria! ¡Viva la libertad! ¡Viva Cuba!

Fidel me abrazó y me obligó a dar saltos con él, mientras los cincuenta hombres que ocupaban el pequeño bohío amenazaban tirarlo abajo con sus gritos.

—¡Ya llegó la hora, che! ¡Ya llegó la hora! Ahora no te vas más. Vas a bajar hasta La Habana con nosotros. ¡Llegó la hora!

Celia Sánchez, en un rincón, permanecía muda, con los ojos cerrados. Si hubiese hablado, era seguro que lloraría. Cuando Fidel me soltó, miré el reloj: eran las once de la mañana del 9 de abril. El día y el momento podrían ser históricos. Después de algunos momentos, durante los que llegaron corriendo desde campamentos cercanos varias decenas de rebeldes, Fidel se recobró y comenzó a dar órdenes. A organizar inmediatos ataques y emboscadas. La noche anterior había mandado a tres patrullas a la carretera para interceptar un convoy de guaguas ocupadas por guardias. Me tomó del brazo y me hizo seguir sus grandes zancadas.

—Mire, che. Son las once y media. Es seguro que ya tienen que haberse fajado los primeros.

—¿Y las otras dos patrullas a dónde fueron?

—Están dispuestas para apresar a los que logren escapar y para interceptar a los refuerzos que seguramente les van a enviar de Yara.

Los que habían quedado pegados a la radio anunciaron que una tras otra habían desaparecido del aire. Fidel no cabía en sí de gozo. Riendo, le gritó a Paquito:

—Ahora vas a tener combates de día y de noche y puedes filmar en colores si quieres.

En medio de la euforia, el comandante era el más eufórico, pero al mismo tiempo el más realista:

—Hay que apoyar de inmediato a la huelga con ataques en todos los frentes.

Una tras otra fueron saliendo las patrullas y los mensajes con encargo de hostilizar a los efectivos del ejército. De un *jeep* bajó corriendo el capitán Paco, mi anfitrión de hacía dos noches. Debajo del sombrero a la australiana, se hinchaba morado el ojo izquierdo, con la ceja cruzada por una herida desgarrante. Mientras hablaba, Celia le alcanzó un jarro con agua.

—A las once y media atacamos a las guaguas —dijo jadeante.

Yo recordé de inmediato la hora que me había indicado Fidel.

—Terminamos con la mayoría. Eran gente de Masferrer. Hicimos nueve prisioneros, pero cuando los traíamos llegó la aviación. Nosotros nos escondimos en la manigua, pero los aviones bombardearon toda la zona.

—¿Y los prisioneros? —preguntó Fidel.

—Desde el *jeep* hicieron señas con sus cascos para que no les tirasen, pero de una avioneta les lanzaron dos granadas. Solo dos quedaron con vida, pero están heridos. El chofer del *jeep* quedó con el muslo destrozado.

—¿Cayeron muchos de los nuestros?

—Dos —dijo Paco, dolorido.

—¿Y de ellos?

—Cerca de treinta. Pero no sabemos qué pasó con las patrullas que estaban cerca de Manzanillo. Creo que se están fajando con los refuerzos que salieron en camión desde Yara.

Instintivamente miré a Fidel. No se había equivocado ni en la hora en que se toparían las tropas ni en que los guardias enviarían soldados desde Yara. Se estaba colocando las cananas y ya sobre su hombro aparecía el cañón de su fusil con mira telescópica. Sin decir palabra comenzó a caminar, cuesta abajo, llevando consigo a la mayor parte de la gente.

—Vamos —le dije a Paquito.

Pero Fidel ya había dado órdenes de que nadie saliese del campamento hasta que él dispusiese. Los médicos y Paquito experimentaron la misma contrariedad que yo. El ecuatoriano había regresado a Santo Domingo en donde estaba acampado con la gente de Luis Crespo. Imaginé que Castro dispondría poco después que un guía nos llevase hasta la zona del combate, pero pasaron las horas y nadie volvió. Casi sin que nos diéramos cuenta, comenzó a caer una leve llovizna caliente, junto con el tronar lejano de un bombardeo. El camarógrafo cubano había recuperado íntegramente su mal humor, pero creo que yo estaba peor aún. Como no había ningún oficial, la encaré a Celia.

—¿Y qué hacemos nosotros aquí? ¿No hay nadie que nos pueda guiar hasta el frente?

Ni siquiera me respondió. Era evidente que nadie sabía nada. Y que el bombardeo lejano, que ya llevaba tres horas, los había aplastado en la misma forma que la vuelta al aire de algunas estaciones de radio, que anunciaban que en casi todas las ciudades de la isla estaba reinando la calma. En La Habana se anunciaban más de cincuenta muertos del 26 de julio. En Santiago de Cuba cerca de cien. De otras localidades no se daban cifras, pero los locutores indicaban que los grupos de «forajidos» habían sido exterminados. Haydée Santamaría vino a mí, sin duda en busca de un consuelo que mi mal humor no supo darle.

—Deben ser noticias falsas.

—Pero las radios están en el aire —le dije casi con rabia—, y eso es muy importante para el gobierno.

Sobre mis últimas palabras llegó el ruido del motor de un *jeep*. El chofer descendió apurado y comunicó que Fidel reclamaba la presencia de los periodistas. A toda velocidad me cargué la mochila y preparé la máquina de fotos. Casi al mismo tiempo que Paquito monté en el *jeep*, que comenzó a saltar sobre las lomas. La lluvia ya era un solo bloque de agua que se estrellaba contra el techo de los árboles y prácticamente no se veía nada. Media hora después descendimos del *jeep* y seguimos la marcha a pie, cayéndonos y embarrándonos sin sentirlo. Solo nos alegramos cuando las ráfagas de las ametralladoras se escucharon secas y persistentes casi sobre nosotros. El combate seguía. En un claro, cuatro casas de madera y en medio Fidel Castro, con Delio Ochoa, René Rodríguez y Paco. Ya era de noche y la lluvia amainó como para dejarnos cambiar algunas palabras. Fidel corrió hacia nosotros.

—Tienen que informar de esto —dijo casi a gritos— tienen que decirle al mundo hasta dónde llega la crueldad de esta gente. Han bombardeado Cayo Espino. Un pueblito que ni siquiera está en la zona operativa, en donde no se refugió un solo rebelde. Mientras nosotros peleábamos aquí, los aviones ametrallaron durante horas un caserío indefenso.

Estaba evidentemente dolorido y furioso, pero Paquito y yo conservábamos el resentimiento del olvido.

—¿Y por qué no nos mandó buscar antes? —le dije con frialdad.

—No tenía un solo hombre para ir hasta donde estaban ustedes. Comprendan.

Los balazos seguían sin intermitencia. Yo no me daba cuenta de dónde venían ni a quién se dirigían. Pero todos corrimos hacia atrás de un camión detenido en las cercanías. Los cadáveres de dos guardias se embarraban en medio del camino.

—Son gente de Masferrer y están bien armados —explicó Fidel—, pero ya los tenemos dominados por completo.

—¿Quién es Masferrer?

Aunque la situación no era propicia a las explicaciones, Castro, a quien nuestro reproche lo había mortificado, se detuvo a decirme:

—Rolando Masferrer es un senador de Batista. El cerebro de la represión; un hombre que realmente gobierna en Cuba. Hasta el punto de que cuenta con un ejército particular, que en un momento determinado puede dominar hasta a los mismos efectivos gubernistas. Durante la guerra española fue oficial de la Cheka.

La lluvia caliente era ahora tan fuerte que no podíamos ni mantener los ojos abiertos. Una última ráfaga de ametralladora rebelde no obtuvo contestación. Los guardias habían huido o muerto.

—Mire, che. Vaya hasta el hospital de campaña y vea lo que pasa allí. Y luego encuéntrese conmigo en Cayo Espino.

Saltamos con Paquito a un camión descubierto y nos alejamos sin escuchar un nuevo tiro. La lluvia nos pegaba en la cara y en el pecho, pero escondíamos las mochilas en el estómago doblándonos sobre ellas, para que no se mojasen las cámaras y la grabadora. En la cima de una montaña, detrás de un matadero abandonado, se había instalado el hospital de campaña. Más de una hora nos demandó la ascensión hasta el bohío iluminado, resbalando constantemente en el barro. Cuando llegamos, nos encontramos con De la O y Fajardo, que habían llegado no sabíamos de qué manera. Varios candiles alumbraban con su luz amarillenta a un grupo de hombres que auxiliaban a más de treinta heridos, casi todos ellos guajiros. En un rincón, una mujer lloraba a gritos y pretendía levantarse de la silla antes de que Fajardo le aplicase una inyección. De la O, con los ojos brillosos, me indicó una mesa. Extendido, larguísimo y seco, estaba el cadáver desnudo de un niño rubio. Tenía enrollada en la pierna izquierda una venda ensangrentada y los ojos entreabiertos y la dentadura blanquísima que asomaba entre los labios, reflejaban la luz de la vela colocada a los pies. El estómago estaba hundido, casi hasta juntarse con las tablas blancas de la mesa. Me quedé unos segundos delante de él. Los gritos de la mujer nos hacían permanecer a todos mudos,

aunque mi mente repetía constantemente, como una letanía: hijos de puta… hijos de puta…

—¡Maldito Batista!… ¡Qué has hecho de mi hijo… Batista!… ¡Qué has hecho de mi hijo!…

Y yo seguía pensando, clavado ante el cadáver estirado del chico: hijos de puta… hijos de puta… Mecánicamente me alejé y comencé a tomar el nombre de los heridos y el del niño muerto: Orestes Gutiérrez Peña, de seis años. Pero me sentía frío, ridículo, cumpliendo mi misión de periodista. ¡Qué hacía yo ahí, con la lapicera en la mano, en lugar de estar apretando el gatillo de una ametralladora!

—¡Maldito Batista!… ¡qué has hecho de mi hijo!…

Me detuve frente a un soldado de Masferrer. Un negro asustado, que miraba con sus grandes ojos llenos de pavor a la madre que maldecía. Era uno de los que se había salvado de las granadas que sus propios compañeros arrojaron al *jeep*.

—¿Cuántos años tenés? —le pregunté con frialdad.

—Diecinueve.

—¿Y por qué estás peleando aquí, contra los revolucionarios?

—Yo estaba en el reformatorio. El senador nos dijo que aquí ya no había pelea.

Que los rebeldes no tenían armas y que Fidel Castro se había escapado con el Che en un avión hacia Venezuela… Que los que quedaban no tenían más que escopetas…

—¡Maldito Batista!… ¡qué has hecho de mi hijo!… Fidel… ¡por qué dejaste que me lo mataran!…

—Es un pobre chico —me dijo De la O al oído.

Con mi cámara sin *flash* no podía tomar ninguna foto, y le pedí a Paquito que filmase algunas tomas para mí. Trató de hacerlo, pero no respondía de la calidad de las fotos, porque solo había algunos candiles y velas iluminando el bohío. La lluvia fue cesando y salimos afuera, mientras Fajardo envolvía al chico muerto en una sábana. De la O se sentó al lado mío en el pasto embarrado. No hablamos. Los dos pensábamos igualmente en nuestros hijos…

Unos minutos después, dos guías con linternas iniciaron el cortejo, loma abajo, mientras el padre del niño muerto se lo llevaba envuelto en la sábana. Entre varios soldados ayudaban a bajar a la mujer, que quería tirarse al suelo. Pasó un largo rato y el viento que corría helado entre las montañas traía estirado y trágico el mismo grito sin variaciones:

—¡Maldito Batista, qué has hecho de mi hijo! ¡Maldito Batista, qué has hecho de mi hijo!

Capítulo 9

Llegué a Cayo Espino a las cuatro y media de la madrugada. La lluvia había cesado por completo, dejando que el frío agravase la situación de los que estábamos empapados. Encontré a Fidel en el centro de luz que formaban los focos de *jeeps* y camiones. Estaba hablando con el padre del niño asesinado.

Cuando llegué me invitaron a visitar la casa en que había sido muerto por la metralla aérea. Tenía un gran vestíbulo y habitaciones a los costados y en el fondo una cocina amplia. Las linternas no tardaron en encontrar las manchas de sangre en el piso de baldosas.

—Él se había refugiado con la abuelita y la hermana, de tres años, aquí en la cocina. Los aviones a reacción ametrallaban la calle central y creyeron que en el fondo no les iba a pasar nada; pero después atacaron de atrás. Y las balas atravesaron las paredes y picaron en el suelo, ¿ven?

La huella de la metralla había quedado nítida en la baldosa roja.

—Y una lastimó a la muchachita y le rompió la pierna a Orestes.

—¿Y por qué no lo llevaron enseguida a un médico? —pregunté, más para quebrar el silencio, que para averiguar lo que ya sabía.

—El médico que había se fue hace tiempo porque lo habían chivateado, y además era imposible salir, con la metralla continua.

Cuando comenzó la lluvia fuerte y los aviones se fueron, ya casi se había quedado sin sangre. Nadie hablaba. Como no me atrevía a mirar a ese padre atontado, observaba los agujeros de las balas en las paredes de madera. El hombre siguió:

—Nosotros escuchamos los tiros de un combate e imaginamos que se estarían «fajando» por la zona de El Pozón. Por eso nos extrañamos cuando vimos al avión chivato de la Cubana que iba hacia allá. Pero después hizo algunos giros sobre el pueblo y se fue. Creímos que había tratado de descubrir algún grupo rebelde. Pero aquí no había ninguno. No había un solo rebelde, señor —dijo dirigiéndose en particular a mí—. Y de pronto llegaron los aviones a reacción. Algunos vecinos se pusieron a mirarlos, porque volaban en formación, y de improviso picaron sobre nosotros y las casas se llenaron

de agujeros. Recién después de varias ráfagas reaccionamos y atinamos a escondernos.

Si Fidel no lo hubiese detenido, el hombre habría seguido hablando toda la noche, en el mismo tono monocorde e impersonal de un vendedor de baratijas. El comandante ordenó que lo ayudasen en todo lo que necesitase y continuó conmigo su recorrido por las casas de Cayo Espino. Era evidente que no soportaba más el estar encerrado entre las paredes de esa casa en que las balas de la aviación batistiana habían buscado la vida del pequeño Orestes, para rubricar otro de los capítulos de su frondoso prontuario criminal.

En otra de las casas las balas habían muerto en el dormitorio a Helda Vázquez, una señora que también buscó refugio en su vivienda, sin pensar que los tiros la iban a encontrar en cualquier parte. Seguí anotando nombres de muertos y heridos. De un edificio ubicado en los suburbios del pequeño pueblo, sacaban en brazos para montarla en un automóvil a una anciana con el pie destrozado. A su lado iba su marido, un veterano de la independencia. Mi mente no lograba encontrar ninguna explicación lógica al ametrallamiento de horas y horas a ese pueblo inerme. Pero ya me estaba acostumbrando a las matanzas de los batistianos, también sin explicación, sin motivo. Me llegué a encontrar demasiado civilizado para entender al ejército cubano. Las visitas a decenas de viviendas de madera, igualmente perforadas por las balas; los lamentos de las mujeres y los niños y también de los hombres sorprendidos y golpeados sin que hubiesen podido ejercitar la mínima reacción en defensa de sus hogares, habían ido acelerando en el comandante el estallido de toda su capacidad de reacción. Comprobé en ese momento por qué Fidel Castro destrozado en el desembarco del Granma, hambreado meses enteros ante la indiferencia de campesinos, obligado a la guerra de guerrillas por la falta de armas con qué pelear, seguía creciendo en Cuba, en el continente y en gran parte del mundo. Era imposible desanimarlo. Me tomó del brazo —como era habitual en él— y me separó del grupo que nos acompañaba:

—Me tiene que hacer un favor muy grande, che. Yo no puedo abandonar esta zona porque todavía quedan restos del ejército y mucha gente rebelde por los alrededores, a la que hay que apoyar. Pero vaya usted hasta la planta transmisora e informe de todo esto al pueblo.

—Es que todavía no hice mi reportaje —advertí con alguna vergüenza.

—Le prometo que dentro de cuatro días estaré con usted en la planta. ¿Está conforme con el trato?

—Por supuesto. Pero no me falle, por favor.

—Bueno, che. Te voy a dar un guía para que adelantes todo lo que puedas. Total, una noche más sin dormir no te va a hacer nada.

Como ya estaba acostumbrado a ese tuteo intermitente de Fidel, comprendí que se había recobrado por completo. Que seguía adelante, como siempre. Lo admiré sinceramente, sin que mi obligada objetividad me lo reprochase.

Monté en un *jeep* con Paquito, que ya había llegado al lugar y René Rodríguez, que había comandado una de las patrullas. Detrás venía Fidel con Ochoa, Celia Sánchez y Haydée Santamaría. Teníamos que alejarnos del lugar lo antes posible, para que la presencia de las tropas rebeldes no provocase otro ataque a la población. René iba durmiendo aferrado a su ametralladora. Paquito se empeñaba en encender un cigarro contra el viento y los saltos del vehículo y el chofer me iba indicando la ruta que debía seguir yo cuando llegásemos a destino. Pero de improviso me quedé solo, mirando el reflejo de los faros de un vehículo que ascendía por el otro lado de la loma. Todos habían saltado y ya se estaban escondiendo en la manigua y detrás del edificio de una finca. Pensando en que algo me fallaba, salté yo también y me lancé por debajo del alambrado, pero no pude seguir más. Quedé enganchado de la camisa y con la piel de la espalda ensangrentada. Los focos de un *jeep* estaban clavados en mi zona posterior. Un par de gritos de reconocimiento y todo el mundo a abrazarse. En el vehículo viajaban Duque y algunos oficiales de Paco, que habían seguido a una patrulla del ejército y volvían con todas las armas capturadas. Paquito se preocupó de contarles a todos los que tuvo a mano cómo yo había quedado flameando en el alambre y nadie me pidió permiso para tomarme el pelo.

—Fue por salvar la grabadora —aseguré serio—, si no hubiese saltado por encima del cerco.

Capítulo 10

Durante todo el viaje de retorno a La Mesa nos acompañó buen tiempo, salvo en una sola jornada. La mayor parte del trayecto lo hicimos a pie, sintiéndome yo realmente orgulloso cuando el guía que me había proporcionado Fidel, Mario Hidalgo, un hombrecito encargado de las provisiones y por lo tanto más gordo que los demás, me reprochó el que casi no hiciese altos en el camino. Me iba dando cuenta de que no solo mi estómago, sino mis piernas también se iban acostumbrando a las montañas de Oriente. Mi barba ya había crecido bastante y había concentrado la cantidad de mugre suficiente como para ser confundido sin posibilidad de equivocación, con un soldado rebelde más, contrastando con mi orondo guía, muy limpito y afeitado. Poco a poco fui recorriendo muchos de los bohíos que había dejado atrás cuando iba en busca de Fidel Castro. Fue una grata sorpresa para mí ser reconocido, y aun el que los guajiros recordasen que me gustaba el café sin azúcar ni guarapo. Para algunos —efectos de Radio Bemba— yo era decididamente hermano del Che.

En La Mesa volví a participar de la hospitalidad de Tranquilino y recorrí el hospital y la panadería construidos por los rebeldes, y ya en viaje hacia la planta transmisora, la fábrica de bombas, la zapatería, la talabartería y la chapería, ubicadas todas a gran distancia entre sí como protección contra los bombardeos. Todos esos establecimientos eran creación del Che Guevara y en la fábrica de bombas se construía el ya famoso M-26, proyectil de extraordinario poder, impulsado en dos etapas. Era un cono de cinc grueso, relleno con dinamita y metralla, y que se dispara con un fusil de cañón recortado, montado sobre un trípode. Un segundo antes de ser disparado se enciende una mecha, que hará contacto a 150 metros, lo que proporcionará nuevo impulso al proyectil. De acuerdo al peso del M-26 y al tamaño de la mecha, los rebeldes alcanzan a las posiciones enemigas a grandes distancias y con singular puntería.

Todas las fábricas creadas por el Che, montadas en forma de poder ser desarmadas en minutos, contribuyeron a solucionar dos problemas fundamentales por los que atravesaron los efectivos rebeldes: falta de

alimentos y de equipo e imposibilidad de ocupar a todos los que perseguidos en las ciudades o los pueblos llegaban sin armas hasta sus posiciones.

Cuando llegué a la emisora, Luis Orlando Rodríguez envió un mensaje al Che para anunciarle mis nuevas y el pronto arribo de Fidel. Esa misma noche comencé a transmitir por Radio Rebelde y muy pronto emisoras de Venezuela y México anunciaron que estaban grabando todo lo que yo había informado. Estuve casi toda la noche leyendo crónicas y transmitiendo grabaciones que había efectuado en el campamento y a los prisioneros y los que recibían el material aseguraban que al día siguiente lo pasarían a mi empresa en Buenos Aires. La posibilidad que ofreció una radio de Venezuela, de transmitir en cadena a Argentina, colmaba todo lo que yo había esperado. En un par de días tendría juntos a Fidel Castro y a Ernesto Guevara, los hombres a quien millones de latinoamericanos tendrían interés en formularles las preguntas que yo les iba a hacer.

El relato del combate de El Pozón y el ametrallamiento a Cayo Espino, la nómina de los muertos y heridos de ambos bandos y todas las experiencias que había vivido durante esas semanas en las montañas cubanas eran escuchadas, por supuesto, en toda Cuba. Y luego me enteré que en Norte y Centroamérica, pero nunca llegaron a la Argentina.

Mientras tanto, pegado todo el día y prácticamente toda la noche al transmisor, comprobaba que la huelga general revolucionaria había fracasado en La Habana, lo que significaba una derrota del 26 en toda Cuba. Trataba por todos los medios de informarme del porqué de ese fracaso. De cómo estaba organizado el movimiento obrero cubano y si eran solo el campesinado y los estudiantes los que apoyaban a Castro, ante la indiferencia de los obreros organizados y la clase media. A medida que pasaban las horas sentía mayores deseos de encontrarme nuevamente en Santiago de Cuba y en La Habana para averiguar qué había sucedido.

Fidel no llegó el día en que lo esperaba. En cambio un mensajero me trajo un papel en el que me informaba que se había demorado por el camino por encontrarse enfermo, pero que a pocas horas de donde yo estaba ya podía asegurarme que estaría conmigo al día siguiente. Intensifiqué el anuncio del reportaje a Fidel Castro y a Guevara. Era la primera vez que iban a hablar por radio y las estaciones de varios países y todo Cuba lo esperaba. Yo por mi parte había visto crecer mentalmente mi cuestionario. La huelga general me había proporcionado más puntos que develar. El fracaso me dolía porque era un triunfo de Batista, y me preocupaba porque indicaba una falla que aún no conocía en el 26 de Julio, y quería saber cuál era.

Esa noche llegó Guevara con una sorpresa: traía yerba, mate y bombilla. Y aunque la yerba parecía haber estado guardada en el cajón de un ropero viejo y tenía olor a naftalina, mateamos hasta la madrugada.

El tema de nuestra conversación fue, primordialmente, la huelga general. Guevara no la daba totalmente por perdida, dado que aunque hacía varios días que había sido sofocada en La Habana, en algunos lugares del interior aún los obreros continuaban parados y enfrentando a los guardias, lo que equivalía a combatir.

No quise preguntarle nada acerca de las organizaciones obreras y en especial de la Confederación de Trabajadores de Cuba, salvo quién era Eusebio Mujal, el secretario general de la entidad.

—Junto con Masferrer —dijo— constituyen probablemente los pilares más fuertes con que cuenta Batista en Cuba. Los dos fueron comunistas y actuaron durante la guerra española. Luego traicionaron a su partido y pasaron decididamente a servir al capitalismo hasta que se hicieron millonarios. En la isla hay muy pocos sindicatos organizados realmente, aunque existen más de mil, y los que sí están organizados responden a una dirección que no es la auténtica, porque jamás hay elecciones libres. Y el que encabece un movimiento oposicionista al de los hombres de Mujal se juega la vida.

Pero ese era un terreno que quería transitar yo mismo, y pasamos a otros temas. El que más me interesaba era el de la reforma agraria. Los rebeldes no habían esperado el triunfo de la revolución para concretar muchos de los objetivos que fueron incorporando a su programa, a medida que ganaban posiciones.

Aun con la mochila al hombro fundaron escuelas y dotaron a los sesenta mil campesinos de un régimen judicial que resolviese los pleitos que antes se dirimían únicamente a machete. Y llevaron a cabo la reforma agraria, habiendo entregado grandes extensiones de tierras que pertenecían al fisco, a los campesinos que las trabajaban.

—¿Qué sistema emplearon para concretar la reforma?

—En realidad —contestó Guevara— no podríamos hablar de un sistema ortodoxo, sino sencillamente de una reglamentación exenta de manejos burocráticos. Calculamos mediante un censo la cantidad de terreno necesario para el sostén de una familia con dos, cuatro o más hijos, guardando una proporción que se respeta en todos los casos, y se la entregamos previa escrituración ante el auditor del Ejército Rebelde. Le indicamos además qué

cultivos resultan más aptos para su tierra y hasta le damos las semillas y toda la ayuda técnica necesaria.

—¿Hasta ahora todas las tierras entregadas son del fisco?

—Salvo en un caso sí. La excepción la constituyó un alto funcionario de Batista, cuyo mayoral entregaba frutas, verduras y carne a los guardias e impedía aprovisionarse a los mismos campesinos que trabajaban en la finca. Expropiamos el campo y lo distribuimos a razón de dos caballería, unas veintiséis hectáreas, por cada familia. Lo mismo hicimos con los animales, cuidando que las familias con niños reciban vacas lecheras, las que en ningún concepto pueden ser muertas. Precisamente para cubrirnos ante cualquier accidente provocado por algún guajiro con ganas de comerse un asado —dijo riendo— le entregamos esas vacas en custodia y se comprometen a no darles muerte ni a comer su carne si el animal muere en un accidente. El contrato que firman y que leen o se les lee al hacerse cargo de las bestias, establece las penalidades para los que no lo cumplan.

Como me interesé mucho por el documento, Guevara mandó a buscar una copia. Estaba impresa en mimeógrafo y decía:

> Conste por el presente documento que de una parte el doctor Humberto Sorí Marín, a nombre del Ejército Revolucionario 26 de Julio, y de la otra parte el señor __________ vecino de __________ acuerdan lo siguiente: Primero: El doctor Sorí Marín, con la representación que ostenta, entrega en este acto a la otra parte, en calidad de usufructo, una vaca lechera con su cría, que pasará a ser de su propiedad una vez que termine la lucha armada contra la dictadura, de conformidad con las siguientes obligaciones. Segundo: Si por causa de accidente o enfermedad hubiera necesidad de sacrificar la vaca o su cría, en manera alguna podrá ser vendida ni consumida. Si fuere vendido o consumido cualquiera de dichos animales accidentados, dará lugar a la sanción establecida en el punto cuarto. Esta medida se adopta para evitar que so pretexto de accidentes sean consumidas las reses que se entregan para leche. Tercero: De todo accidente o animal se informará directamente al Comité de Barrio. Cuarto: Tanto el que venda cualquier res, como el que la mate para consumirla, será sancionado con la pérdida de los derechos sobre la tierra poseída. Esta medida se aplicará inflexiblemente. Y para su debida constancia y cumplimiento, ambas partes suscriben dos ejemplares de este documento a un solo tenor o igual efecto en la Sierra Maestra a los _____ días del mes de _________ de 19__.

Cuando leí Comité de Barrio recordé al grupo de guajiros encargado de matar las reses para el reparto. De la inmensa zona que abarca el «barrio» en la cordillera de la Maestra, llegaban cada tres o cuatro días de acuerdo a la matanza, hombres y mujeres que recorrían leguas a pie para ir a buscar la cantidad de carne que les correspondía. Eran los hombres y mujeres que habían nacido y crecido, trabajando la zona más rica de Cuba, y muchos de

ellos hicieron su debut ante un bistec vacuno cuando comenzó la distribución de carne por parte de los rebeldes.

Al dorso del papel mimeografiado decía:

> Condiciones que deberán tener en cuenta las personas que a nombre del Ejército Revolucionario 26 de Julio, realicen las entregas a los jefes de familia: Conocido en cada zona o barrio el número total de personas que viven en cada casa y en esta, el número de niños menores de siete años, así como la cantidad de terreno que ocupa, y la de café que recoge, se repartirán las reses entre aquellos jefes de familia que no tengan vacas ni hubieren recibido ninguna del Ejército Revolucionario, y observando rigurosamente el siguiente orden de preferencia. Primero: En primer término se entregará a los jefes de familia que careciendo de los medios económicos para comprar una vaca, tuvieren el mayor número de niños viviendo en su casa, menores de siete años. Segundo: En segundo lugar se entregarán a quienes teniendo una situación económica regular, atienden a la subsistencia de niños menores de siete años que convivan con él. Tercero: En tercer lugar, a los que careciendo de medios económicos para adquirir una vaca tuvieren niños menores de doce años. En ese caso, como en los dos anteriores, serán preferidos aquellos padres de familia que mayor diligencia observen en el cuidado de su familia y de la finca que trabajan. Cuarto: Una vez repartidas vacas entre todas las familias comprendidas en los apartados anteriores, las sobrantes se distribuirán entre las familias pobres, con hijos o con personas que dependan del jefe de familia. Quinto: Y por último, las que quedaren, se entregarán a las familias pobres, tengan o no hijos, prefiriendo las que mayor diligencia hubiesen demostrado en el cuidado de la familia y de la finca. Sexto: De estos contratos se firmarán dos, entregándose uno a los que reciben la vaca y el otro, ambos firmados por las dos partes, se remitirá al Auditor General. Cuando no se sepa firmar, otra persona lo hará en nombre del contratante, o estampará las huellas digitales en el lugar de la firma.

Cuando terminé la lectura vi que Guevara ya se había tirado en su hamaca. Yo hice lo mismo y encendí un tabaco. De aquel contrato y de las instrucciones para llevarlo a cabo se desprendía algo sólido, macizo ya construido para siempre. Tuve la convicción de que el guajiro, que nunca había extraído de la tierra todo lo que esta estaba dispuesta a darle porque no sabía si el fruto de su semilla iba a ser recogido por otro, no iba a permitir nunca jamás que le quitasen lo que le habían dado. Lo que se ganaba diariamente sembrando de noche, para evitar la metralla de los aviones. Lo que permitía a los últimos de sus hijos alimentarse como no habían podido hacerlo los primeros.

—Che —llamé a Guevara susurrando para no despertar a los que habían colgado su hamaca cerca de nosotros—. ¿Cómo surgieron todas estas cosas? ¿Ya habían planificado la acción antes de desembarcar?

—Mucho de lo que estamos haciendo ni lo habíamos soñado. Podría decirse que nos hemos formado revolucionarios en la revolución. Vinimos a voltear a un tirano, pero nos encontramos que esta enorme zona campesina, en donde se va prolongando nuestra lucha, es la más necesitada de liberación

de toda Cuba. Y sin atenernos a dogmas y a una ortodoxia inflexible y prefijada, le hemos brindado, no el apoyo neutro y declamatorio de muchas revoluciones, sino una ayuda efectiva. No luchamos para ellos en un futuro. Luchamos por ellos ahora. Y consideramos que cada metro de sierra que es nuestro, es más de ellos. Y que, por lo tanto, nada debe demorarles una vida mejor, dado que para el campesinado la revolución ya ha triunfado plenamente.

No le contesté. Preferí pensar. En la Sierra la revolución ya había triunfado y era inamovible. Era verdad. ¿Pero en las ciudades? ¿Por qué había fracasado la huelga general? Creo que me dormí con ese pensamiento, porque fue el primero que vino a mi mente al despertar. Me sentí un poco descompuesto y añoré la revista Bohemia que me había cubierto tantas veces la espalda y el estómago. Tendré que procurarme otro ejemplar. El café caliente me compuso y me quitó el frío. Aún no habíamos terminado de tomarlo, cuando varios soldados rebeldes anunciaron a gritos la llegada del comandante. Salimos a recibirlo.

Fidel venía a pie, con su enorme mochila cargada de libros, documentos políticos y chorizos colorados. Saludó a Guevara con un abrazo y a mí me tendió las dos manos.

—Perdóneme, che. Pero tengo una hernia que de vez en cuando se le da por ponerse pesada. Y ayer tuve que descansar.

—¿Y por qué no vino en mulo?

Fidel rio con orgullo y pesar a la vez:

—No hay en toda la Sierra Maestra un solo mulo que suba una cuesta conmigo encima.

En esos días los ataques de la aviación a las poblaciones campesinas habían recrudecido y las noticias de incendios provocados por las bombas de Napalm llegaban con cada mensajero. Los aviones de Batista se aprovisionaban en las bases norteamericanas de Caimanera y Guantánamo y el material bélico que el Departamento enviaba al gobierno cubano, llegaba en todos los buques procedentes de Puerto Somoza y la República Dominicana.

En La Habana, el jefe de la misión aeronáutica de la Unión, había agasajado con un vino de honor al jefe de la aviación batistiana, Tabernilla, y los vecinos de Marianao que vivían en las cercanías del aeropuerto enviaban noticias de que los aviadores norteamericanos montaban todas las mañanas en los cazas y los bombarderos a reacción que partían rumbo a Oriente, mientras

que los cubanos ocupaban máquinas de la Cubana de Aviación y su misión era simplemente observar las exhibiciones de los «instructores» yanquis.

El paso de Fidel por una zona que hacía mucho tiempo no recorría, estuvo jalonado de noticias desagradables. Los campesinos ya no podían aprovisionarse en ningún pueblo, puesto que si bajaban, eran capturados por los guardias y fusilados. Mientras el comandante informaba a los locutores de la emisora de los nuevos asesinatos batistianos contra la población civil, para redactar luego el boletín de Radio Rebelde, un soldado vestido de guajiro que había logrado bajar hasta Las Minas, sede del feroz Sánchez Mosquera, anunció que había sido muerto un bodeguero, por haber vendido a una muchacha una rueda de tabacos, cantidad que los guardias consideraron excesiva. De la compradora, Delia Rodríguez, no se tenían noticias y había sido vista por última vez cuando la llevaban en un *jeep* al cuartel.

Las radios de toda Cuba indicaban ya con certeza que nada había que esperar de la huelgo general. En La Habana se había limitado a un cierre total de unas pocas horas y a la masacre de más de cincuenta miembros del 26 de Julio. En las demás ciudades, la huelga se había mantenido hasta tres días, pero en vista del fracaso de la capital, hubo que levantar el movimiento. La represión que seguía en esos momentos, respondía a la invariable crueldad del ejército y la policía de Batista. Los muertos mutilados aparecían todas las madrugadas y una ola de terror impulsó a muchos de los que habían tenido contacto con los organizadores de la huelga a huir a las montañas o al exterior.

La radio anunciaba casi sin interrupción la cantidad de muertos que habían sido llevados al cementerio de La Habana. «Cadáveres sin identificar» que permanecieron varios días expuestos al aire libre, como para que su olor terminase por aterrorizar a los que aún no lo estaban.

Toda la mañana, mientras Fidel preparaba su discurso de la tarde, permanecimos con Guevara y los oficiales que habían llegado para conversar con Fidel, pegados al receptor. Los periodistas norteamericanos que habían llegado para fotografiar masacres, con sus cámaras satisfechas, asistieron a una recepción oficial que les ofreció Batista, para informarles, entre cigarros y *whisky*, que el gobierno dominaba perfectamente la situación y que en las montañas «los últimos grupos de forajidos están siendo abatidos». El *whisky* les hizo olvidar a esos colegas yanquis, presentar su clásica protesta porque el día anterior, cuando se daba sepultura a tres dirigentes de las Juventudes Católicas, la policía había golpeado a varios y roto sus cámaras. Gajes del oficio que el *whisky* lava.

Convinimos con el Comandante que esa misma tarde realizaríamos los reportajes para la Argentina. Las emisoras que iban a grabar y a enviar luego por aire la audición, ya estaban avisadas, especialmente una de Venezuela.

Después del almuerzo —un plato de arroz blanco y un vaso de agua— preparé mi grabadora. Como sabía que el reportaje iba a ser largo, le pedí a Paquito, que había llegado con Fidel, que atendiese el aparato mientras ambos conversábamos. En medio de gran cantidad de soldados y de sus oficiales, Castro escuchaba atentamente la presentación que estaba haciendo ante el pequeño micrófono. No habíamos convenido previamente el cuestionario y él, que lo había advertido, disimuló, tomándolo como un desafío. Las preguntas y respuestas iban conformando la historia del 26 de Julio. El golpe de Estado de Batista del 10 de marzo de 1952, unos días antes de que Prío Socarrás hiciese el único acto digno de su gobierno, dar elecciones libre; la asunción del poder por Batista, sin que nadie se opusiese, salvo la juventud que estuvo revolviéndose en las calles, pero que no se contentó con llorar, sino que se lanzó a la lucha, tras el líder juvenil que nunca los había defraudado, el abogado Fidel Castro. En la madrugada del 26 de julio de 1953, un grupo de hombres asaltó la fortaleza del Moncada, en Santiago de Cuba, conmoviendo no solo a la isla, sino al continente. Demostrando que en la Cuba de Batista quedaban aún reservas, pese al río de sangre y de ideales que anegaban las alcantarillas de la perla antillana. Muchos murieron en el ataque. Otros fueron prisioneros: Fidel Castro, su hermano Raúl, Almeida, Ramiro Valdéz, Luis Crespo… la mayoría de los que ahora eran sus comandantes. Todos fueron condenados a largas penas en el Castillo del Príncipe primero, y en la Isla de Pinos después. Pero antes de la condena, nuevamente los cubanos se conmovieron y comprendieron que ya había surgido el líder de la lucha contra el tirano, al escuchar con asombro, entusiasmo y fervor a la vez, el alegato de autodefensa de Fidel Castro.

> Nunca un abogado ha tenido que ejercer su oficio en tan difíciles condiciones; nunca contra un acusado se había cometido tal cúmulo de abrumadoras irregularidades. Uno y otro, son, en este caso, una misma persona. Como abogado no ha podido ni tan siquiera ver el sumario, y como acusado, hace hoy setenta y seis días que está encerrado en una celda solitaria total y absolutamente incomunicado, por encima de todas las prescripciones humanas y legales. Quien está hablando aborrece con toda su alma la vanidad pueril y no están ni su ánimo ni su temperamento, para poses de tribuno ni sensacionalismos de

> ninguna índole. Si he tenido que asumir mi propia defensa ante este Tribunal, se debe a dos motivos. Uno: porque prácticamente se me privó de ella por completo. Otro: porque solo quien haya sido herido tan hondo y haya visto tan desamparada la Patria y envilecida la justicia, puede hablar en una ocasión como esta, con palabras que sean sangre del corazón y entrañas de la verdad.

El juicio a los revolucionario del Moncada que habían sobrevivido a las torturas se llevaba a cabo en una pequeña pieza de un hospital, pero las palabras que Castro fue pronunciando durante horas, llegaban al pueblo como un chorro refrescante que lavaba las heridas de la batalla perdida y preparaba para el embate venidero.

El joven abogado fue narrando todas las alternativas del ataque al Moncada, hasta el momento en que se convenció de que la empresa había fracasado.

> Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran ya inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar nuestros hombres en grupos de ocho y de diez. La retirada fue protegida por seis francotiradores, que al mando de Pedro Miret y de Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al ejército. Nuestros muertos fueron producto de la crueldad y de la inhumanidad, cuando aquella hubo cesado. El grupo del Hospital Civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única salida del edificio y solo depusieron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escarmentar Batista, la rebeldía y el heroísmo de nuestra juventud. Quiero hacer constar dos cosas importantes para que se juzgue serenamente nuestra actitud. Primero: pudimos haber facilitado la toma del regimiento, deteniendo simplemente a todos los altos oficiales en sus residencias, posibilidad que fue rechazada por la consideración muy humana de evitar escenas de tragedia y de lucha en las casas de familia. Segundo: se acordó no tomar ninguna estación de radio hasta tanto no

> estuviese asegurado el regimiento. Esta actitud nuestra le ahorró a la ciudadanía un río de sangre.

Los jueces miraban en silencio y sin gestos al que hablaba y gesticulaba con vehemencia. Hablaba de lo que hubiese hecho el gobierno revolucionario de haber triunfado el movimiento.

> El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados los seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestras fuerzas junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política. El porvenir de la Nación y la solución de sus problemas no pueden seguir dependiendo del interés egoísta de una docena de financieros, de los fríos cálculos sobre ganancias que tracen en sus despachos de aire acondicionado diez o doce magnates. El país no puede seguir de rodillas implorando los milagros de unos cuantos becerros de oro que, como aquel del antiguo testamento que derribó la ira del profeta, no hacen milagros de ninguna clase. Los problemas de la república solo tienen solución si nos dedicamos a luchar por ella con la misma energía, honradez y patriotismo que invirtieron nuestros libertadores en crearla. Y no es con estadistas al estilo de Carlos Saládrigas, cuyo estadismo consiste en dejarlo todo como está y pasarse la vida farfullando sandeces sobre la «libertad absoluta de empresa», las «garantías al capital de inversión» y la «ley de la oferta y la demanda», como habrán de resolverse tales problemas. En su palacete de la Quinta Avenida, estos ministros pueden charlar alegremente hasta que no quede ya ni el polvo de los huesos de los que hoy reclaman soluciones urgentes. Y en el mundo actual, ningún problema social se resuelve por generación espontánea.

Y retomando el relato del golpe contra el Moncada afirmó después:

> Los escasos medios materiales con que hubimos de contar impidieron el éxito seguro. A los soldados les dijeron que Prío nos había dado un millón de pesos, querían desvirtuar el hecho

> más grave para ellos: que nuestro movimiento no tenía relación alguna con el pasado; que era una nueva generación cubana, con sus propias ideas, la que se erguía contra la tiranía, de jóvenes que no tenían apenas siete años, cuando Batista comenzó a cometer sus primeros crímenes en 1934. […] Los políticos se gastan en sus campañas millones de pesos sobornando conciencias, y un puñado de cubanos que quisieron salvar el honor de la patria tuvo que venir a afrontar la muerte con las manos vacías por falta de recursos. Eso explica que al país le hayan gobernado hasta ahora, no hombres generosos y abnegados, sino el bajo mundo de la politiquería y el hampa de nuestra vida pública.

Relató luego a los jueces la ferocidad con que habían torturado y dado muerte a gran parte de sus compañeros. En medio de la tortura les ofrecían la vida si traicionaban su posición ideológica y se prestaban a declarar falsamente que Prío les había dado el dinero, y como ellos rechazaban indignados la proposición, continuaban torturándolos horriblemente. Les trituraron los testículos y les arrancaron los ojos, pero ninguno claudicó, ni se oyó un lamento ni una súplica; aun cuando les habían privado de sus órganos viriles, seguían siendo mil veces más hombres que todos sus verdugos juntos. Las fotografías no mienten y esos cadáveres aparecen destrozados. Ensayaron otros medios: no podían con el valor de los hombres y probaron con el valor de las mujeres. Con un ojo humano ensangrentado en las manos se presentó un sargento y varios hombres en el calabozo donde se encontraban Melba Hernández y Haydée Santamaría y dirigiéndose a la última, mostrando el ojo, le dijeron: «este es de tu hermano; si tú no dices lo que no quiere decir, le arrancaremos el otro». Ella, que quería a su valiente hermano por encima de todo, le contestó llena de dignidad: «si ustedes le arrancaron un ojo y no quiso decirlo, mucho menos lo diré yo».

Siguió luego Castro reclamando a los jueces por sus compañeros asesinados:

> Señores magistrados, ¿dónde están nuestros compañeros detenidos los días 26, 27, 28 y 29 de julio, que, se sabe, pasaban de sesenta en la zona de Santiago de Cuba? ¿Dónde están nuestros compañeros heridos? Solamente cinco han aparecido. Al resto lo asesinaron también. Las cifras son irrebatibles. Por aquí en cambio han desfilado veinte militares prisioneros

> nuestros y que según sus propias palabras no recibieron ni una ofensa. Por aquí han desfilado treinta heridos del Ejército, muchos de ellos en combates callejeros, y ninguno fue rematado. Si el ejército tuvo diecinueve muertos y treinta heridos, ¿cómo es posible que nosotros hayamos tenido ochenta muertos y cinco heridos? ¿Quién vio nunca combate con veintiún muertos y ningún herido, como los famosos de Pérez Chaumon?… ¿Cómo puede explicarse la fabulosa proporción de dieciséis muertos por cada herido, si no es rematando a estos en los mismos hospitales y asesinando después a los indefensos prisioneros? No hay réplica posible. Es una vergüenza y un deshonor haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes; hay que matar diez prisioneros por cada soldado muerto. Este es el concepto que tienen del honor los cabos furrieles ascendidos a generales el 10 de marzo.

El joven jefe de la rebelión popular se dirigió luego directamente a los magistrados, señalándoles la paradoja de que se encontrasen enjuiciando al que cumplía con el precepto constitucional de alzarse contra quienes por la violencia tratasen de alterarla o alterar la forma de gobierno establecida, y en cambio se inclinasen ante el que burló la constitución del principio al fin, derrocando al gobierno e impidiendo las elecciones generales.

> Cuba está sufriendo un cruel e ignominioso despotismo y vosotros no ignoráis que la resistencia frente al despotismo es legítima; este es un principio universalmente conocido y nuestra constitución lo consagró en el párrafo segundo del artículo cuarenta.

Pero así como el fiscal no se molestó en argumentar su pedido de reclusión por veintiséis años del acusado, tampoco los magistrados se alteraron por el alegato del defensoracusado. Y ello provocó aquel final que todo cubano conoce de memoria.

> En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruin y cobarde ensañamiento, pero no le temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. Condenadme, no importa, la historia me absolverá.

Y después el destierro Batista, seguro en la fortaleza de Columbia, tan mimado de los Estados Unidos como Trujillo y Tacho Somoza, no podía imaginar que ese grupo de muchachos que alborotaban Isla de Pinos pudiesen crear un serio problema. Y no se opuso al cambio de la cárcel por la expatriación, que la presión popular exigía.

Desde el mismo momento en que Fidel Castro y sus compañeros abandonaron Cuba, planearon el retorno. Estados Unidos, Guatemala, México los vieron andar en busca de armas, en busca de balas, en busca de dinero para su expedición. Pero pasaba el tiempo y solo los jóvenes los recordaban en Cuba.

Los viejos políticos opuestos a Batista realizaban mítines y pronunciaban discursos y lloraban su desgracia. Pero no luchaban. Y el pueblo, desesperanzado, parecía resignado al destino que le había fijado la deshonestidad de casi todos sus presidentes. Era necesario sacudirlo, despabilarlo. Alimentar su fe con la eucaristía de las actitudes nobles y trágicas que a través de la hermosa y dolorosa historia cubana, fueron entregando sus auténticos hombres líderes. Despertarlo con otro aldabonazo como el de Eduardo Chibás que se quitó la vida ante el micrófono por el que había denunciado la deshonestidad oficial, creyendo que el estampido del balazo con que perforaba las entrañas iba a ser el último. O el primero de miles. Pero de la postrera etapa del drama cubano.

Y fue por eso mismo, por ser discípulo de esa escuela, que Fidel Castro quiso demostrar a su pueblo que cumpliría su palabra aunque le costase la vida, lanzando su temerario: «En el ´56, seremos libres o seremos mártires».

Todo ese año, los diarios batistianos comentaron risueñamente el paso de las semanas y los meses y la audaz promesa de castro. Hasta hubo una que publicaba un calendario en el que iba tachando los días que restaban al expatriado, para volver a Cuba, cumpliendo su promesa.

El 21 de diciembre, el calendario dejó de aparecer. Castro había cumplido y de inmediato quedó ungido por su pueblo, líder de la nueva lucha. El amor a la libertad del pueblo cubano era demasiado grande como para que las frustraciones de Grau San Martín o de Prío Socarrás, le impidiesen volver a creer.

Siguió en el reportaje el relato de la odisea por las montañas, sin armas ni alimentos, de ese ejército de doce barbudos sucios y hambrientos. Los primeros encuentros en busca de fusiles y parque y el crecimiento de la tropa rebelde hasta convertirse en un ejército de miles de hombres. El Movimiento también había crecido en las ciudades y toda la oposición, si bien existían

otros grupos antibatistianos, se canalizaba por el 26 de Julio. Muy pronto las colectas populares proporcionaron suficiente dinero como para comprar mercancías y en todos los puntos de la isla, las tiendas quedaron vacías de tricotas, medias de lana, lona para hamacas, tela para uniformes y brazaletes, nylon para protegerse de la lluvia y la humedad del bosque. Las empleadas de los comercios comprendían instintivamente qué destino se iba a dar a esos elementos, y con toda discreción no vendían a veces la calidad de la ropa que se les pedía, sino inferior, pero más adecuada para el monte. Un enjambre de mujeres y hombres asaltó las tiendas y las farmacias a la llegada del invierno y hubo muchachos que viajaron a Oriente hasta con seis camisetas y seis calzoncillos, con el calor del llano cubano, para poder transportar esa ropa sin avisar sospechas. La isla despertaba.

Todo el aspecto histórico y anecdótico que me interesaba conocer, acerca del Movimiento de Castro, ya estaba grabado. Pero aún quedaban muchas preguntas por hacer:

—¿Desde que comenzó la lucha armada en gran escala, no hubo ofrecimiento de paz, especialmente del lado de la Iglesia?

—El episcopado hizo, efectivamente, un llamamiento a la concordia, por medio de una pastoral.

Yo recordaba esa pastoral. Había logrado conseguir el texto de la misma y lo tenía en una de las casas en donde había estado refugiado en Santiago de Cuba.

Después de haberlo leído, me hice la misma pregunta que se había hecho Castro.

—Los obispos —manifestó— en su exhortación decían, al final: «Guiados pues por estos motivos, exhortamos a todos los que hoy militan en campos antagónicos, a que cesen en el uso de la violencia, y a que, puestos los ojos única y exclusivamente en el bien común, busquen cuanto antes las soluciones eficaces que pueden traer de nuevo a nuestra patria la paz material y moral que tanta falta le hace. A ese fin, no dudamos que quienes de veras amen a Cuba, sabrán acreditarse ante Dios y ante la historia, no negándose a ningún sacrificio, a fin de lograr el establecimiento de un gobierno de unión nacional, que pudiera preparar el retorno de nuestra patria, a una vida política pacífica y normal».

Me quedó la duda, de qué entendían los obispos por «gobierno de unión nacional». Y si creían que se podría lograr esa unión nacional con Batista en el poder. Por eso hice llegar al pueblo, una carta abierta a la Jerarquía, invitándolos a que definiesen esos puntos. Batista por su parte, aplaudió la

pastoral y se dispuso a cambiar a todo su gabinete, pero quedándose él, por supuesto. Y cuando parecía que grupos católicos y muchos párrocos iban a contestar por su cuenta a mi pregunta el gobierno suspendió las garantías individuales e implantó férrea censura de prensa.

Dos sacerdotes de Santiago, alcanzaron a hacer circular un folleto titulado «El documento es claro», en el que definían: «El gobierno propuesto por los Jerarcas Católicos, como solución eficaz al problema cubano, es efectivamente un gobierno nuevo y no una simple remoción del gabinete, que en nuestro sistema semiparlamentario depende exclusivamente del Presidente de la República y goza de muy poca personalidad jurídica, en los pasos trascendentes de conducir al Estado cubano hacia la normalidad constitucional».

—Pero eso —siguió diciendo Castro— lo dijeron dos sacerdotes y lo pensaron probablemente todos, pero la jerarquía eclesiástica no hizo ninguna aclaración más sobre su Pastoral. Esa fue la única gestión y quedó —evidentemente— en punto muerto.

Me di por satisfecho, y volví a la carga con otro tema:

—¿El 26 de Julio es solo un movimiento revolucionario que considerará cumplida su misión con el derrocamiento de Batista y su régimen, o tiene proyectado constituirse en un partido político con aspiraciones a la conducción del país?

—El Movimiento 26 de Julio —expresó Castro decididamente— piensa luchar cívicamente y en elecciones limpias, por llegar al poder. Queremos constituirnos en partido político, porque entendemos que el derrocamiento de Batista no configurará nada más que un hecho o un punto de partida para la verdadera realización de la obra revolucionaria. Pero será el pueblo el que decidirá si los que sabemos luchar con el fusil estamos capacitados también para la lucha política en su favor.

—¿Y no hay los denominados «políticos tradicionales» en las filas del 26?

—De ninguna manera. Este es un movimiento nuevo y para gente nueva. Por supuesto que aceptaremos en nuestras filas a todas las personas honestas que quieran acompañarnos en nuestra empresa. Pero esos no son precisamente los que usted califica de «políticos tradicionales».

—¿Y cuáles serían las principales obras que el Movimiento 26 de Julio realizaría, estando en el poder?

—Mucho de lo que haríamos si llegásemos al poder, ya lo estamos haciendo aquí en las montañas. Quizás lo primero sería concretar y llevar a todo el país la reforma agraria. Pero en Cuba está prácticamente todo por

hacer, pese a su riqueza. La Habana es una ciudad moderna, con enormes edificios y extraordinario lujo. Pero usted habrá visto lo que es el resto de Cuba. Lo que es esta enorme extensión de las montañas, en donde prácticamente no existen caminos, donde los campesinos que recogen con su esfuerzo su producción, no tienen cómo hacerla llegar a los mercados. Las reservas cubanas de minerales y petróleo son enormes. Sin embargo no se explotan. Y las que son explotadas rinden únicamente para el capital extranjero, sin dejar ningún beneficio a los cubanos. Muchos yacimientos descubiertos han sido denunciados y abandonados, conservándolos para un futuro que será muy lejano para los norteamericanos pero que debía ser presente para Cuba, que los necesita. Sería prácticamente imposible enumerar en este reportaje, las obras urgentes que habría que realizar en la isla.

Le hice algunas preguntas sobre las acciones militares de esos días y ya en ese terreno dije:

—¿Considera que la ayuda militar de los Estados Unidos a Batista es decisiva para la prolongación de su permanencia en el poder?

—Por supuesto que sí. Batista recibe ayuda constantemente de los Estados Unidos, directamente de la Unión y por medio de Trujillo y de Somoza. Especialmente en los últimos tiempos, cuando varios representantes reclamaron en Washington porque al amparo del convenio de ayuda mutua entre Norteamérica y Cuba, el gobierno yanqui enviaba armamentos para masacrar a la población cubana. Batista y Trujillo, que se odiaron a muerte, comenzaron insólitamente una enternecedora amistad, bajo la tutela del Tío Sam, y desde ese entonces, la mayor cantidad de tanques y armas y municiones de todo tipo, proceden de la República Dominicana. Las bombas que nos arrojan constantemente los aviones usted habrá visto las que ha visto, las que a veces no estallan, son de fabricación norteamericana, así como las bombas Napalm con que están incendiando enormes zonas de la Maestra, arrasando con cientos de familias campesinas que, muchas de ellas, jamás en su vida han tenido contacto con un rebelde. Hace poco llegaron a la base norteamericana de Guantánamo trescientos cohetes que iban a ser entregados a los aviadores batistianos. Pero como nuestros representantes en los Estados Unidos denunciaron la maniobra, la operación se paralizó. No obstante, estoy seguro que esos cohetes serán tirados contra los cubanos, porque llegarán desde los puertos de Trujillo o de Somoza. Lo más absurdo y cruel de esta guerra, es el asesinato diario de decenas de campesinos por los ataques aéreos. Ningún soldado rebelde ha caído víctima de la metralla aérea o de las bombas. En cambio, usted lo pudo apreciar las otras noches en Cayo Espino,

son desdichadamente mujeres y niños, los menos capaces de protegerse, quienes mueren acribillados por las balas que caen desde el aire sin discriminación. El antiyanquismo es cada día más profundo entre los cubanos, que jamás supieron odiar. Pero eso no se debe al supuesto avance del comunismo, como no se cansan de decir Batista, Trujillo y Somoza para asustar a Foster Dulles. Se debe sencillamente a que cada día mueren más cubanos atravesados por las balas norteamericanas.

Mi última pregunta a Fidel Castro, en ese reportaje que grabábamos entre la atención fervorosa y vigilante de decenas de rebeldes, fue más bien una adivinanza.

—¿Cuándo cree usted que terminará esta guerra?

—Es imposible predecirlo. Puede durar días, meses o años. Lo que sí puedo decir es que solo terminará con la derrota total de la tiranía o con la vida del último rebelde. No tenemos armas, como usted lo habrá podido apreciar, y nos vemos obligados a rechazar a miles de hombres porque no podemos armarlos. Pero menos teníamos antes, cuando éramos doce barbudos hambrientos con siete fusiles, recorriendo las montañas. Poseíamos, en cambio, lo que los soldados de Batista nunca tuvieron: un ideal por el que luchar.

Ese reportaje se transmitió casi inmediatamente. Decenas de radioaficionados de distintos países estaban listos con sus grabadores para retransmitirlo luego. Y toda Cuba escuchaba por primera vez la voz del Comandante en Jefe del ejército rebelde, directamente desde las montañas de Oriente. Por supuesto, a mí quien me interesaba que escuchase era mi emisora. Desde Venezuela me aseguraron que habían captado perfectamente y que en Argentina recibieron la retransmisión sin inconvenientes.

Mientras el reportaje se iba desenvolviendo en la grabadora, Fidel Castro lo escuchaba de pie, fumando su infaltable tabaco y concentrándose únicamente en las voces que salían del transmisor.

Guevara pitaba tranquilamente sentado en un tronco y todos los demás, comandantes, capitanes, tenientes y soldados se agitaban nerviosos como en un debut. Llibre se acercó para preguntarme si estaba conforme con el trabajo y si las contestaciones de Fidel me habían satisfecho. Para hacerle una broma le dije que no y la decepción casi lo descompone. Iba a seguir argumentando, pero el comandante lo hizo callar con un gesto.

Esa noche permanecía hasta cerca de las cuatro escuchando radios de distintos países que reproducían el reportaje. Algunas no pude identificarlas, pero recuerdo a Radio Continente de Caracas y Radio Caracol de Colombia.

Me dormí inquieto, sin estar completamente seguro de que en Argentina habían recibido mi trabajo, que era aprovechado por casi toda Centroamérica.

A la mañana siguiente reporteé a Guevara. Y mi primera pregunta fue la misma que cuando lo había visto por primera vez.

—¿Por qué está aquí, doctor Guevara?

La respuesta fue pronunciada con la calma con que había sido dada anteriormente y con una tonada indefinida.

Estábamos ya por concluir el reportaje, cuando cuatro aparatos a reacción comenzaron a sobrevolar la planta transmisora en donde nos encontrábamos y corrimos todos hacia el refugio antiaéreo.

El avión «chivato» de la Cubana se mantenía volando en círculos, como ya era habitual, mientras que los cuatro aviones lanzaban metralla en cada pasaje.

—¡Qué lástima perder este sonido de fondo! —le dije a Guevara realmente dolorido.

—¿Y tu grabadora no es portátil?

—Sí.

—Entonces no necesitamos que funcione la planta.

—¡Vamos! —grité, arrastrándome loma arriba hasta entrar en el bohío donde estaba instalada la transmisora.

Los aviones seguían tirando y el ruido de sus motores y de las descargas era impresionante.

Aceleré mis preguntas hasta llegar al porqué de los bombardeos a los campesinos. Segundos después de terminado el ataque comenzamos a irradiar el reportaje.

Pero el riesgo que habíamos corrido fue inútil. La interferencia que colocaba encima de nuestra onda el servicio de informaciones de Batista apenas permitió escuchar las voces y no se distinguían los bombazos ni la metralla. Guevara se rio toda la mañana de mi intento.

A mediodía constaté nuevamente si los radioaficionados amigos habían logrado grabar el reportaje al Che y como obtuve respuesta satisfactoria, decidí el retorno. Estaba impaciente por llegar a Santiago de Cuba y en especial a La Habana, para enterarme del porqué del fracaso de la huelga general.

Paquito, que no había conseguido aún filmar su famoso combate con luz de día, convino en viajar conmigo. Las cámaras y las películas quedaban en la Sierra e iban a ser llevadas a la capital por un mensajero.

No queríamos que si nos sucedía algo, perdiésemos nuestro material. Mi grabadora la doné a la Planta.

De Fidel me despedía con un apretón de manos y del Che con un «chau». Todos los demás, a quienes había conocido y de quienes me sentía realmente amigo, fueron cordialísimos en la despedida.

Debíamos viajar por una ruta sumamente peligrosa de noche y por el llano. Después de varias horas de mulo, aguardamos a que bajara el sol para comenzar el itinerario a pie. Nuestro guía era un muchacho muy conocedor de la región y dotado de la prudencia que solo da el jugarse la vida diariamente.

Tenía un nombre bíblico: Isaías.

—Como el apóstol —me dijo al presentarse.

Yo hice memoria, pero como San Pedro tuvo muchos amigos, pudiera ser que el muchacho tuviese razón.

Atravesamos durante horas campos de un pasto alto que nos llegaba hasta la cintura. No debíamos fumar ni hablar y ocultamos todo lo que pudiese ser notado en la oscuridad. Paquito, su sombrero de yarey, Isaías, el pañuelo blanco que llevaba en el cuello, y yo mi reloj pulsera con esfera luminosa.

Un solo bohío encontramos en todo el trayecto. Dos hombres de color nos indicaron que los guardias habían estado por ahí hacía unas horas. Uno de ellos se ofreció a «sacarnos» por detrás de unas lomas en donde era difícil que estuviesen acampados los batistianos. Pese al frío, se quitó la camisa blanca y se quedó en cuero. A lo lejos se divisaba el eterno espectáculo de las noches en Oriente: docenas de incendios.

Cuando Isaías creyó reconocer la ruta, el moreno nos deseó murmurando buen viaje y desapareció.

—Dentro de una hora vamos a atravesar la carretera Bayazo Manzanillo y seguir hasta El Dorado. Tenemos el tiempo justo, antes de que se haga de día. Habíamos estado caminando nueve horas. Pero no nos sentimos cansados, luego del entrenamiento de las montañas. Cuando llegamos cerca de la carretera, nos pegamos al suelo para atravesar una alambrada.

—Si se llega a mover —advirtió Isaías— los guardias, que siempre vigilan junto a los alambres, van a empezar a tirar.

Paquito tuvo un acceso de risa. Giró en el suelo y le pregunté:

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco?

—¿A qué no sabes de qué me río, che? Pienso en la cara del que me vendió un seguro de vida hace pocas semanas.

Era evidente que estaba tan nervioso como yo. Pero mientras a él le dio risa yo no podía respirar con facilidad. Me parecía que el corazón retumbaba

sobre la tierra y que cualquiera lo podía oír.

Isaías cruzó la franja de cemento y la alambrada del otro lado, sin inconvenientes. Veinte segundos después, como habíamos convenido, pasó arrastrándose Paquito y después del mismo lapso, yo. Cuando pudimos incorporarnos, seguimos nuestra marcha a mayor velocidad. El cielo estaba perdiendo su color negro y aún no habíamos llegado a nuestro refugio en El Dorado.

Capítulo 11

Bayamo fue nuestra nueva meta. Pero ya estábamos bañados, afeitados y con limpias guayaberas almidonadas. Una sola noche estuvimos en la histórica ciudad. A la mañana siguiente Paquito siguió a La Habana en guagua. Yo quise viajar a Santiago de Cuba, en donde quería entrevistar al arzobispo, monseñor Enrique Pérez Serantes. Había oído hablar mucho de él y se lo calificaba como uno de los hombres del clero que más insistían en una solución urgente, por supuesto, sin Batista.

Después de un corto viaje en automóvil, sometido a varios registros durante los cuales recurrí a mi vicio de encender tabacos y no darme por aludido cuando me hablaban, dejando contestar al chofer o a mi supuesta esposa, estuve otra vez en Santiago de Cuba. Me sentí contento de volver a ver sus calles ondulantes y coloridas. Quería a Santiago y a su gente. En los días que había estado escondido aguardando comenzar mi viaje, conocí a muchos santiagueros, algunos de clase media, otros pobrísimos, pero todos con idéntico señorío. Exhalaban cierta delicadeza invalorable para quien está comprometiéndolos con su presencia y una carencia total de engreimiento al destacar sencillamente que los orientales, por tradición, luchan, no lloran.

Estuve refugiado nuevamente en una de las casas en que había habitado anteriormente y de allí tomé contacto con la muchacha rubia de sonrisa de odontólogo y edad indefinida. Se llamaba Débora, como podría haberse llamado Cleopatra. Luego supe que su nombre era Vilma. En pocos minutos y con eficiencia profesional se puso en contacto con un católico prominente y este concertó una reunión con monseñor Pérez Serantes para las cinco de la tarde.

—Con la advertencia —dijo el hombre— de que no lo recibe como periodista, sino como a un visitante más.

—De acuerdo —dije, mientras encargaba a Débora que me consiguiera una grabadora.

A las cinco en punto, llegué a la casa arzobispal, esta vez con una nueva esposa, evidentemente encinta. Cuando traspusimos el zaguán, mi presunto

futuro hijo salió del sacón de la muchacha convertido en una pequeña grabadora. Mi «esposa» volvió al auto rápidamente y partió. No me hizo esperar mucho el arzobispo. Era un hombre fuerte, grueso y con una gran cabeza blanca. Tenía la voz sonora y me enteré de ello cuando dijo:

—No sé para qué trae ese aparato. Ya le dije que lo recibía como a un simple visitante.

Me tendió una mano amplia y se sentó detrás de su escritorio, mientras a mi lado tomaba asiento otro clérigo, alto y cetrino.

—¿Qué lo trae por aquí?

—Soy periodista, como ya le habrá explicado el señor que convino esta entrevista. Y por lo tanto, quiero hacerle un reportaje.

—Ya le he dicho que era imposible. No tengo nada que decir.

Comprendí que tendría que rogar.

—Mire, monseñor, solo quiero que usted me conteste una sola pregunta. Olvidemos la pastoral de los obispos y todo lo demás. Solo quiero que me diga ante el micrófono, si el Movimiento 26 de Julio, según su opinión, es comunista. La carota redonda del arzobispo sonrió.

—Yo he bajado de la sierra. Comprobé que la revolución no es nada más que eso: cubana. Que no tiene nada que ver ni con los yanquis ni con los comunistas.

—Y usted no ignorará la importancia que tiene el que un arzobispo, y especialmente usted, el de Oriente, que conoce a muchos de los que están peleando en la Sierra, aclare perfectamente este punto. En mi país, miles de católicos se resisten a simpatizar con la revolución cubana, simplemente porque la propaganda les ha metido en la cabeza que Fidel Castro es comunista.

Me había apasionado al hablar. Pero era evidente que iba a obtener buen fruto. El arzobispo dudaba.

—No, yo no quiero hacer declaraciones —se resistía apenas—. ¿Por qué no entrevista a otros obispos? Si quiere le doy una nómina de los que puede visitar. Que hablen ellos, alguna vez, yo ya hablé demasiado.

—Pero es que ninguno vive como usted este drama. Ninguno más que usted es el arzobispo de Oriente.

Me di vuelta de improviso. El secretario cetrino y flaco, estaba indicando con su dedo largo, que no cediera. Cuando se vio sorprendido se ruborizó apenas, y advirtió:

—Monseñor, lo espera el barbero.

El arzobispo se puso de pie y me extendió la mano.

—No creo que Fidel Castro sea comunista —me dijo.

—¡Y por qué no lo graba! —intenté por última vez.

—Me espera el barbero.

—Bueno, ojalá que quede bonito, monseñor.

El clérigo cetrino y flaco descendió conmigo la escalera blanca que llevaba al patio.

—Usted comprende, hay situaciones que a veces obligan a callar.

—Alta estrategia —le contesté de mal humor.

—Exacto, joven. Trate de ver a alguno de los de La Habana. Que hablen ellos, alguna vez.

Pedí un teléfono y llamé para que mi «esposa» me viniese a buscar. Había fracasado. Antes de retirarme, el clérigo cetrino y flaco me dio un papel impreso.

—Lea esto. Mañana va a ser conocido en todas las iglesias de la arquidiócesis. Hace unos días, al volar un polvorín, se dañó el santuario de El Cobre. Los comunicados oficiales manifiestan que los rebeldes lo hicieron en forma intencional y que nosotros opinamos lo mismo. Lea…

El auto ya estaba en la puerta. Luego de verificar que no había «chivatos» a la vista, me hicieron una seña desde la máquina y monté enseguida. Cuando llegué a mi refugio, leí el papel impreso:

> Para tratar de disipar la oscura nube de confusión que se ha formado en torno a los últimos sucesos del Santuario Nacional de El Cobre, y para que todos tengan un concepto exacto de lo sucedido, sentimos la necesidad de dirigirnos siquiera a nuestros diocesanos para que sepan. Primero: Que en la relación dada a la prensa, publicada escuetamente en los periódicos locales, dijimos solamente lo siguiente: La explosión del polvorín, situado a poca distancia del Santuario Nacional de El Cobre, produjo pérdidas en el templo y en los edificios anexos por valor incalculable. Casi todos los grandes ventanales, verdaderas joyas artísticas, puertas y ventanas, casi todos los altares e imágenes, fueron totalmente destruidos o seriamente dañados, y solo por un verdadero milagro, la Venerada Imagen de Nuestra Excelsa Patrona y todo el camarín de cristal, no se han movido ni dañado en lo más mínimo, como si la Imagen de la Madre tan amada contemplara con dolor los efectos de una guerra fratricida, y como para enseñarnos que en ella debemos confiar. Al dar al pueblo católico de Cuba esta relación, que seguramente hará estremecer las fibras más delicadas del corazón cubano, herido en lo más sensibles, de rodillas ante la buena Madre, confiadamente imploramos su protección, pidiendo vuelva sus ojos misericordiosos sobre su pueblo, el pueblo de Cuba que la ama, que desea vivir en paz y que esta, bajada del cielo, llegue tan pronto que les sea fácil a todos llegar hasta su trono de El Cobre en testimonio de gratitud y amor. Segundo: Que esto fue lo que dijimos por escrito y de palabra. Tercero: Que es absoluta y totalmente incierto, falto de todo fundamento de verdad, lo que por algunos voceros de la opinión pública, se nos ha hecho decir, a saber: Es un acto de barbarie, manos anticristianas lo han perpetrado para ofender la fe religiosa de los orientales. Cuarto y último: Todos los que han estado cerca de Nos saben que tenemos por cierto que los causantes de la explosión no pensaron en manera alguna que del hecho perpetrado por otros fines se

> produciría el menor daño al Santuario Nacional. Santiago de Cuba, abril 16 de 1958. Enrique. Arzobispo de Santiago de Cuba.

Indudablemente, la circular del arzobispo era «fuerte» en el clima de la Cuba de Batista. Pero los obispos también lo eran, y el gobierno lo sabía. La lectura no varió mi mal humor. Tuve suerte en encontrar dos pasajes en el Viscount de esa noche, para La Habana. O mejor dicho, Débora siguió siendo eficaz. Consiguió dos plazas y me designó por acompañante una señora bastante entrada en años, que como no podía pasar por mi mujer sin asombrar a todo el mundo, no quiso ser mi tía y se designó mi hermana. Evidentemente, nadie hubiese sospechado de ella ni de mí, después de estar cinco minutos en su compañía. Ni bien subió al avión, lleno de militares, le preguntó a la camarera «qué es ese ruidito» y como la muchacha le respondiera con la fórmula equis del código B, comenzó a protestar, diciendo que a los pasajeros no había que engañarlos y que si preguntaba no era para que le contestasen una incongruencia. Después pidió café y lo encontró frío. Y cuando el avión se detuvo imprevistamente en Camagüey para algo que jamás pudimos enterarnos, pero que sí sabría el militar que no ocupó su asiento al seguir viaje, me reprochó a gritos que estuviera despeinado y que llamase la atención de todo el mundo. El «chivato» más alerta no hubiera desconfiado de mi «hermana».

—¿Lo verás a Fangio en la Argentina? —me preguntó murmurando.

—No creo —le respondí—. No soy cronista deportivo.

—Pues si lo ves, dile que estuviste con Flavia. Yo fui una de las que intervino en el secuestro. Lo lamenté por él. Le pedí un autógrafo para mi hija y otro para mí. ¡Qué hombre más simpático! Los cubanos lo adoramos, después de aquel suceso. Se portó como un hombre. Bueno, dile además que el rubito que manejaba la ametralladora está muerto. Lo mataron el 9 de abril, cuando la huelga.

Llegamos a La Habana con gran retraso debido a la detención en Camagüey, y después de presentar en Rancho Boyeros mi credencial de inspector de Autobuses Modernos, nos dirigimos en busca de mi primer amigo cubano. Me vio llegar como a un aparecido.

—Oye, chico, que diste un buen palo, eso fue un tiro. Te estuvimos escuchando.

—Lo que necesito es dónde dormir. Mañana esta señora me podrá acomodar en cualquier lado.

—Bueno. Ya sabes que en casa no vas a estar seguro. Pero por una noche creo que la cosa puede andar.

Llevamos a Flavio hasta el lugar en donde se iba a hospedar, y volvimos al centro, por la avenida del Malecón. Mi amigo no cesaba de hablar, preguntándome cosas de la sierra. Desdichadamente, yo tenía mucho sueño. Eran las dos de la mañana y había pasado por demasiados momentos tensos como para que la distensión no fuera total. Dormí hasta las siete. El teléfono no había comenzado a sonar cuando descolgué el tubo. Aguardaba la llamada de Flavio.

—Espera hasta mediodía.

Colgó. Si alguien hubiese querido despertar las sospechas de los que controlaban las conexiones telefónicas, no lo hubiese hecho de otra manera. Me vestí y salí. Caminé hasta el mar y luego seguí por el desierto Malecón. Estaba lloviznando y hubiese notado si alguien me seguía los pasos porque era el único transeúnte en varios cientos de metros. Después de un mes en Cuba, había adquirido los hábitos que en un principio me parecían de exagerada prudencia. Había comprendido el «aquí te matan, chico» de mi primera conversación en la isla. Tenía que hacer tiempo hasta el mediodía en que vendría a buscarme Flavio y doblé hacia El Prado. La lluvia caía con más fuerza y el mar saltaba por sobre el Malecón. El paseo me recordó la rambla barcelonesa. Caminé hasta la manzana de Gómez y me detuve bajo la recova a mirar vidrieras. Los dependientes de los negocios vacíos no me dejaban tranquilo:

—¿*Souvenir*, míster?, ¿ron?, ¿maracas?, ¿*one* bongó?

Yo les respondía con un silencio tan despreciativo, que quedaban absolutamente convencidos de que era yanqui. Crucé para bajar por Neptuno hasta el lugar en que iba a esperarme Flavio y me encontré con los retratos de Fulgencio Rubén Batista, candidato a representante por el Partido Progresista. Y al lado el de Panchín Batista, su tío, candidato a presidente por el Partido Demócrata. Me fijé mejor, a ver si encontraba el de la mujer de Batista, candidata por otro partido más. Era evidente que la lucha electoral que Batista se proponía iba a ser imparcial. A las doce en punto, la máquina de Flavio se detuvo en el lugar indicado y no me hice invitar para ascender a ella.

—Te encontré un buen lugar en donde permanecer escondido por esta noche. Pero mañana mismo tienes que cambiar. Solo así logré que te admitiesen.

No contesté. La radio rebelde seguía aún transmitiendo, cada dos días, mis reportajes a Fidel Castro y al Che Guevara, y *United Press* había difundido mi nombre en varios despachos. Indudablemente, era un huésped desagradable. Cuando llegué a mi nuevo destino, varios hombres y dos mujeres estaban

reunidos en la terraza. Era un décimo piso frente al mar desde donde se dominaba toda La Habana. Flavio me presentó no sin alguna emoción, que yo no comprendí en el primer momento, hasta que llegó a Faustino Pérez, el coordinador del 26 de Julio en La Habana y responsable de la fracasada huelga. Era un hombre rubio, de unos treinta y cinco años y estatura mediana. Llevaba anteojos negros y guayabera oscura y hablaba como si no quisiese escucharse más que él mismo. Muchas veces le tuve que pedir que me repitiera lo que decía.

—¿Qué piensan en la Sierra de la huelga?

—Bueno, creo que hasta que yo bajé, no sabían qué pensar.

—¿Pero lo que sucedió los desmoralizó?

—No creo que los haya contrariado más de dos horas seguidas. Fidel esperaba mucho, indudablemente, de esta huelga. Pero en general la mayoría de los rebeldes le tenía desconfianza.

—¿En qué sentido?

—Opinaban que La Habana iba a fallar.

—¿El pueblo o los que coordinaban el movimiento?

Le contesté con el mismo modo impersonal con que me preguntó.

—Los coordinadores.

Se revolvió en su mecedora y dejó de mirarme.

—Allá creen que todo es fácil. A mí también me gustaría estar como ellos, tirando tiros. Pero aquí hay que andar constantemente desarmados. Y si uno falla no es la muerte, como en las montañas, sino las torturas más espantosas.

—Lo mismo que en Santiago, y en Bayamo, y en Contramaestre, y en Holguín —dije con calma—. La lucha en las ciudades es siempre peor.

—Bueno, amigo —me dijo incorporándose—, queda aquí en buenas manos. Cualquier cosa que necesite avíseme, que el movimiento lo va a ayudar en todo lo que sea posible.

—Lo primero que necesito es saber por qué fracasó la huelga.

Me contestó de pie.

—Yo no diría que fue un fracaso. Simplemente falló.

—Murieron, solo en La Habana, más de 50 personas, hasta ahora, y no pudieron lograr lo que pretendían. Para mí fue un fracaso.

—Bueno. No vamos a discutir el punto. Pero le diré que toda la población de La Habana esperaba la huelga y estaba dispuesta a ella. Lo que ocurrió fue que los encargados de dar la orden para la iniciación del movimiento creímos que esa disposición absoluta del pueblo no necesitaba otros resortes para ser puesta en marcha, que una orden radial. Preferimos la sorpresa a recurrir a los

cuadros ya formados, exponiéndonos a una infidencia. Fue por eso que muy pocos estaban enterados del día y de la hora en que iba a estallar la huelga. Pero no contamos con que al dejar de agitar a la población durante semana santa, en que cesaron todos los sabotajes, el pueblo se desconcertó. Además, Masferrer hizo circular unos volantes firmados con mi nombre, en que indicaba que la huelga había sido suspendida para más adelante, por no tener medios suficientes con qué apoyarla. Muchos de nuestros jefes de grupo, al no estar prevenidos, impidieron que su gente saliese a la calle a enfrentar a la policía, porque creyeron que la orden radial era otra treta de Masferrer. Eso fue todo.

Yo no lo creí, pero me di por satisfecho. Faustino Pérez se marchó con Flavio y la demás gente, salvo el dueño de casa. Casi enseguida, la radio anunciaba que habían sido detenidos varios miembros del 26 de Julio, en un gran depósito de armas y que se creía segura la captura de Faustino.

—Bueno, chico. Puedes disponer de esta casa con toda libertad, hasta que consigas otra o te marches a Buenos Aires.

—Lo mejor será conseguir otra. Tengo varias cosas que hacer, antes de intentar salir. Quiero saber más acerca de esta huelga.

Ese mismo día lo fui a ver a Paquito. No estaba en su casa. Un pariente al que me di a conocer, me informó que estaba escondido y que saldría a los pocos días para Miami.

—Parece que su ausencia llamó mucho la atención. Y le recomienda a usted que no ande por la calle ni hable por teléfono.

—Dígale solamente que puede avisar a Flavio cuando llegue el material, para que ella lo vaya a recoger.

Muy pronto mi huésped se interesó por mi trabajo y él mismo me conducía en su automóvil a todo lados. No llevábamos ningún papel encima y si me veía obligado a contestar a algunos de los interrogatorios frecuentes a que son sometidos todos los que transitan por las calles habaneras, estaba dispuesto a adecuar mis mentiras de acuerdo a la cara del que me interpelase. Un extranjero no es tan sospechoso en La Habana como en Oriente. Y si el SIM tenía mi nombre, era casi imposible que conociese mi cara.

Mientras esperaba la respuesta a un cable en clave que había enviado a mi empresa en Buenos Aires para conocer el resultado de mi trabajo, entrevisté a varios dirigentes obreros, todos en la clandestinidad. El que más me impresionó fue José María Aguilera, que había sido secretario de los bancarios hasta que el ejército, a pedido de Mujal, intervino el sindicato. Le hice un reportaje en una pequeña habitación en donde dormía un niño, que

cada vez que se elevaba un poco nuestro murmullo se quejaba sin despertar. Aguilera hablaba apasionadamente mirándome directamente a los ojos, lo que me molestaba un poco, porque él tenía uno desviado. Era un hombre de unos cuarenta años, robusto y nervioso. Llevaba en la cintura una cuarenta y cinco que se acomodaba a cada instante.

—¿Por qué fracasó la huelga general, Aguilera?

—Estaba condenada al fracaso desde el comienzo. Los que la dirigieron no se convencen de que una huelga general puede surgir espontánea y arrolladoramente, como la que se produjo en Santiago de Cuba, cuando asesinaron a Frank Pais. Pero cuando se plantea en términos exclusivamente políticos y se prepara durante meses, las cosas cambian. Hay que comprender que ir a la huelga es ir a luchar a pecho descubierto contra el ejército y la policía de Batista, cuya crueldad experimentan día a día. Y que el héroe no es la generalidad, sino la excepción. Ellos creyeron que con dar una orden radiofónica la gente iba a salir a las calles a enfrentar las ametralladoras y los tanques. Y se equivocaron. Un aparato represivo como el de Batista tienen que enfrentarlo quienes están armados y el tiroteo provocará de inmediato la huelga general y no al revés.

—¿Considera usted entonces que una huelga se puede imponer a tiros?

—De ninguna manera. No se trata de imponer una huelga, sino de posibilitarla, dando a los que abandonen sus fábricas y sus oficinas la seguridad de que al menos van a tener la oportunidad de luchar, y no simplemente la seguridad de que van a caer bajo las balas.

—¿Y cree usted que los obreros se plegarían a una huelga de tipo exclusivamente político?

—En Cuba sí. Aparte del desempleo y del hambre del campesinado, hay muchas razones de carácter social que obligan a salir al obrero industrial a la calle. Una de ellas, la inseguridad permanente en sus trabajos. La mano de obra está regida por el amo del sindicato, a quien dirige Mujal. Y quien no esté de acuerdo pierde su colocación. Para dominar por completo la dirección de los gremios, Mujal cuenta con el ejército y la policía, siempre a su disposición. Cuando yo gané el secretariado general de los bancarios, fue el ejército el que tomó el sindicato. Y después de una larga intervención se llamó a elecciones. Mujal se sentía tan seguro de que me había destruido y que mi gremio estaba atemorizado, que cometió el mismo error que Batista en 1944. Llamó a elecciones y dejó votar. Por supuesto que perdió. En el caso de mi sindicato sucedió lo mismo. Volví a ser elegido. Pero nunca pude hacerme cargo.

—¿Los comunistas apoyan a Mujal?

—Mujal fue uno de los fundadores del Partido Comunista Cubano, que legalizó Batista durante su primera presidencia. Pero luego fue expulsado de la agrupación. En realidad, los comunistas forman también otro frente contra Batista, del cual habían sido muy amigos. Hay dirigentes comunistas que merecen absoluto respeto por su labor a favor de la clase obrera cubana y son prácticamente los que la organizaron.

—¿Tuvieron alguna participación en esta última huelga?

—Estaban alertas para intervenir, pero no fueron avisados. Como tampoco fueron avisados otros sectores antibatistianos.

Creí comprender el porqué de la orden radiofónica; Faustino había jugado políticamente y había fracasado. Creyó que el clima de huelga era tan propicio que podría prescindir de todos los grupos que no fueran de él. Pero omitió también hacer participar a muchos miembros del Movimiento. Su destitución llegó pocos días después. Conociéndolo a Fidel Castro, era evidente que la jugada de Faustino Pérez iba a ser condenada.

El cable con la respuesta de Buenos Aires me fue leído por teléfono por el que lo recibió. Ninguna grabación había llegado. Solo un par de artículos para el diario. La noticia me cayó como un mazazo. Pedí de inmediato que enviasen otro cable, un poco más explícito que el anterior, por si no hubiesen captado el sentido de mi mensaje. Esa misma mañana llamó Flavio y la atendió el dueño de casa. Aunque sabía que era una imprudencia que yo hablase por teléfono, exigió que le comunicasen conmigo.

—¡Hola! ¿José Raúl?

Tenía la manía de darme constantemente nombres distintos y yo a veces me confundía. Esta vez no.

—Sí.

—Sabes que cogieron a un colega tuyo, español, y quedó bastante estropeado.

Se refería a un periodista español que había estado antes que yo en la Sierra y con el que habíamos concertado una cita que no cumplí.

—Bueno —disimulé—, eso le pasa por conducir borracho. Yo se lo había advertido más de veinte veces.

—Bueno, pero yo creo que tú tendrías que mudarte.

—Claro, claro —dije sin saber cómo hacerla callar.

—Parece que habló y bastante.

—Efectos de la borrachera —casi le grité al cortar.

Era evidente que si Flavio cometía el error de hablar así era porque estaría aterrorizada. Momentos después varios llamados al dueño de casa le advirtieron en forma más o menos velada, que el español había hablado y que le habían secuestrado una libreta con direcciones.

—Hay que mudarse.

—Pero ¿a dónde vas a ir?

—No se me ocurre, pero creo que si me pescan aquí todos la vamos a pasar mal. Vos, tu padre, tus hermanos.

Comprendió que tenía razón. Y yo, que estaría más seguro en la calle que ahí. Escondimos todos los documentos que había ido reuniendo esos días y me largué a la calle, pero con una solicitud que me conmovió, a las pocas cuadras mi huésped estaba otra vez junto a mí.

—Sube a mi máquina. Vamos a almorzar a alguna hostería en las afueras. Y a la tarde trataré de encontrarte en dónde dormir.

El día estaba espléndido y el calor tropical no me quitó el apetito. En la Sierra se me había contagiado el ansia de comer como si no lo pudiese hacer nunca más. Toda la tarde procuró mi amigo dejar la peligrosa encomienda con tonada argentina, pero no encontró voluntarios. El pánico concentraba todos sus efectos en mi profesión.

—¿Periodista? ¿Igual que el español? No.

A las diez de la noche el automóvil ya había recorrido toda La Habana y sus alrededores. Decidí arreglármelas solo.

—Déjame aquí —le pedí a mi acompañante, cuando estuvimos frente al Casino de Capri.

—No. Creo que no va a pasar nada, pero por si acaso, volvé a tu casa.

Todo el resto de la noche estuve sobre las lujosas alfombras de la sala de juego que regenteaba un hombre otrora famoso como *gangster* cinematográfico y que retornaba en busca de los laureles del *gangster* verdadero: George Raft. La suerte no quiso ensañarse conmigo y cuando ya no me quedaban más que veinte dólares comencé a recuperar hasta quedar otra vez con lo que había entrado. Muy pocos éramos los jugadores. Y al cerrarse la sala de espectáculos en que actuaba Tito Guizar, solo quedaban en ella cuatro hombres de negocios y abdomen redondo. La frívola Habana, pese a que la huelga ya había pasado, seguía recatada. Los cadáveres pesaban. Salí del casino a las seis. Las calles ya se estaban llenando de sol, gente y calor, y me detuve frente a un edificio de tres pisos de la calle. Sentí curiosidad y entré. El cartel que indicaba que era una funeraria me dio la seguridad de que iba a poder estar un par de horas sin que nadie se molestase en mirarme. Pero

me equivoqué. Había solo dos velatorios y los protagonistas del suceso no habrán juntado mucho dinero en su vida porque casi no había nadie en torno a sus cajas. Comencé a bajar por ene y me metí en un bar a desayunar. A las diez me encontré con quien esperaba, en 27 y L. Subí a la máquina y me enteré que había llegado otro cable de Buenos Aires. No cabía duda que nada habían recibido y que comenzaban a creerme imbécil, porque contestaban con una claridad de orden de embargo. Un nuevo cable de ese tipo y ya ningún censor dudaría que «las chicas», que nunca llegaban, serían dos bombas atómicas. Tenía ciento veinte dólares en el bolsillo. Lo suficiente como para jugar una última carta antes de decidirme a volver a la Sierra en busca de nuevos reportajes grabados.

—¿Tenés algún amigo con pasaporte en vigencia, visado por los yanquis?

Como efectivamente lo tenía, en el avión de la una rumbo a Miami salió mi mensajero con cien de mis dólares. Probablemente a las nueve de la noche estaría de regreso en La Habana. Volvería con otro traje y sombreros, para evitar que algún chivato lo reconociera y se interesase por su corto viaje a los Estados Unidos. Por lo demás, había que correr el riesgo. «O te cogen o no», es la alternativa que minuto a minuto deben enfrentar los cubanos, y ya nadie se espantaba más de la cuenta. El mensajero llegó a la hora en que lo esperábamos.

—¿Y?

—Pues hablé con Buenos Aires.

—¿Y?

—Mira, que no me entendieron nada. En la radio se pasaron el teléfono unos a otros y nada.

—¡¡¡Y!!!

—Bueno, yo creo que algo recibieron, pero no supieron explicarme claramente qué. Uno de los que me atendió me preguntó qué hacías en Cuba. Quedé hundido en el sillón, sin saber qué decir. Lo único que venía en mi auxilio era una expresión de Fidel.

—¡Pero qué brutos, caballeros!

Nos quedamos un rato en silencio, hasta que el hombre de Miami reaccionó alegre.

—Ah, tengo algo para ti.

—¿Qué? —dije sin esperanzas.

—Toma el vuelto, treinta y cuatro dólares.

Capítulo 12

La lluvia no había cesado de caer en varios días, durante los que esperé contestación a una carta que había llevado un viajero con el encargo de enviar desde Miami, en la cual explicaba claramente a mi empresa todo lo que había sucedido y anunciaba que de no poderse lograr las grabaciones en alguno de los países que indicaba, volvería a la Maestra para hacer nuevos reportajes.

Mientras tanto, me dediqué a seguir caminando por La Habana. El 26 de Julio había mermado sus sabotajes y el gobierno ordenó, por pedido de los administradores de los casinos, que se dejase de registrar a cualquier persona por la calle, en especial extranjeros. Los procedimientos policiales solo se mantenían con el celo de siempre durante la noche, en que uno de cada dos automóviles era detenido y revisado concienzudamente. Especialmente salía entre las tres y las siete de la tarde y me divertía en transitar por las calles más bordeadas de negocios, siguiendo a paso lento a los carros patrulleros que se detenían en cada «vidriera» a recoger el producto de las anotaciones de la quiniela del día. Según los cubanos, nunca se ha jugado en Cuba como durante el mando de Batista. Según cifras extraoficiales —cálculo mezquino que no quiere ser escandaloso— el pueblo de Cuba gasta anualmente cien millones de dólares en quinielas y lotería, aparte de lo que deja en casinos grandes y pequeños y en las máquinas traganíqueles. Pero ateniéndonos a esos modestos cien millones de dólares, la distribución por cabeza de cada habitante de Cuba asciende a dieciséis dólares anuales que cada uno invierte en el juego.

Por otra parte, esa suma indica que se juega anualmente el doble del valor de la cosecha nacional del café, a precios regulares. El gobierno auspicia, o directamente organiza las quinielas o tiros de bolita y las charadas, y la policía por supuesto que sin ningún recato —en eso estriba su diferenciación con la de otros países— cobra las comisiones de las apuestas diarias. Pero si bien en todo el mundo la quiniela, prohibida u oficializada, se basa en los sorteos de las loterías oficiales, en Cuba no. La «bolita» la tira el banquero en cualquier lugar. En una bodega, o en una tienda, o tomando un *whisky* en un

bar. Hay «sorteos» casi permanentes y el banquero informa por medio de las vidrieras de anotaciones a los «puntos», las horas en que se efectuarán. La mayoría de los banqueros —algunos han bautizado a sus quinielas con sus apellidos: Battisti, Castillo, Monasterio, etc.— utilizan para el «sorteo» una bolsita en donde colocan a la vista del público reunido en el lugar mil bolitas, que ensartan previamente en alambres en grupos de cien, para que los «puntos» comprueben que su bolita entra en el juego. Y luego del clásico grito de «la bola se va, señores», agitan la bolsa unos segundos e invitan luego a uno de los asistentes a separar, desde afuera del saquito, una de las bolas, la que ata con un hilo en la tela que la envuelve. Y ante la expectación general el banquero, con un cuchillo, corta el género y saca la bola con el número premiado. El «sorteo» no implica más que una demora de cinco minutos en el precioso tiempo del banquero y en menos tiempo aún, las mil cien vidrieras de apuntaciones se enteran del resultado de «La Castillo de las 3» o «La Tropicana de las 2 y 20». Pero aún más escandalosamente original es la «charada» o «guindar el bicho». Según pude enterarme, es un juego introducido por los chinos. Se «tira» dos veces por día y hasta tres: mañana, tarde y noche. Los «puntos» se sitúan frente a un gran cartel en donde está dibujado un chino cubierto de figuras diversas, cada cual con un número. A una hora determinada, el chino que va a «guindar el bicho», pronuncia un verso «orientador», como por ejemplo este que yo escuché: «puede comer en el techo sin posarse en él». La mayoría jugó a la paloma, pero el que podía comer era el trompudo elefante. Muchas personas concurren a los lugares en donde se «guinda el bicho», pero otras se enteran del versito en las vidrieras de apuntaciones y juegan al número correspondiente al «bicho» que creen adivinar por la sugerencia del chino. Gran parte del pueblo de Cuba, aun criticando esta forma de latrocinio auspiciado por el gobierno, deja varias veces diarias su dinero en las vidrieras. Otros, más pudientes o más desesperados, concurren a los casinos abiertos día y noche o a los cuchitriles en donde las ruletas están colocadas sobre tablones y caballetes.

A este ambiente ideal para un régimen como el de Batista, se agregó en los últimos años el condimento fuerte de los tahúres y hampones internacionales, que acudieron presurosos ante el interés demostrado por el jefe de gobierno cubano en «desarrollar y fomentar el turismo». Los grandes hoteles de lujo levantados desde la vuelta al poder de los sargentos, no son otra cosa que fastuosas casas de juego, regenteadas por hombres como Joe Bischoff (a) Lefty Clarck, cuyo nombre ensució el de Cuba al aparecer juntos

en las crónicas que narraron el asesinato del *gangster* Albert Anastasia, en Nueva Cork.

También operan en La Habana los hermanos Lansky, Jack y Meyer, pistoleros que regentearon el juego en Nueva Jersey y en La Florida. Meyer, según un recorte periodístico, fue detenido en los Estados Unidos por vagancia, pero fue puesto en libertad al declarar que «se dedicaba al juego, profesión lícita en Cuba». Y los socios de estos hampones y de muchos más son las figuras prominentes del gobierno batistiano. Cuando algunos de los pistoleros de Las Vegas necesitaron un certificado para permanecer en Cuba lo obtuvieron de inmediato. Tan inmediatamente como el senador Eduardo Suárez Rivas, hermano del ministro de Trabajo, pasó a ser secretario de la corporación que explota el casino del Havana Riviera.

Un artículo del 8 de enero del Miami Herald que guardé entre los documentos que fui acumulando durante mi obligada estada en La Habana, resultará mucho más ilustrativo que mis comprobaciones personales, limitadas por la imposibilidad de circular de noche a que me veía sometido. Este diario norteamericano dice:

> Los jugadores aquí (Cuba) disfrutan de un paraíso libre de impuestos y literalmente son tratados como señores privilegiados. Los casinos rentados en los que ellos operan, son algunas veces fabricados con los fondos de la ayuda del retiro de los sindicatos a los que Batista controla. Incuestionablemente hay arreglos privados entre los jugadores y los políticos cubanos, para la distribución del nuevo capital producido por los casinos legalizados. Pero el único «impuesto legal» a los jugadores es un pago inicial de veinticinco mil dólares por un permiso y pagos subsiguientes de dos mil dólares mensuales. El juego cubano, ostensiblemente, es honesto. Pero en el pasado, el Departamento de Estado norteamericano protestó secretamente al gobierno de Batista de que «tontos americanos» fueran pelados en La Habana, violando el espíritu de la política del buen vecino. La última de estas protestas vino del Departamento de Estado en Washington después que el ya fallecido Bror Dahalberg, capitalista de Chicago y Miami Beach, perdió ciento cuarenta mil dólares en nueve minutos en un juego conocido como «razzle dazzle». Al entrar en esta nueva utopía del juego, los inversionistas americanos se enfrentaron al hecho de que debían tener relaciones amistosas de trabajo con políticos. El ministro de Trabajo facilita certificados de «técnico» a americanos que deseen permanecer en Cuba como empleados y oficiales de los nuevos palacios de juego. Cada americano trabajando en cualquiera de los nuevos hoteles y casinos debe estar certificado como «técnico» por el ministro de Trabajo de Cuba.

Hasta aquí el articulista norteamericano del *Miami Herald*. Otro periodista, esta vez cubano, Luis Conte Agüero, publicó antes de la censura total de prensa en su país este «prontuario», logrado en los archivos de los diarios neoyorquinos, de los nuevos socios de Batista en la estimulación del turismo:

Wilbur Clarck, tahúr de alta clase y con reputación de integridad / Eddie Levinson, tahúr de Las Vegas / Meyer y Jake Lansky, *gangsters* que operaban en el sur de Florida, ahora jefes de operaciones de Wilbur Clarck / Santos Traficante Jr., líder por herencia de la mafia de Tampa. Desapareció cuando lo buscaba un comité de represión presidido por el senador Kefauver y reapareció al cesar el comité. Fue arrestado como «Luisa Santos» en la convención del crimen en Appalachin, Nueva Cork, en noviembre de 1957 / Charley (La Hoja) torine, de la mafia de Nueva Yersey. Tiene largo historial en los archivos del crimen y fue registrado como felón en Miami Beach en 1937. Es conocido como jugador tramposo. La última vez que Tourine fue arrestado, debido a la queja de un manager de hotel, tenía gran cantidad de dados cargados en su cuarto / Tomás Jefferson Mc Ginty, Sam Tucker y Lefty Clarck. Alcanzaron triste notoriedad en el juego de la vieja guardia del Estado de Ohio que fue diezmada por el gobernador Frank Lausche y que se dispersó hacia otros centros de juego, como Covington y Las Vegas / George Raft, artista de la pantalla, también reconocido como «técnico» por el ministro de Trabajo.

Estos son los historiales de algunos de los mimados del régimen que se inició en Cuba con el cuartelazo del 10 de marzo. La República del Caribe, la niña bonita de las Antillas, debe sufrir en sus entrañas el pernicioso cáncer de esta bolsa de tahúres, y la difamación constante de quienes solo ven en el vicio importado el retrato de la patria de Martí.

Capítulo 13

El cable llegó a mis manos ingenuo y absurdo. «Chicas en casa. Todos contentos. Te esperamos pronto». Era evidente que ninguna de mis «chicas» había sido transmitida y que mi carta los había impulsado a mentirme para que regrese.

Ayudado por mi buen amigo —aquel que me admitió en su casa solo por una noche y se constituyó luego en mi protector permanente— fabriqué con una tarjeta de la librería Pietro Nanni, de Bologna, y mi foto, una credencial que aseguraba que era *«nostro ripresentante alla America Centrale»*, llena de errores contra la ortografía italiana, según descubrimos luego. Por teléfono me reservaron una plaza en el avión de la una de la tarde para Santiago de Cuba, a nombre de Giogio Solari. Cinco minutos antes de la salida del avión llegué a Rancho Boyeros. Había querido ir solo, por si mi credencial plastificada despertaba las sospechas de la gente del SIM, pero mi acento italiano y la carpeta con libros extranjeros flamantes y la lista de direcciones de las librerías de Santiago, convencieron. Pese a que el avión hizo escala en Camagüey, Manzanillo y Holguín, llegamos de día. El aeropuerto estaba ocupado por el ejército, que había acampado al costado de las pistas, y varias máquinas de guerra estaban alineadas mientras grupos de mecánicos trabajaban en ellas. Subí a un taxi y persistiendo en mi acento italiano, le pedí que me llevase al hotel Casagrande.

El vestíbulo del hotel estaba lleno de chivatos, como de costumbre, que se fijaron en mí con indiferencia. Fingí que buscaba a alguien al que al fin no hallé y salí cruzando hacia la Catedral. Encontré una calle transversal desierta y comencé a caminar por ella, para comprobar si era seguido o no. Un negrito con su clásica gorra de visera larga venía tras mío. Viré en la esquina y no logré aumentar la distancia de veinte metros que nos separaba. Me había dado vuelta dos veces y las dos veces tenía sus ojos puestos en mí y en toda la cuadra no había un solo negocio para justificar una detención que lo hiciese pasar delante. Yo no dudaba de que me había seguido desde el Casagrande y comencé a creer que en pocos minutos más estaría frente al coronel Chiviano,

jefe de la zona militar de Santiago de Cuba con justificada fama de asesino. Pero una guagua verde, con su cartel «Vista Alegre», fue la más feliz vista a que podría haber aspirado en ese momento. Ascendí de un salto en el instante que se ponía en marcha. Mi negrito se paró en el mismo lugar en que lo sorprendió mi viaje. Mientras pagaba ocho kilos por un pasaje logré verlo clavado en medio de la vereda y apenas contuve los deseos de hacerle muecas y sacarle la lengua. Cinco cuadras más adelante descendí de la guagua y realicé un gran rodeo para volver a acercarme a la Catedral. A dos cuadras de allí, desde donde se divisaba el vestíbulo del Casagrande con su enjambre de chivatos, encontré el timbre que había deseado apretar desde que bajé del avión. Tuve suerte. Mis antiguos huéspedes se encontraban en la casa. Pero a juzgar por su expresión, no sintieron la misma alegría que experimenté yo al verlos.

—Lo hacíamos en la Argentina.

—Vine en busca de nuevos reportajes. Creo que hay más material, luego de la represión que siguió a la huelga.

—¿Piensa volver a subir?

—Sí, pero los guardias están concentrando tropas para iniciar la ofensiva que vienen preparando desde hace meses. La mayoría de las vías que utilizaban hasta ahora para llegar están vigiladas.

—¿Quiere decir entonces que perdieron todo contacto con las tropas rebeldes?

—No. Algunos mensajeros llegan.

Eso me bastaba. Pedí hablar con Débora y minutos después una máquina vino a buscarme. La coordinadora seguía ostentando su sonrisa profesional, pero la noté menos brillante que otras veces.

—¿Así que quiere hacer nuevos reportajes?

Le conté la verdad. Y mi urgencia por volver a entrevistar a Fidel y al Che.

—Esta vez no va a poder ser. Fidel no recibe más periodistas hasta que finalice el movimiento de las tropas rebeldes. Están tomando nuevas posiciones, de acuerdo a los desplazamientos del ejército.

—Tengo la seguridad de que a mí me va a querer recibir. Y en especial, no me va a negar una entrevista mi compatriota.

—Va a tener que esperar unos días… Le prometo que mañana mismo enviaré un mensajero, comunicándoles que usted está aquí.

La lluvia volvía a descargarse con fuerza tropical sobre Santiago de Cuba.

—¿Hasta cuándo va a seguir lloviendo? —pregunté por decir algo.

—La temporada de las lluvias dura hasta junio. Tenemos para un mes más. Pero aquí de vez en cuando hace buen tiempo. En cambio en las sierras no cesa de caer agua.

Comprendí entonces que el mensajero que iba a tardar unos días podría emplear unas semanas.

—¿Se enteró lo de su colega, el español?

Y comprendí, además, que la consulta a Fidel era exclusivamente a raíz de lo que había sucedido en La Habana. Sin dar mayor importancia a mí pregunta y como para cambiar de tema, le pregunté resignado:

—¿No sabe nada del material de Paquito y mío?

Tenía que llegar a Bayamo.

—¿No lo recibieron todavía en La Habana?

La coordinadora retornaba a su misión específica y era feliz.

—Es una barbaridad. Quizá lo estén reteniendo en Bayamo. Mañana voy a hacer que averigüen.

—¿Por qué no me facilita un auto y voy yo? No sé qué voy a hacer encerrado todo el día. De paso saludo a la gente.

En Bayamo no se habían contagiado del pánico provocado por la confesión del español. Ni bien expliqué la situación, se dispuso mi salida hacia las montañas.

—Eso sí… Que ahora la cosa se puso brava.

—No es nada. Tengo más experiencia que la primera vez.

En un camión destartalado, pasé vestido de guajiro frente al cuartel de La Granja. Llevaba un paquete que me había confiado un guardia que iba colgado del estribo. El chofer, un campesino, era amigo de todo el ejército y a todos saludaba a gritos:

—Cómo va, compay.

—Qué hay, mi hermano…

Mientras por lo bajo y siempre sonriente les deseaba ocho agujeros en la barriga lo antes posible. Los guardias fueron dejados en donde quisieron y después de algunos kilómetros el camión se apartó de la carretera central, para entrar dando tumbos en un campo de cañas. Afortunadamente no había guardia en los alrededores ni sobrevolaba el lugar el avión chivato. Dejamos el vehículo oculto y caminamos cerca de una hora, hasta llegar a un bohío en donde ya me aguardaba un guía, un uniforme del 26, y dos caballos cerreros. El campesino se despidió con un abrazo y partimos. Llegaríamos a la montaña recién a la noche y en dos días más estaríamos en el Alto del Hombrito. Debíamos atravesar una llanura, pero afortunadamente, la lluvia volvió a

convertirse en catarata y nos vimos despreocupados de cualquier ataque aéreo. Yendo a caballo, podíamos protegernos con las capas de nylon y marchamos más de doce horas sin inconveniente alguno. Dormimos algunas horas en un bohío en el que cambiamos los caballos por mulos y seguimos viaje al amanecer, siempre bajo la lluvia. Muy pronto debimos descender de las cabalgaduras y llevarlas de la brida. Las bestias resbalaban en la arcilla de las lomas y no podían subir, o se tiraban con las patas delanteras estiradas y las de atrás encogidas y bajaban a velocidad vertiginosa, chocando siempre con las rocas o los árboles. Y si nosotros íbamos delante debíamos saltar del sendero para dejarles paso, cayendo entre la manigua entretejida por el tibisí que nos cortaba la cara y las manos. A medida que transcurrían las horas, nuestro cálculo de estar en el Alto del Hombrito en tres días se hacía menos exacto. Yo no comprendí qué milagro nos protegía de ser alcanzados por las patadas de las bestias, cuando muchas veces rodábamos juntos.

Había transcurrido el segundo día y estábamos en la zona de San Pablo Yao. En los pocos bohíos que encontramos a nuestro paso, nos indicaban la posición de los guardias. Una patrulla de treinta hombres iba medio día de camino adelante. Pero era muy probable que retornase en cualquier momento, ya que iba acercándose a la zona rebelde. La proximidad de la gente del ejército batistiano se reflejaba en el éxodo de campesinos, que abandonaban la región con sus mujeres, sus hijos y sus animales, descalzos y bajo la lluvia.

A mediodía bajamos hasta un arroyo y lo fuimos bordeando hasta llegar a un edificio de maderas y cinc. Varios hombres y mujeres estaban en los alrededores de la casa, mirando hacia una loma que se levantaba enfrente. La lluvia había cesado y caía una llovizna helada a la que no le podía impedir la entrada por mi cuello. Al acercarnos a la finca, mi guía fue saludado con efusión y yo tuve que estrechar más de diez manos cuando se enteraron que era «el argentino». Todos habían escuchado los reportajes y aunque conocían mi nombre y apellido, simplemente me llamaban por el gentilicio. La dueña de casa se acercó con un pequeño revólver calibre 22.

—¿Y para qué quiero esto, señora? Yo jamás tiré un tiro, y además, no creo que con este revolvito pueda hacer mucho.

—Escúcheme, argentino —dijo entre las sonrisas de los demás—. Todo lo que usted dijo por radio, así como lo escuchamos nosotros, lo escucharon los batistianos. Ya sé que con este revólver no se va a poder defender, pero si se encuentran con los guardias, tire para que le tiren. No caiga vivo en manos de ellos.

Ya nadie reía. Yo tomé el revólver y el puñado de balas que me ofreció. Después supe que era la viuda de uno de los veintiséis guajiros que Sánchez Mosquera había asesinado en El Corojo, luego de torturarlos, simplemente para mostrar al campesinado lo que le iba a ocurrir si seguían colaborando con los rebeldes. Afortunadamente había en la finca un par de buenos caballos acostumbrados a las lomas. Los guardias estaban en la falda de la montaña que debíamos ascender nosotros para llegar hasta El Hombrito y de allí a La Mesa y decidimos correr el riesgo, bordeando la loma en lugar de subirla, por el lecho del arroyo. Nos despedimos de los campesinos y clavamos espuelas. Los caballos galopaban sobre las piedras redondas, como por una playa y parecían gozar con la carrera. En tanto nosotros vigilábamos más la manigua de la montaña que la marcha de los animales. Esperábamos en cualquier momento escuchar el tableteo de las ametralladoras batistianas, pero solo oímos durante más de una hora el ruido de los cascos sobre las piedras. Las caravanas de campesinos que huían nos veían galopar en sentido contrario y nos miraban con lástima. Algunos nos detenían para hablarnos de los ya famosos treinta guardias que habíamos tenido delante durante todo el camino.

Hicimos noche en una gran finca, en donde el jefe de la familia cumplía su misión, de acuerdo a los cánones patriarcales, sin olvidar la larga oración antes de comer. Nos habían prestado ropa mientras la nuestra se secaba colgada sobre el fogón. Al terminar la cena fumé el primer tabaco del día, ya que la lluvia me había arruinado todos los intentos, sentado en el patio de tierra blanda. El viejo campesino demostraba una admirable delicadeza hacia su mujer, a la que los muchachos y las muchachas mimaban. Hablamos, por supuesto, de Cuba y de Fidel.

—Usted que estuvo con el Che, ¿vio entre su gente a un muchacho alto, delgado, al que llaman Cucho?

Hice memoria, mientras todos me prestaban una atención singular.

—No, señora. ¡Imagine la cantidad de rebeldes que responden a esas señas! No hay uno solo que sea gordo. Hasta el sobrenombre es común.

—Pero mamá, cómo va a estar con el Che si lo vieron con Raúl en el frente de la Sierra Cristal.

La mujer replicó con terquedad.

—Pero yo no le creo al que dice haberlo visto. Estos guajiros son muy mentirosos.

Los hijos y el viejo trataron de convencerla de que efectivamente Cucho estaba lejos, en la Sierra Cristal. Minutos después la mujer se fue a dormir. El viejo me confesó lo que yo ya imaginaba.

—A mi Cucho lo mató Sánchez Mosquera.

No dijo más ni yo le pregunté. Para qué hacer sufrir al pobre hombre con el relato de un crimen que se habría cometido como todos los demás. Seguí fumando sin hablar y un rato después nos fuimos a acostar en las hamacas preparadas en el gallinero.

Durante todo el día siguiente no llovió, aunque los caminos seguían imposibles para las bestias, a las que teníamos que llevar durante horas de la brida. Pero alrededor de las cuatro de la tarde llegamos por fin a La Mesa. El campamento había sido levantado y con él se marcharon Tranquilino y su cerdo Pancho. Solo quedaba un grupo de hombres al mando de Ramirito y el comandante Juan Almeida. Ramiro corrió a abrazarme.

—¿Qué tú haces aquí? ¿Te vienes a incorporar?

Le conté la historia de mis reportajes y celebró mi desgracia a carcajadas. Una muchacha salió de un bohío.

—¡Por favor, comandante! —reclamó.

Y volvió a esconder la cabeza tras la cortina de arpillera. Sobre el dintel había un cartel que decía: «Ejército Revolucionario 26 de Julio. Escuela número 6». Al rato llegó Cantellops, el gigante, con un mulato flaco que tenía la canana colgada de cualquier hueso y un enorme sombrero de fieltro bamboleándose en su cabeza. Me lo presentó como comandante Almeida.

—¿Usted es Almeida?

—Oye chico, ¿qué tú crees? Es seguro que leíste el artículo de un periodista norteamericano, que me vio una noche cuando bajó de las lomas, cansado de muerte el hombre, y después me describió como a un gigantón senegalés.

Hablaba con el repiqueteo rápido de los negros cubanos y cortaba las palabras como los habaneros.

—¿Qué tú dices, argentino? ¿Sabes que cuando subiste la primera vez por Tres Términos te estuve mirando desde una loma? Pasaste casi encima mío y no me viste.

—Me hubieses parado para ofrecerme un poco de café.

—No, caballero. Que los periodistas anden p’arriba y p’abajo, pero que no se metan conmigo. Si quieren hacer preguntas que se las hagan a Fidel. Yo tiro tiros.

—Y te tiran —dijo Ramiro, riendo—. Hace poco le hicieron tres agujeros en el mismo combate. Se paró a insultar a los guardias porque no querían pelear. ¡Qué bruuuto, caballero!

Almeida nos miraba reír con resignación.

—Pobre negrito. Ya no me quedan ni los huesos, y encima me los quieren quebrar estos hijo'epinga. Yo les dije que tiraran p'a darles ánimo y me encajaron tres tiros de puro animados que quedaron.

Cantellops, que había ido hasta el local de la escuelita, volvió con una carta:

—Toma, échala cuando estés fuera del país. Es para mi mujer, en Nueva Cork. Hace más de un año que no sé nada de ella.

Recibí el sobre y lo guardé en uno de los bolsillos del pantalón.

—¿Y cómo anda la cosa por su zona? —le pregunté a Almeida.

—Por la mía, bien. Subí ahora para que no nos maten a este —dijo señalando a Ramirito—, que no tira un tiro hace un año, y ya perdió la mano. Le decimos Bulganin, porque es «mariscal de intendencia».

Ramiro recibió la chanza sin inmutarse, mirando con toda calma la punta de su barbilla de mandarín, sobre la que reposaba la pipa en forma de S que colgaba de sus dientes.

—Donde la cosa se puso brava, fue por donde tú bajaste, cerca del Dorado.

—Por ahí andaba Camilo Cienfuegos.

—Sí, pero Camilo con bastante gente se había replegado para conversar con Fidel, y dejó a una patrulla al mando de Alcibíades. Una madrugada se les metieron cerca de doscientos guardias (ellos eran quince) y entraron a tiros.

—¿Hubo muchas bajas?

—Todos lograron escapar, menos Guillermito.

Recordé de inmediato al muchacho imberbe, de melena hasta los hombros, al que el Che y Sorí Marín llamaban en broma «la nena» por su cabellera. Tenía dieciocho años y una alegría que estallaba en risa por cualquier causa. Solo se ponía serio y se apasionaba cuando hablaba del «Movimiento».

—¿Cayó prisionero?

—No. Le pegaron un tiro en el estómago, y resistió todo lo que pudo desde el suelo, disparando su rifle hasta que le quedó la última bala en el cargador. Esa fue para él. No quería que lo agarrasen vivo. Arrastraron su cadáver hasta Bayamo y lo pasearon por la calle General García, como un trofeo, gritando a las puertas y las persianas cerradas de las casas, que quien quisiera ver a uno de los barbuses churrosos, que saliera.

Almeida trató heroicamente de que su voz no tradujese la angustia que le provocaba el relato, pero su pronunciación fue mucho más entrecortada que

de costumbre. La muerte era una de las dos caras de la moneda que revolean diez veces por día los rebeldes, y muchas veces hablan de ella sin considerarla de otro manera que una lógica consecuencia de la pelea. Pero a veces el que cae no es un rebelde más, sino uno de los que se distinguieron de la legión, como siempre se distingue de un grupo de amigos, el de la lealtad, el de la generosidad invariable, el de la alegría, el del coraje, el que siempre provoca con su llegada una sensación optimista a todo el conjunto. Indudablemente, Guillermito era así.

Ramiro me indicó que Fidel estaría cerca de La Plata y que era imposible hacer un trayecto a caballo por la costa, porque la marinería bombardeaba día y noche. Me resigné a marchar a pie, ascendiendo el Zorzal, la Nevada, para seguir por el firme de la Maestra hasta la Jeringa, la loma más temida por todos los que se ven obligados a transitar por ese lugar.

Dormí en La Mesa y a las cuatro de la madrugada siguiente, el guía que se me había asignado, un hombre de barba negrísima y melena ensortijada cayéndole hasta más debajo de los hombros, vino a sacarme de la hamaca. La lluvia había comenzado a caer nuevamente, con una violencia que lastimaba y a medida que ascendíamos al Zorzal, una loma perpendicular sin ningún estribo en donde hacer alto, desgrané un largo rosario de maldiciones a todas las radios y radioaficionados que me mintieron haber transmitido mis grabaciones a Buenos Aires. Llevaba una ligera mochila, con un nylon y la hamaca y algunos guineos, pero ni eso podía soportar. Aferrándonos a las matas que bordeaban el casi invisible trillo, ascendimos lentamente, resbalando a cada paso. Sin el auxilio de la vegetación, hubiésemos rodado cuesta abajo, pero sirviéndonos de ella, nos heríamos las manos con las espinas y el tibisí. Y la lluvia sofocaba como un baño de caldo. El más afectado, por supuesto por el clima caliente, era yo, que debía permanecer de rodillas varios minutos cada doscientos o trescientos metros, para tomar aliento. Casi un día nos demandó el terrible Zorzal, para llegar hasta su cumbre y descender. Los pantalones empapados se adherían a las rodillas y nos costaba doblarlas y las botas cargaban más agua que el vientre de un camello. Dormimos en un bohío y antes del amanecer volvimos a partir. No nos habíamos preocupado en quitarnos siquiera las botas, porque sabíamos que, en esa región, la lluvia iba a durar semanas con la misma intensidad. Esa vez, el clima me favoreció. Al llegar a la falda de la Nevada, el viento helado nos hacía tiritar y el agua penetraba entre las ramas de los árboles, como alfilerazos. El guía, a quien ya conocía por su apellido, Cañares, comenzó a

sentir dolores en los huesos y yo en cambio a animarme y a caminar más aprisa.

Almorzamos bajo la lluvia dos bananas y media lata de leche condensada y continuamos un viaje que ya me había insensibilizado. Afortunadamente, me olvidaba durante horas que estaba ascendiendo montañas, y caminaba por la selva pensando en la forma en que encararía los nuevos reportajes y cómo los sacaría del país. Algún resbalón o el pinchazo de una mosca macayera, compañera de tribu de las que me habían hinchado los brazos y el cuello, me despertaba y recordaba mi cansancio. Por la posición del ascenso, me dolían terriblemente el cuello y la nuca, pero el frío era un permanente reconstituyente que me obligaba a continuar.

Tres días después, y siempre en las mismas condiciones, logramos superar la Jeringa y llegar a Agua Reves, en donde había un campamento rebelde. Me despedí de Cañares y con un nuevo guía, seguí hasta Santo Domingo, zona del comandante Luis Crespo. Era de noche, pero ningún candil estaba encendido en el campamento. Cuando me presentaron a Crespo, apenas pude divisarlo, como tampoco me enteré cómo era lo que estaba comiendo del plato que alguien me alcanzó. Lo único que percibí fue que se trataba de un mazacote helado. Varios rebeldes estaban escuchando los informativos radiales en un pequeño aparato portátil.

—¿Alguna novedad? —pregunté a Crespo.

—¿Usted conoció a Carlos Bastidas, el ecuatoriano?

—Sí, cerca de Jibacoa.

—Lo mataron anoche en La Habana.

El mazacote helado ya no pasó por mi garganta. No hice ninguna pregunta y Crespo siguió:

—La policía informó que lo asesinaron al entrar a un bar. Fue un sargento del SIM, al que se le escapó un tiro que le perforó la cabeza. Habrá apuntado bien antes de dejar escapar el balazo.

—Yo lo conocía a Carlos. Se había entusiasmado con la revolución y quería ir a Estados Unidos a promover una acción en la OEA contra Batista.

—Sí, era muy joven.

—Lo deben haber seguido al llegar a La Habana y cuando comprobaron que era el periodista ecuatoriano que había estado en la sierra lo remataron. Fue en la calle Neptuno. Es muy posible que haya hablado con alguien y lo chivatearon.

Tenía un carnet de la Casa Blanca, que lo acreditaba como periodista. Había estado en los Estados Unidos algún tiempo y le costaba creer que los

yanquis fueran capaces de hacer lo que están haciendo aquí. Creía que con una buena propaganda se podría presionar al Departamento de Estado para que ordene el cese de los bombardeos.

—Sí, era muy joven.

Capítulo 14

—¡Eh!, argentino, ¿qué haces de vuelta por aquí?

Guevara me saludaba riendo, mientras yo desmontaba frente a la tienda en donde había instalado su comandancia en Las Vegas. Le conté la pérdida de mis reportajes y lo celebró como el chiste más gracioso que hubiese escuchado en su vida.

—Mejor, así nos hacés otro. Fidel anda con unas ganas de hablar que nadie lo contiene. Se enteró de la «cantada» del gallego en La Habana y la muerte de Bastidas. Además está el asunto de la huelga.

Mientras almorzábamos junto a Celia Sánchez, que ahora estaba encargada del suministro de víveres y semillas a los campesinos de esa zona, hablamos de los últimos acontecimientos y del relevo de Faustino Pérez. Le conté también mi entrevista con Aguilera y mis impresiones acerca del fracaso de la huelga. Era evidente que estaba perfectamente informado de todo y que lo que quería, era un cotejo entre sus corresponsales, miembros del Movimiento y parte interesada, y yo, simple observador.

No habíamos terminado de comer, cuando se sumó a nosotros el capitán Horacio Rodríguez. Yo lo desconocí. Lo había visto recién operado en el hospital de campaña y a la luz de una lámpara. Ahora se me presentaba robusto y de aspecto saludable, pese a su ligera palidez.

—¿Ya está bien? —le pregunté asombrado.

—Me tuvieron a cura de malanga. Día y noche malanga, hasta que dije basta y me levanté.

Con una excepción increíble para esa época, el cielo estaba despejado y brillaba el sol. A la tarde, salimos con Guevara a caballo rumbo al campamento de Fidel, distante apenas unas horas. El comandante en jefe había cesado en su endemoniada carrera por las lomas de la Maestra y ordenado acampar en una zona desde donde la planta transmisora de radio tuviese mejores probabilidades de emisión. De las palabras de Guevara se desprendía que el fracaso de la huelga había hecho comprender a Castro que debía manejar personalmente la marcha política del Movimiento y que para

ello tendría que abandonar al menos parcialmente las actividades bélicas, limitándose únicamente a dirigir las operaciones desde la comandancia. Esa situación, a la que Fidel se avino de muy mala gana, se la habían planteado los miembros de su Estado Mayor en varias oportunidades.

Fidel Castro tuvo la misma sorpresa que Guevara al verme llegar. Alegre por la visita, me estrechó en un abrazo de oso.

—Advierto que me voy mañana mismo —dije bromeando—. Así que les pido que ya mismo grabemos los reportajes. Esta vez, los llevaré conmigo.

Los truenos indicaron de improviso que la temporada de las lluvias había arreglado sus desperfectos y seguía su marcha. Los caminos sometidos al fuerte sol de la tarde fueron apenas transitables, pero si seguían las lluvias, iba a ser prácticamente imposible retornar a caballo.

—Pero che, usted siempre apurado. Si con estas lluvias no va a poder salir de aquí ni en buque.

Fidel se había tirado en un jergón apoyado sobre cajones, y su mole hizo descuajeringar la improvisada cama. Encendimos tabacos y conversamos horas, durante las que Guevara se encargó de matizar cualquier situación en que Fidel se violentaba, con bromas de todo calibre. Hacía bastante tiempo que no se veían y era evidente que estaban contentos de volver a charlar.

—Quisiera hacerle una pregunta, fuera del reportaje.

—Sí.

—He leído en La Habana la versión completa de su autodefensa. ¿Es la versión taquigráfica de los jueces o una reconstrucción más o menos aproximada?

—Cuando fui encerrado en Isla de Pinos, me dediqué a reconstruir en la forma más textual que me fue posible la improvisación que pronuncié ante el tribunal. Como no me dejaban escribir más que cartas a mis familiares, y estas eran censuradas, me convertí en el pariente más cariñoso del mundo. Dirigí cartas hasta a mi difunta bisabuela, porque detrás de la carilla escrita con tinta, escribía con limón el texto de la autodefensa. Solo podría hacerlo durante una hora por día, porque ese era el lapso en que el sol penetraba por la ventana y me permitía ver más o menos lo que estaba escribiendo. Por supuesto que un escrito del volumen que me proponía no podía realizarlo solo en las cartas, así que también escribía en trozos de papel, que luego envolvía y arrojaba por la ventana de la celda, al pabellón en donde estaban Ramiro Valdéz y los demás compañeros. Así, una a una, fueron saliendo todas las páginas de la autodefensa, lo mismo que manifiestos y planteos al gobierno. Hubo una época en que estaban desconcertados y me vigilaban

constantemente, pero ni bien se descuidaban media hora, era media hora que dedicaba a confeccionar más cartas y proclamas.

—¿Y no tomaron represalias?

—Por supuesto. Como no se atrevían a golpearme, porque sabían que los ojos del país estaban puestos en los revolucionarios en Isla de Pinos, me sometieron a cuanto daño podían concebir. Me quitaron el bombillo de luz, para no permitirme leer y se negaron a reparar el vidrio de la ventana por el que se colaba la lluvia sobre el camastro. Y cuando no llovía, los famosos mosquitos de Isla de Pinos no me dejaban tranquilo de día ni de noche. Hubo una temporada en que con varios fósforos hacía una mecha y la empapaba en grasa o aceite. Mientras duraba el olor y el humo, los mosquitos se alejaban, pero cada media o tres cuartos de hora, tenía que volver a confeccionar la mecha y a quemar grasa. ¡Qué crueldad absurda y pequeña! No les bastaba haberme condenado a veintiséis años de cárcel y tenerme bien seguro. Ellos querían los veintiséis años de cárcel y además, los mosquitos.

Mientras Fidel contaba su odisea en aceite y grasa, Guevara reía a carcajadas. A la mañana siguiente, grabamos los reportajes. Más o menos, fueron las mismas preguntas e idénticas respuestas que en la ocasión anterior, con el agregado de la huelga. Fidel justificó el fracaso, expresando únicamente que se había fallado por cuestiones tácticas y anunciaba el cambio de la mayoría de los dirigentes de la Dirección Nacional del Movimiento.

Llovió durante todo el día y la noche siguiente, y la tierra arcillosa era chocolate espeso bajo las botas que resbalaban. Decidí partir igual.

—Quédese un poco más, che. Total, no va a poder salir de la Sierra a menos que vuelva por La Mesa. Y con este tiempo es imposible.

—Pienso salir por Veguitas.

Guevara rio.

—Estás loco, hay una concentración de tanques y por lo menos dos mil hombres del ejército.

Yo insistí en salir por esa vía. En dos días, podría estar de regreso en La Habana. A las siete de la mañana, partí en mulo de retorno a Las Vegas. Guevara prometió encontrarse conmigo esa misma noche y Fidel no quiso despedirse.

—¡Vamos, che! Si lo voy a encontrar en Las Vegas un día de estos. No va a poder salir.

Por supuesto que no lo dijo como un desafío. Pero yo lo tomé así.

—Bueno. Pues será hasta cuando caiga Batista. Lo invitaré a un daiquiri en La Habana.

Los mulos en los cuales viajábamos se negaron muy pronto a lanzarse por las lomas chirles. Y después de un duelo a mordiscones y patadas por parte de ellos y a espuelazos y palazos por la nuestra, decidimos que tendríamos que llevarlos de la brida. No obstante, a las dos de la tarde estábamos en Las Vegas.

Como no tenía nada que hacer, mientras esperaba el regreso de Guevara que me proporcionaría un guía hasta un campamento de Veguitas, me fui al flamante «Palacio de Justicia», instalado por Sorí Marín.

Encontré al auditor general mucho más viejo que el mes anterior y con varios kilos menos de peso. Con toda cortesía me invitó a pasar a su despacho, un rincón del bohío en donde había colocado una mesa y un camastro, y me sirvió café. Con él no se podía hablar de otra cosa que de su trabajo. Tenía mil procesos pendientes y en especial uno que le preocupaba hasta la obsesión. Estaba convencido de que tendría que aplicar la pena de muerte a un asesino reincidente, que había practicado bandolerismo en la Sierra, un tal Walter, contra el que habían declarado decenas de personas. En otros tiempos había querido cooperar con el Movimiento 26 de Julio y se le confió una patrulla. Sorí Marín me enseñó el texto del Reglamento Penal por el que se regía la justicia revolucionaria. En el artículo 12 se indicaba: «Serán castigados con la pena de muerte los delitos de asesinato, traición, espionaje y violación». Salvo el de espionaje, Walter había cometido todos los demás. Un enorme legajo, integrado por actas y cartas, comprobaba que el acusado estaba ejercitando su derecho de defensa. Cuando se le ocurría que alguien pudiese justificar alguno de sus actos, lo señalaba y el juez enviaba en busca del testigo a una patrulla, que a veces tardaba más de una semana en regresar.

—¿Hubo otros casos en que se debió aplicar la pena de muerte?

—Desgraciadamente sí. La primera pena de muerte ordenada por el tribunal revolucionario se le aplicó a un grupo de bandoleros que asaltaban a los campesinos y les robaban, en nombre del Movimiento 26 de Julio. Después de varias emboscadas, se logró apresar a los culpables, a los que encabezaba uno a quien llamaban el Chino Chan. Recuerdo que las horas previas a la ejecución fueron terribles para todos los que habíamos firmado la primera sentencia de muerte. Y el más afectado era Fidel, quien podía, en su condición de comandante en Jefe, dictar el indulto. Cuando se iba a ejecutar la sentencia, fue hasta donde estaba prisionero Chan y conversó con él. Le preguntó si no comprendía el mal que había causado al Movimiento su bandolerismo y si no creía que su muerte era necesaria, como un ejemplo, para todos aquellos que sientan la tentación de «alzarse» por su cuenta, con el

único fin de delinquir. El Chino Chan solo respondió que estaba completamente seguro de que su muerte era necesaria.

Mientras hablábamos, aguardaba en la puerta un guajiro de unos dieciséis años. Venía a averiguar cómo había que hacer para casarse. Había caminado cuatro días para llegar hasta el juez.

—Esto —dijo Sorí Marín con convicción— me emociona. Prácticamente ningún guajiro que no haya salido de la sierra está casado ante la ley. Y tienen por lo regular más de diez hijos, sin registrar en ningún documento público. Esta gente, para el gobierno cubano no existe. Y sin embargo, trabaja y produce. Y ya ve usted. El Ejército Revolucionario fue haciendo comprender al pueblo campesino de la zona rebelde, la necesidad de otra forma de vida más civilizada, por la patria y por cada uno de sus habitantes. Y son capaces de caminar cuatro días para llegar hasta el juez, con tal de utilizar el instrumento que los acerca un poco más a la vida de la república, de la que siempre permanecieron ignorados y alejados.

Eran las cinco de la tarde cuando llegó Guevara. Me preguntó si aún quería irme por Veguitas y se lo ratifiqué.

—Es una lástima. Si pudieses quedarte unos días más, te iba a llevar a la academia militar que fundamos hace poco. Todos los reclutas jóvenes que no podemos incorporar por falta de armas y que quieren quedarse con nosotros, ingresan a la academia. Están sometidos a un régimen de disciplina estricto y a entrenamientos muy severos. De ahí esperamos sacar en breve buenos oficiales.

—¿Y quiénes los entrenan?

—El director es el capitán Lafferte. Hasta hace algunos meses era oficial del Ejército de Batista. De la academia, lo mandaron al frente y en el primer encuentro con nosotros, cayó prisionero. Lo menos que esperaba, era que lo torturasen. Pero poco a poco se fue convenciendo de que «los forajidos» no éramos como les contaban a ellos sus oficiales. Un día, resolvió incorporarse a nuestras fuerzas y luego de un período de tiempo, para que reflexionase sobre su actitud, lo aceptamos. Está seguro de que si muchos de sus antiguos compañeros supiesen la verdad con respecto a los rebeldes, la guerra terminaría en pocas semanas. Como militar de academia, no puede dejar de despreciar a superiores como Fernández Miranda, el cuñado de Batista, a quien se le regaló graciosamente el grado de general por simple parentesco. Y muchos de los que ostentan galones de mayor en adelante han logrado el puesto pasando por sobre todas las jerarquías anteriores.

Después de la comida, nos echamos en las hamacas a fumar y a conversar. Poco a poco, todos se fueron retirando y quedamos solos Guevara y yo. Hablamos sobre el futuro del Movimiento 26 de Julio, sobre sus posibilidades militares y políticas.

—La única posibilidad es la de pelear. Y hay que seguir peleando que es la única manera de ganar.

Y sobre su vida ahí, metido en la Sierra Maestra, lejos de todo lo suyo.

—Esto es lo mío. La lucha por un pueblo que quiere ser libre. La satisfacción de ver ir creciendo a esa pequeña criatura inimaginada que se convirtió en la fuerte y ágil revolución que sin quitar el ojo de la mira, entregó tierras a los campesinos, proveyó un instrumento judicial a sesenta mil almas; enseñó a leer y escribir a miles de niños y jóvenes.

Y con los enormes problemas de la hora del triunfo, cuando el héroe de la guerra no sea nada más que una reliquia de museo o una molestia política.

—Los problemas del triunfo no son consecuencia de la lucha, sino la lucha que continúa. Si el pueblo cubano quiere que yo siga ayudando en otro terreno que no sea en el que ahora estoy, seguiré. Y si no, me iré. Luchamos para que el pueblo decida.

Y la constante puja contra los que solo adhieren al Movimiento porque esa es la expresión más concreta de la lucha contra Batista, sin enterarse de que se está realizando una revolución, a la que no quieren.

—Tenemos también lo que podría calificarse de «ala derecha», especialmente en La Habana, netamente conservadora. Por supuesto, muchos se convertirán en detractores. Es lógico que así suceda. Ocurre en todas las revoluciones.

Me dormí pensando en la jornada del día siguiente, mientras la lluvia trataba de romper el techo de cinc de la tienda.

Capítulo 15

Al amanecer había escampado y mientras marchábamos a caballo hacia Providencia, el sol se hacía más fuerte a cada tranco. Fidel no había ido a Las Vegas y no me había podido despedir de él. A Guevara lo dejé escribiendo a máquina mensajes a todos sus capitanes, preparando las patrullas para la ofensiva que el ejército iba a lanzar de un momento a otro.

Escondiéndonos de los aviones que sobrevolaban constantemente la zona, pudimos llegar hasta un caserío incendiado. Por las características de los escombros ennegrecidos, era claro que habían regado fósforo vivo. El panorama era familiar, pero no reconocía a los restos del pueblo.

—Yo pasé por aquí —le dije dubitativo al guía.

—Es claro. Para ir a Jibacoa a entrevistar a Fidel. No hay camino mejor.

—Pero no recuerdo este pueblo incendiado.

—Porque lo quemaron hace dos semanas.

El latón retorcido de lo que había sido una heladera de gran tamaño, me hizo comprender dónde estaba. El guía siguió hablando.

—Esta era la bodega del turco Nassim. Él se salvó, pero mataron al niño y a una criada. El ejército saqueó todo el pueblo. Lo único que no pudieron llevarse fue la heladera. Después metieron candela.

Estaba por caer la noche cuando llegué al campamento de Víctor Mora. Era mi última etapa, antes de intentar la salida por Veguitas. Varios rebeldes partieron en busca de ropas civiles de mis medidas por los bohíos vecinos. Solo me faltaban zapatos. Convinimos con Mora que yo iba a ir con una patrulla hasta las cercanías de la carretera y me quedaría ahí escondido mientras una muchacha que bajaría conmigo iba hasta Veguitas a comprarme zapatos y conseguir una máquina que me llevase hasta Bayamo.

A las cuatro de la madrugada, me afeité con todo cuidado —estar rasurado es una relativa garantía en Oriente— y marché con la patrulla. A mitad de camino se nos unió la muchacha que tendría que cumplir su cometido en Veguitas y luego acompañarme fingiéndose mi esposa, hasta Bayamo. Cuando salió el sol y la vi bien, cambié los planes. Era gorda y colorada y no

tenía un solo diente que lucir. Decidí entonces que si éramos interrogados en la carretera, ella aseguraría viajar sola, mientras que el chofer me presentaría a mí, como a un técnico alemán en ganado cebú. Estaba seguro que ningún guardia de Batista, en la Maestra y sus alrededores, sabría una sola palabra alemana y como la zona era ganadera por excelencia, la excusa podría ser válida, si la suerte me seguía acompañando. La patrulla llegó a destino y fue a tender una emboscada. Y mi robusta compañera y yo, quedamos tendidos entre la manigua. A las ocho de la mañana un automóvil se acercó a marcha reducida y ella corrió hasta el camino. La gente de Mora había coordinado bastante bien las cosas. Pero pasaron horas y la enviada no retornaba con los zapatos y en el vehículo que me sacaría de allí. Cuando ya desesperaba, un coche pasó por la carretera desierta a gran velocidad. En el asiento trasero iba la que debía ser mi compañera. Creí que seguiría de largo porque habría sido descubierta, pero en cambio transcurrió otra hora y ningún vehículo pasó por el lugar, salvo un *jeep* del ejército que iba en sentido contrario. Y yo seguía tirado en el suelo, con el uniforme fidelista y mi atado de ropas civiles esperando uso inmediato.

Eran las tres de la tarde cuando volvió a aparecer la máquina esperada. Mi acompañante se había olvidado el lugar en donde me había dejado, y por temor al *jeep* militar que habían cruzado por el camino, siguieron viaje muchos kilómetros antes de regresar. Me traía unos zapatos enormes, más colorados que su cara sudada. Sentado en el suelo me cambié los pantalones y la camisa y recién en el coche, apoyé los pies dentro de los zapatos que muy bien le hubiesen quedado al mismísimo Fidel Castro. Entramos en Veguitas en medio de uniformes batistianos, pero nadie detuvo al coche. Todos los soldados parecían haberse volcado en las calles y en las esquinas de las bodegas, las concentraciones eran mayores.

—Esta noche va a correr la marihuana entre los guardias —anunció el chofer mientras tomábamos la carretera hacia Bayamo.

—La ofensiva es al amanecer.

Un día más que me hubiese quedado y mis reportajes habrían tenido que esperar un tiempo bastante prolongado antes de llegar a Buenos Aires. No obstante, lamenté no estar presente en las que creí serían acciones en gran escala. Afortunadamente, no tuve que arrepentirme, porque el ataque que los batistianos habían preparado durante meses y para el que habían adiestrado oficiales en los Estados Unidos, duró cuatro días, en los que sufrieron los reveses más severos que habían tenido hasta entonces.

La gente de Bayamo me recibió con la cordialidad de las dos ocasiones anteriores y con la misma eficiencia, organizaron el traslado a Santiago de Cuba. Esa noche, con mi portafolio lleno de libros y mi identificación italiana, tomé el avión de las doce rumbo a La Habana. Alguna de las mujeres que viajaban en la misma máquina, llevaba ocultas mis cintas grabadas. Estaba sentado en el avión que ya correteaba rumbo a Buenos Aires y todavía sentía en las sienes el bullir de la sangre. Lo que parecía imposible, al intentarlo no lo fue. Me había escurrido una vez más entre los hilos de la red de Rancho Boyeros. Me ajusté el cinturón de seguridad, sin dejar de apretar contra mí el impermeable en cuyo bolsillo habían deslizado en el último segundo, las cintas grabadas y las películas fotográficas. Por la ventana del avión me parecía ver, todavía, las caras asombradas de los que me habían acompañado en el intento, teniendo la absoluta seguridad de que fracasaría.

La Habana se fue quedando abajo, atrás, pequeña, con sus rascacielos y su cimbreante malecón. La gran ciudad parecía mínima, indefensa y querida, como una paloma enferma que pudiese cobijar en el cuenco de las manos. Allí quedaba la cúpula de Palacio, protegiendo a Batista y su cohorte de *gangsters*, La Habana vieja con sus calles de nombres españoles y las patrullas de hombres vestidos de azul, el Vedado brillante con las avenidas numeradas y las patrullas de hombres vestidos de azul, Marianao, con sus casas con jardines y sus aviadores gringos que mascan chicles, Regla con sus barcas viejas y las paredes que gritan «Fidel».

La Habana se fue quedando abajo, atrás, pequeña, con sus rascacielos y su cimbreante malecón. Creí que una vez fuera de ella, sin policías secretos, ni chivatos, ni agentes del FBI debajo de las alfombras, me sentiría alegre, satisfecho. Pero no era así. Me encontré dentro de mí con una extraña, indefinible sensación de que desertaba.

La máquina había dejado de trepar y un cartel me indicó que podía quitarme el cinturón de seguridad y fumar. Apreté con fuerza un tabaco entre los dientes. Debajo, seguía desdibujándose Cuba, en el verde fuerte de la cordillera de la Maestra.

Ahí quedaba el ejército de niños hombres que celebraba a gritos y carcajadas la llegada de un fusil o una ametralladora, Cayo Espino con su chico muerto y sus casas agujereadas, El Dorado, con Guillermo revolcándose en el suelo calculando la última bala, los aviones plateados que en giros hermosos regaban metralla, el Che Guevara con su pipa mezclada en la eterna sonrisa, Fidel Castro con su cuerpo enorme y su voz de niño afónico.

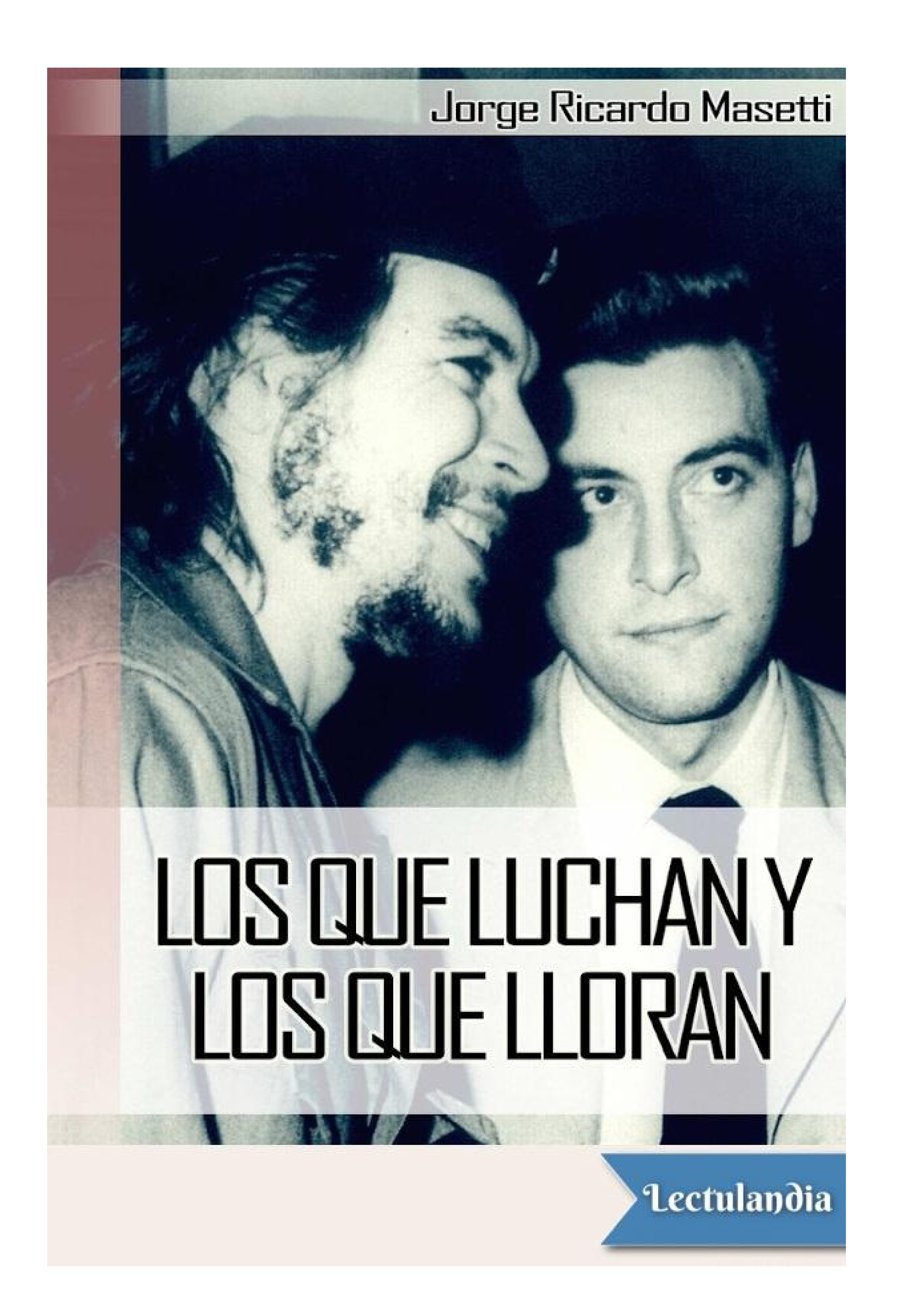
Y volví a encontrar dentro de mí una extraña, indefinible sensación de que desertaba, de que retornaba al mundo de los que lloran.



JORGE RICARDO MASETTI (1929-fl. 1964) fue un periodista y guerrillero argentino conocido como Comandante Segundo, quien el 21 de abril de 1964 se internó en la selva sin que se tuvieran más noticias de él. Estuvo al frente del Ejército Guerrillero del Pueblo, en 1963-1964, la primera guerrilla guevarista y uno de los primeros grupos armados que actuó en la Argentina.

Como periodista trabajó en los diarios *La Tribuna*, *La Época*, la publicación *Cara y Ceca* y radio *El Mundo*.

Fue fundador y director de la agencia de noticias cubana *Prensa Latina*. Bajo su dirección escribieron, entre otros, Gabriel García Márquez, Plinio Apuleyo Mendoza, Rodolfo Walsh, Rogelio García Lupo, Carlos Medina de Rebolledo, Ángel Boan y Carlos María Gutiérrez.



Jorge Ricardo Masetti
LOS QUE LUCHAN Y
LOS QUE LLORAN
Lectulandia